

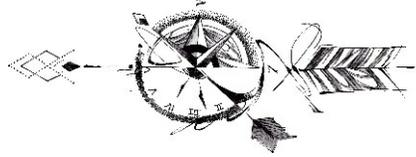


KWAN

EN LA LISTA
TZK SYSTEMS 2

NOQ PALM

Kwan



En la lista
TZK Systems 2

NQ PALM

©N.Q. Palm

Obra Registrada Safe Creative: 2108289094838

Corrección: Correcciones Nox.

Diseño de portada y maquetación: N.Q. Palm

Primera Edición: Septiembre, 2021

Correo electrónico: nqpalmescritora@gmail.com

Twitter: [@NQPalm](https://twitter.com/NQPalm)

www.facebook.com/NQPalm

Instagram: [@NQPalm_autora](https://www.instagram.com/NQPalm_autora)

La siguiente historia ha salido de la mente de la escritora y es totalmente inventada, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Algunos de los lugares, acontecimientos y personajes incluidos en ella no existen y son enteramente ficticios.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Así como la utilización de los personajes que intervienen en ella.

Índice:

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Capítulo treinta y tres](#)

[Capítulo treinta y cuatro](#)

[Capítulo treinta y cinco](#)

[Capítulo treinta y seis](#)

[Capítulo treinta y siete](#)

[Epílogo](#)

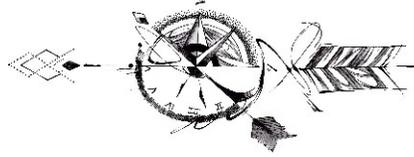
[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

“Añorar el pasado es correr tras el viento”.

Proverbio ruso.

Capítulo uno



*California, Estados Unidos.
En la actualidad.*

No utilicé el avión de la compañía para desplazarme a California, prefería dejarlo para Zev; seguía en su luna de miel particular y estaba seguro de que en algún momento decidiría viajar con su chica y el hijo de ambos. Habían vuelto hacía pocos días de Tasmania, aun así, no les quería dejar sin el medio de transporte, al fin y al cabo, toda mi vida había viajado en aviones comerciales, no necesitaba transporte privado y tampoco había ningún viaje de negocios programado.

Alquilé un todoterreno en el aeropuerto internacional de Sacramento, nada más aterrizar, y me desplazé hacia la dirección que me había dejado escrita la persona anónima, en la carta que recibí en mi oficina de TZK Systems. La idea era aterrizar en Los Ángeles y buscar la ubicación de ese otro laboratorio clandestino que había descubierto Hache, pero decidí desviar los planes. Tal vez, esa chica sabía algo y yo lo único que adiviné es que era una mujer.

Takeshi y Zev no conocían la existencia de ese anónimo y estaba seguro de que se cabrearían si supieran que estaba acudiendo, solo y desarmado, al encuentro de alguien que bien me podría estar tendiendo una trampa. Pero había algo muy personal en aquellas letras, algo que me hacía dejar a un lado mi desconfianza hacia el prójimo y dar un paso al frente.

Sobrepasé el cartel de carretera, el cual anunciaba mi llegada a Roseville, y continué hacia Newcastle por la I-80E. Decidí detenerme antes en Loomis para tomar un café y estirar las piernas, aún me quedaban unos kilómetros por recorrer hasta llegar a Auburn: el lugar de encuentro.

Entré en la cafetería que estaba atestada, la mayoría eran hombres y, a juzgar por los camiones que había en la entrada, debía ser un lugar habitual para detenerse a desayunar.

El sitio era estrecho y largo, con una barra a la derecha y mesas a la izquierda, dejando un pasillo bastante ajustado en medio, olía a café recién hecho y a comida. Tomé asiento cerca del acceso a los baños y una chica joven, demasiado para estar en un lugar así, se acercó y me sirvió un café largo.

—¿Qué va a ser? —preguntó, casi sin levantar la vista de la pequeña libreta que sacó del bolsillo de su uniforme rojo, con unas grandes letras amarillas con el nombre de la cafetería y una pequeña placa, que colgaba de un imperdible, con el suyo; se llamaba Glenda.

—Desayuno continental, gracias.

Asintió y saqué el sobre con la carta, que llevaba doblado y guardado en la cartera, para leerla de nuevo.

A la atención del señor Kwan North:

Querido señor North, me dirijo a usted para pedirle una cita en persona. No puedo desplazarme a Atlanta, aunque me gustaría, pero temo levantar sospechas si lo hago, ya que creo que me vigilan.

Soy alguien que trabajaba en el laboratorio de una farmacéutica, soy técnica clínica con conocimientos de hematología e inmunología, que tuvo acceso a información confidencial. Investigué por mi cuenta, ya que lo que vi captó mi atención. Descubrí que había cierta persona involucrada en asuntos gubernamentales de alto secreto y su nombre, señor North, apareció en una lista. Después vi en la televisión la caída de cierto senador y até cabos.

Comprenderé que no quiera reunirse conmigo. Aun así, estaré el sábado a las cuatro de la tarde en la dirección que le escribo a continuación...

Ese ya no era mi apellido, así que era cierto que esa persona había visto algo sobre mí en algún documento, también estaba el hecho de que trabajaba en un laboratorio. Eso era lo que había despertado mi interés.

Dejé de darle vueltas cuando Glenda me plantó un plato con tres huevos fritos, cuatro tortitas, bacón y un gran bote de sirope de fresa.

—¿Café o zumo?

—Café, gracias.

Guardé de nuevo la carta y empecé a masticar sin dejar de observar a los otros comensales, nadie parecía haberme seguido y ninguno de ellos me prestaba atención. Solo un par de mujeres me observaron y sonrieron desde dos mesas más allá.

Terminé de engullir y saqué un par de billetes para dejarlos sobre la mesa, Glenda estaría contenta con la propina. Le hice una señal con la cabeza a modo de despedida, ella estaba al otro lado de la barra, y salí del local.

Al entrar en el todoterreno miré la hora, solo eran las diez de la mañana. Tenía previsto llegar hasta el lugar indicado y recorrer el entorno, quedarme con los rostros y asegurarme de que ninguno de ellos permanecía más tiempo de lo habitual en aquel espacio. Mi teléfono móvil estaba apagado, Zev y Tak se cabrearían, pero no estaba dispuesto a dejar ningún rastro sobre el camino que había tomado. El vehículo no llevaba GPS, así lo había pedido al alquilarlo; aunque estaba seguro de que disponía de algún dispositivo de seguimiento, muchas empresas de alquiler de vehículos lo hacían; pero eso no me preocupaba, necesitarían una orden judicial para rastrearlo, y para entonces, ya habría hablado con mis socios.

Casi una hora más tarde llegué a Auburn. Estacioné en la zona comercial en la que habíamos quedado y me dirigí a pie hasta el bistró que la chica me había nombrado en la carta. No entré, sino que di la vuelta alrededor y caminé por la zona. Una tienda de deportes, un centro comercial y más allá una pista de baloncesto. A parte del restaurante, no había mucho más. Volví al coche a buscar mi cazadora de cuero, estábamos dejando el verano atrás y se notaba más por estas latitudes. Auburn quedaba a una buena altura sobre el nivel del mar. Enclavado cerca de las montañas, los pinares llegaban hasta donde alcanzaba la vista.

Finalmente me senté a esperar y puse la calefacción. En la radio sonaba *Is This Love* de Whitesnake, me quedé mirando la pantalla y cambié de emisora.

Los coches iban y venían y, después de las horas que llevaba allí, ya había ubicado los que eran de los trabajadores y los que solo estaban de paso. A las cuatro menos cuarto mi atención se centró en la entrada del restaurante. Habían hecho cambio de turno y solo vi a un par de asiáticos y a un tipo negro con cara de estar hasta los huevos de cargar cajas del camión de reparto a, lo que supuse, era la entrada de la cocina, que estaba a unos diez metros de la principal.

Una pareja con un bebé, dos chicos de unos veinte años y un matrimonio de avanzada edad entraron al cabo de un rato. También pasó una patrulla de la policía y sus ocupantes accedieron, aunque se quedaron en la barra. Ya era casi la hora y no creía que ninguno de ellos fuera mi contacto.

Paré la calefacción, tenía gasolina, pero no era cuestión de arriesgar. Bajé y entré, ya volvía a tener hambre. Pedí un sándwich en la barra, cerca de los polis que charlaban con el dueño del local, y me senté en una de las mesas en cuanto me sirvieron, al lado de las grandes cristaleras.

Aparqué enfrente de la tienda de deportes, no sabía quién era Kwan North y, aunque me había planteado que podía ser peligroso, necesitaba saber qué había de cierto en los vídeos que había copiado y escondido en un lugar seguro.

Llegaba cinco minutos tarde, pero lo prefería así. Paseé tranquilamente hasta el restaurante y me alivió ver un coche de policía estacionado delante de la entrada. Si no me gustaba la pinta del tal Kwan, saldría de allí deprisa o pediría ayuda en caso de necesitarla.

Me re Coloqué el bolso que llevaba al hombro, por encima del abrigo, y entré. Saludé a Maxi, el dueño del restaurante, y me senté en uno de los taburetes escuchando *100 Ways* de Jackson Wang.

Los polis me echaron un vistazo y me saludaron. Hacía solo tres años que trabajaba en la farmacéutica a las afueras del pueblo, pero en ese tiempo todos me conocían y también al bruto de mi exnovio, Zack. Un neandertal recién salido de las cavernas al que no desenmascaré hasta que fue demasiado tarde. Ahora él tenía una orden de alejamiento y yo un problema cada vez que salía de casa o de trabajar, siempre estaba alerta. Su tendencia a presentarse en el momento menos indicado o a invadir mi apartamento, me llevó a poner una denuncia y el cabreo que él llevaba encima era monumental. Pero me daba igual, tenía que mirar por mi integridad física. Al fin y al cabo, nunca me había puesto la mano encima, lo suyo era un problema de celos y un gran afán por apartarme de todo y de todos; por no hablar de lo irascible que se había vuelto en los últimos meses.

Hasta que un día me cansé y le dejé.

—Aquí tienes, Joyce, siento lo del cierre de la farmacéutica —me animó Maxi, sirviéndome el zumo de tomate de siempre.

—Buscaré otro trabajo, ya estoy en ello.

—Eso es bueno. ¿Quieres comer algo? —ofreció solícito.

—No, gracias. He quedado con un amigo de la universidad.

Inconscientemente, estaba buscando la manera de que alguien supiera que tenía una cita por si pasaba algo, los polis también estaban atentos a mis palabras. Los tenía vistos, pero nunca había hablado con ellos.

Prefería que pensarán que ya conocía al chico a que dedujeran que estaba a punto de encontrarme con un desconocido. Me tomarían por una cabeza hueca.

Estaba bebiendo mi zumo cuando un chico negro con unas largas rastas, que había estado observándonos, se levantó y vino hacia mí. Era alto, corpulento y muy atractivo. Su rostro era anguloso, perfecto, como si lo hubieran cincelado los antiguos griegos. Sus ojos oscuros, clavados en los míos, no me dejaron en ningún momento. Era guapo, muy guapo. Y solo podía

ser él.

Lo reconocí al acercarse, había visto su imagen.

—¿Joy? —preguntó con voz grave, acertando mi nombre y sorprendiéndome con un beso en la mejilla—. Supongo que después de estos años no me has reconocido, soy Kwan.

Mi mente se quedó en blanco durante unos segundos, pero me obligué a reaccionar.

—Lo siento, Kwan. Estás muy cambiado —logré articular.

—Tú también, llevas el pelo mucho más largo y, sin esas horribles gafas de pasta que llevabas, estás mucho más guapa.

¿Qué?

La madre que lo parió. ¿Qué se estaba inventando?

—Gracias, supongo —contesté entrecerrando los ojos—. A ti también te quedan mejor las rastas que el estilo afro que solías lucir... junto a los *brackets*.

Vi un atisbo de sonrisa, pero el tal Kwan se mantuvo firme y siguió serio.

—Vamos, tenemos que ponernos al día. —Ofreció su mano para ayudarme a bajar del taburete y la acepté con una sonrisa, que debía parecer más bien una mueca, aunque se la solté en cuanto toqué suelo.

Caminamos juntos hasta el fondo del local, dejando atrás mi zumo, y un miedo atroz se apoderó de mí. A su lado yo era muy poca cosa, mi metro sesenta y cinco se veía muy ridículo frente a su estatura. Solo con una de sus manos podía romperme el cuello. Debí aminorar la marcha ante tal pensamiento, porque se detuvo y se acercó a mi oído.

—Tranquila, soy inofensivo —susurró.

«Sí, tienes toda la pinta», pensé irónica. Aunque llevaba una cazadora encima de la camisa oscura, se podía apreciar la amplitud de sus hombros y podría asegurar que su brazo era del tamaño de mi muslo, tal vez más ancho.

—Te gusta ir al gimnasio, ¿eh? —Valiente idiotez para decir, pero quería romper el hielo.

—Algo así.

Me mostró el asiento y él se sentó enfrente, al otro lado de la mesa.

—Bueno, ahora que hemos revivido viejos tiempos, me gustaría que me hablaras de lo que encontraste.

No pude evitar sonreír, el hombre pretendía que me sintiera cómoda. El problema era que ahora, que lo tenía delante, me estaba costando hablar de lo que había hallado en aquel *pendrive*.

—No sé por dónde empezar, vas a pensar que soy una ladrona o algo por el estilo.

Juntó las manos sobre la mesa y entrelazó los dedos.

—No suelo juzgar a la gente.

—Es un alivio.

Sacó el sobre que le había enviado, desplegó la carta sobre la mesa y lo señaló con un dedo.

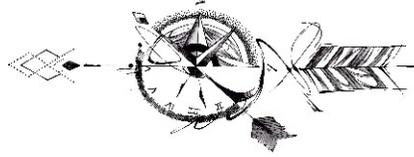
—¿Cómo diste conmigo?

—Es una larga historia.

Asintió y volví a reparar en su rostro, en esos ojos oscuros e insondables y en esos labios gruesos que me hacían pensar en cosas que no debía.

¿Tan necesitada estaba?

Capítulo dos



La vi entrar y ni siquiera la tuve en cuenta como candidata a ser mi informante, solo admiré sus largas piernas y su bonito rostro. Su cabellera azabache, en largas ondas, caía sobre su espalda y esos grandes ojos de color azul oscuro, en contraste con su piel clara, me dejaron anclado a ella, estudiando su sonrisa y sus gestos. Pero sus palabras... trabajaba en una farmacéutica, y el vistazo que echó a su alrededor buscando a alguien; me hizo prestar atención. Reparó en mí un momento, pero continuó buscando, imaginé que conocía a aquellas personas del restaurante y por eso dijo que tenía una cita con un compañero de universidad. Lo cierto era que, además de preciosa, había sido muy aguda y su mente reaccionó deprisa, desconcertándome.

Mientras esperaba a que ordenara sus ideas, pedí un par de cafés.

—Trabajaba en una farmacéutica, como te dije en el correo que te envié: la Farmacéutica Olof. Me dedicaba al control de calidad en el laboratorio, junto a otras dos personas —comenzó—. Hace tiempo que nos hacían unos enormes encargos y todos eran sedantes, oxicodona... opiáceos en su mayoría.

—Entiendo.

—Un día se presentó un hombre y preguntó por el jefe técnico, mi superior. Cuando fui a buscarlo empezaron una discusión, algo sobre un retraso en los pedidos. Mi jefe me pidió que saliera de la oficina, pero debido al alto volumen de sus voces en la airada conversación, pude escucharlo todo.

—¿Y qué es lo que oíste?

—Le pagarían el triple al propietario de la farmacéutica si solamente trabajaba para ellos, pero para eso tenían que modificar algunas fórmulas.

Junté las cejas, no terminaba de entender qué tenía que ver eso conmigo.

—Solo vi al señor Olof una vez, era ruso...

—¿Era? —inquirí cortándola.

Cerró los ojos un instante y después enfrentó mi mirada.

—Murió la semana pasada; tuvo un accidente de coche. Según los rumores, iba borracho y perdió el control.

Tuve claro en ese momento que Joyce no creía que eso hubiera ocurrido así.

—Al día siguiente del accidente —continuó—, nuestro jefe técnico nos instó a recoger todo el laboratorio, él hizo copias de los archivos de los ordenadores y después los destruyó.

—¿Por qué? ¿Qué escondía?

—No lo tengo muy claro, pero ha desaparecido y nos ha dejado sin trabajo.

—Lo siento.

Sacó un *pendrive* del bolso y lo dejó sobre la mesa cubriéndolo con la mano, después lo deslizó, sin descubrirlo, hasta la mía.

—Te advierto que tengo un duplicado a buen recaudo —dijo seria, aunque noté cierto temblor en su voz.

—¿Por qué confías en mí? Ni siquiera me conoces.

Desvió la mirada hacia el exterior.

—Porque vi lo que hay en su interior y tal vez no debí hacerlo. Se le cayó a Alex, así se llamaba mi superior. Fui la última en salir y lo encontré en el suelo, al lado de la puerta. Iba a devolvérselo, pero su coche ya no estaba y, como ya te he dicho, ha desaparecido; no está en su casa ni contesta al teléfono. Lo tuve durante dos días y, al saber que el laboratorio había cerrado definitivamente en Auburn, lo busqué y lo conecté a mi ordenador portátil.

Seguía perdido, aunque deduje que lo que había en el dispositivo, tenía que ver conmigo.

—¿Era todo legal? Quiero decir, ¿tenías contrato?

Pareció sorprenderse.

—Por supuesto, pero me temo que Olof firmó alguna cláusula que después no cumplió. Vi el miedo en los ojos de Alex aquel día.

Eso no pintaba bien.

—¿Qué hay en estos archivos? —inquirí mirando mi mano, donde tampoco dejaba a la vista el dispositivo.

—Unas instalaciones que nunca había visto y tú. Imágenes y vídeo. —Su mirada no conectaba con la mía, sino que se fijaba en sus manos—. Información sobre ti y TZK Systems. Pensé que tenías derecho a saber que eso circulaba...

—Y decidiste hacer de buena samaritana —la corté.

Mierda.

Me molestaba que esa chica me hubiera podido ver en mis peores momentos.

—Gracias, me ocuparé del asunto —añadí aséptico—. ¿Cómo puedo localizarte?

Sacó una tarjeta del bolso, me la entregó y la guardé en el bolsillo de los vaqueros sin mirarla.

—Un consejo: destruye esa copia, puedes tener muchos problemas.

Abrió los ojos con sorpresa, pero reaccionó rápidamente.

—Otro para ti: huye —dijo en voz baja, tal vez pensando que no la oiría.

Me levanté y la dejé allí, pagué los cafés en la barra y salí del restaurante sintiendo que aquella chica tan bonita sabía más de mí que yo de ella.

Tak, Zev y yo sabíamos que nos tenían localizados, aunque no podían tocarnos. Pero que imágenes nuestras circularan por ahí, era algo a lo que aún no nos habíamos enfrentado. Todo era alto secreto y confiábamos en que quemarían unas pruebas que los pondrían en tela de juicio, por muy conectados que estuvieran con el gobierno.

Arranqué el coche, pero no me fui muy lejos, quería saber dónde vivía Joyce Temple, ya que en su tarjeta de visita solo ponía su nombre y apellido, número de teléfono y profesión.

Diez minutos después estaba siguiéndola hasta que se detuvo en un moderno bloque de apartamentos en el centro de Auburn.

Busqué un hotel y me registré con una documentación falsa. Me di una ducha y metí el *pendrive* en mi portátil. El bombardeo de imágenes me sumió en la desesperación; algunas ya las teníamos, pero otras no. Era humillante ver hacer su trabajo a la doctora Cook, esa psicópata sin sentimientos que nos había hecho sufrir hasta el desmayo. ¿El problema? No se veía nada como las masturbaciones o cómo me rompían los huesos, en toda la grabación yo aparecía dormido y ella y Archer tratándome, como si me estuvieran atendiendo.

Dos días después seguía con el teléfono apagado y hundiéndome en mi propia miseria. Solo

salía del hotel para dar un paseo por los alrededores y tomaba café a destajo. Mis noches nunca eran buenas, pero últimamente lo llevaba peor.

Pensé en llamar a Zev y a Tak, pero me di veinticuatro horas más.

Kwan me pareció un tipo amable hasta que le dije lo que había en aquel dispositivo. Había levantado una barrera invisible y me había advertido sobre mi gran idea de conservar una copia. Tal vez debería hacerle caso y deshacerme de esa información.

Cuando vi aquellas imágenes se me encogió el corazón. Lo que aquella mujer le hacía a ese hombre era tan poco ético como depravado, lo tocaba por todas partes mientras él estaba sedado. Esa era una de las razones por las que quise hablar con él, tenía la esperanza de que no fuera la misma persona de las imágenes; pero en cuanto me percaté de ese hombre de piel oscura, supe que había dado en el clavo e intenté no compadecerme de él. Por su porte y actitud, no parecía ser alguien que necesitara apoyo moral y menos el mío.

La pregunta era: ¿quién no necesita apoyo de cualquier clase? Suponía que todo el mundo.

Yo misma estaba cayendo en una espiral de dudas infinitas, no comprendía qué había pasado para que se cerrara mi lugar de trabajo, podía ir tirando de ahorros, ya que no es que gastara nada más que en comida y alquiler, además, salía poco desde lo de Zack.

Mi teléfono móvil empezó a sonar, era un número desconocido. En otras circunstancias no habría contestado, pero... ¿y si era Kwan? Interiormente estaba deseando que lo hiciera. Me había caído bien, a pesar de haberse despedido casi gruñendo de la cafetería.

Y me gustaba, ¿para qué engañarme?

—No aceptaré que me dejes como un jodido loco ante nuestra comunidad, ¿me oyes?

La voz de Zack me taladró el oído.

—Entonces no vuelvas a acercarte a mí —contesté, cansada de su discurso.

No le di tiempo a volver a hablar y corté la llamada. Bloqueé el número, y con este ya iban tres terminales diferentes los que había usado, aparte del suyo personal. Siempre encontraba la forma de contactar conmigo. Debería ir pensando en cambiar el mío.

Cuando hice las maletas y me fui del apartamento que compartíamos, intenté por todos los medios mantenerme entera. Seguía sin comprender cómo una persona que parecía ser tan afín a mí, había cambiado de la noche a la mañana sin venir a cuento. Tal vez no presté atención.

Le quería, habíamos compartido muchas cosas, gustos musicales y el amor por la naturaleza. Su carácter nunca había sido muy estable, según la gente que nos rodeaba, pero conmigo sí lo era. Después de la experiencia, ya empezaba a creerme eso de que nadie puede fingir ser lo que no es y mantenerlo en el tiempo. Su verdadero yo estalló una noche de verano y, aunque no fue violento físicamente, me había humillado ante las personas que estaban en aquella taberna.

Decidí no consentir semejante comportamiento y tomé cartas en el asunto.

Nací en Sacramento y allí seguía mi familia, mis padres y mi hermana. Cuando me llamaron para hacerme una entrevista para la Farmacéutica Olof, en sus oficinas de Auburn, casi salté de alegría, era mi terreno y me encantaba, además, mi hermana también trabajaba para Olof, aunque ella estaba en el departamento de ensayos de Sacramento, era enfermera. Yo ya había sido cajera en un supermercado, camarera en un cafetería y dependienta en una zapatería. Siempre esperando mi oportunidad y haciendo llegar mis currículums a todas partes. Por fin tuve la

ocasión cuando me aceptaron en aquel laboratorio.

A los seis meses de mi llegada a Auburn conocí a Zacarías Davis; guapo y amable, o por lo menos lo fue durante mucho tiempo. Trabajaba en una empresa de montaje de casas prefabricadas y se mantenía en forma. Al cabo de un año nos fuimos a vivir juntos al centro de la ciudad y conoció a mi familia en una de nuestras visitas a Sacramento. Mi madre vio en él algo que no le gustó y me lo hizo saber, me enfadé tanto con ella que estuve más de quince días sin llamarla.

Ahora estaba empezando a pensar que las madres tienen un sexto sentido para esas cosas, daba igual que yo tuviera treinta y cuatro años y fuera adulta, no supe verlo tan claro como lo vio ella y me negaba a aceptarlo. Hablábamos por teléfono y seguía diciéndole que todo iba bien; estaba segura de que no me creía, pero el hecho de haberme quedado sin trabajo había ocultado hábilmente mi mal humor por culpa de Zack y suponía que había desviado el tema de una manera muy conveniente.

Me negaba a volver a mi ciudad natal, no quería enfrentarme a los reproches de nadie. Los «te lo dije» volarían como cuchillos y no me apetecía en absoluto.

Era domingo, así que me calcé las deportivas, me vestí con las mallas y una sudadera y salí a correr como hacía cada día. Después me pasaría por la cafetería Starbucks y me haría con un delicioso *cappuccino*, se estaba volviendo una tradición y me gustaba disfrutar de esas pequeñas cosas.

Cuarenta minutos más tarde estaba rodeando el parque para ir a por mi bebida, cuando vi el coche rojo de Zack aparcado delante, enseguida giré a la izquierda para no tropezarme con él. Los quinientos metros de la orden judicial se habían acertado de manera estrepitosa y, si era yo la que iba hacia él, no me parecía una buena idea.

Paré y apoyé las manos en las rodillas para coger aire. Los últimos metros los había hecho a toda prisa y prefería esperar a que él se fuera. Estaba buscando un banco desde donde vigilarlo cuando noté una mirada clavada en mí. Me giré, impulsada por algo que no supe descifrar, y allí estaba Kwan. Sus ojos melancólicos me repasaron de arriba abajo y, lejos de sentirme intimidada, me acerqué al banco en donde estaba sentado, tomando algo procedente de la misma cafetería a la que yo iba a entrar, a juzgar por el logotipo en el vaso de cartón.

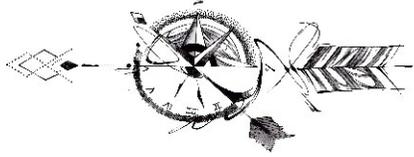
—Hola, no esperaba encontrarte aquí. Pensé que habrías vuelto a Atlanta —solté de carrerilla.

—Esa era la idea —contestó enigmático.

Me senté a su lado y él me miró de reojo un momento, para luego perder la vista en el horizonte.

—¿Entonces? —socavé.

Capítulo tres



A pesar de estar manteniendo el tipo, Joyce me inquietaba. No era hombre de aventuras porque desconfiaba de todo y de todos. Al contrario de Tak, no me acostaba con cualquiera.

—Me gusta esta ciudad, es tranquila. ¿Sales a correr cada día? —dejé caer.

—Sí, me relaja el cuerpo y la mente. —Se removió inquieta—. No pude darte las gracias por haberte desplazado hasta aquí.

—No hay de qué, como puedes ver, he aprovechado para tomarme unos días de descanso.

Tal vez debería disculparme por haberme largado de la manera en que lo hice, pero parecía una mujer astuta, no debió extrañarse por mi reacción. Joder, ella había visto las putas imágenes.

Noté cómo observaba la cafetería, como si vigilara algo o a alguien. También la había visto ir hacia allí y cambiar de opinión en el último momento. Llevaba más de una hora sentado en el banco viendo crecer la hierba, sumido en mis pensamientos, aunque verla correr alrededor del parque me había distraído bastante.

—Si te lo puedes permitir...

—Puedo —la corté.

Estaba siendo un poco seco, pero temía sus preguntas.

Un tipo alto y delgado, con barba y la cabeza afeitada vino hacia nosotros decidido. Dejé el vaso a mi lado en el banco y apoyé el brazo en el respaldo. No me gustaba su entrecejo fruncido ni sus ojos claros clavados en Joyce.

—¡¿Una orden de alejamiento?! ¡¿En serio, Joyce?! —bramó lanzando unos papeles hacia ella y deteniéndose a un par de metros de distancia.

Joyce cruzó las piernas y los brazos al mismo tiempo.

—Totalmente en serio y razón por la cual no deberías estar aquí —dijo seria.

—¡Ni tú ni nadie va a decirme por dónde moverme!

—Es tu problema.

Lo dedos que salían por debajo de su brazo temblaban, era muy sutil, pero lo podía apreciar. Joyce temía a este hombre.

—Maldita sea, nena. Esta es mi ciudad, me conocen y tú me has puesto en medio de todos los cotilleos. —Su tono era beligerante y no me estaba gustando.

Vigilé sus pies y su postura, si daba un solo paso más, lo haría retroceder de la peor manera. Yo me consideraba un tipo tranquilo, pero no iba a consentir que semejante payaso cruzara esa línea.

—Eso lo has hecho tú solo. Nunca debiste entrar en mi apartamento.

—¡No consigo hablar contigo!

—Estamos en un lugar público, Zack. Contrólate —advirtió Joyce.

Dio el jodido paso adelante.

—¡Me importa una mierda! —gritó.

Me levanté y puse una mano en su pecho empujándolo hacia atrás.

—Eh, amigo. Un poco de respeto hacia la chica, ¿estamos?

Dio un manotazo en mi brazo que solo consiguió cabrearme.

—¿Y tú quién cojones eres?

—No importa. Solo retírate.

—Déjalo, Kwan. —Joyce estaba a mi lado y lo señaló con un dedo—. Y tú, si no quieres más problemas de los que ya tienes, lárgate.

—¿Lo conoces? —Dio un par de pasos atrás con cara de asco—. ¿Ahora te tiras a negros?

Nadie debería pulsar el botón que no debe y este tarado acababa de hacerlo. Volví a empujarlo, esta vez con más fuerza, lo que hizo que perdiera el equilibrio, aunque se mantuvo en pie.

—¿Qué has dicho? —inquirí bajando la voz y remarcando las palabras.

Sabía que desde mi altura lo estaba acojonando.

—No te lées con ella —aconsejó—. Se cree una princesa y no es más que una puta barata.

Con la mano izquierda lo cogí por la camiseta y apreté el puño de la derecha, a punto de destrozarle la cara, cuando sentí los dedos de Joyce envolviendo los míos. Y que me colgaran si no había sentido una corriente extraña subiendo por todo mi brazo.

—No, Kwan. —La miré, sus ojos me suplicaban que no lo hiciera.

Volví a encararlo y en mi visión periférica vi venir a un par de polis hacia nosotros con paso decidido.

—Hoy debe ser tu día de suerte —mascullé soltándolo.

—¡Qué te jodan! —gritó.

—Buenos días, Zack... Joyce —saludó uno de los agentes, el más bajo y entrado en carnes.

—Hola, Mark —contestó ella con familiaridad.

Buscó los papeles que le había lanzado ese idiota y se los dio al agente. El otro policía, un tipo más joven, musculoso y negro, solo había saludado con un gesto de cabeza y no me quitaba el ojo de encima.

—Zack tiene una orden de alejamiento —explicó ella.

—Lo sabemos. ¿Quieres acompañarnos a comisaría? Puedes poner una denuncia por incumplimiento...

—No, solo quiero que se vaya —lo cortó ella.

—Ha intentado agredirme —soltó el tarado señalándome.

—Me has insultado —acotó Joyce.

El agente más alto puso una mano en el hombro de Zack, pero cerca del cuello y parecía apretar.

—La señorita no va a denunciarte, ¿lo has oído? Así que lárgate antes de que cambie de opinión.

Empezó a caminar hacia atrás, mirándola.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente.

—Voy a fingir que no he oído eso, Zack —advirtió el agente más mayor sin mirarlo.

Mientras se alejaba dando largos pasos. El policía se plantó delante de mí.

—Documentación, si es tan amable.

—¡Mark! —se quejó Joyce.

—Solo estoy haciendo mi trabajo.

—No pasa nada. —Saqué la cartera del bolsillo y la abrí para que viera mi identificación falsa.

—Bien, señor Cox. ¿Qué le ha traído a Auburn? —preguntó enganchando los pulgares en el cinturón después de devolverme la tarjeta.

—Somos viejos amigos, ha venido a visitarme —se adelantó Joyce.

No tenía ni idea de por qué se empeñaba en decirle eso a todo el que quisiera escucharla y ahora tenía que seguirle el juego.

—Eso es —añadí.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—Mañana sale mi vuelo desde Sacramento.

—Perfecto, procure no buscarse problemas. —Saludó llevándose dos dedos a la gorra—. Que pasen un buen día.

Los miramos mientras volvían hacia su vehículo policial.

—Es injusto —dijo sin dejar de seguirlos con la mirada.

—No, no lo es. Tienen que mantener el orden.

Me observó juntando sus bien definidas cejas.

—Pues me ha parecido que te culpaban a ti de todo.

Me encogí de hombros.

—No importa.

—A mí, sí. Vaya pandilla de idiotas, se conocen todos, salen juntos y juegan al billar cuando no están trabajando y, además, se cubren unos a otros. Los dos son amigos de Zack.

Empezó a caminar.

—Lo he notado —contesté observando el balanceo de su culo.

Se giró y aparté la mirada a tiempo.

—¿Vienes?

—¿A dónde?

—Necesito mi chute de *cappuccino*, pero cuando he reconocido el coche de Zack, no he querido entrar a comprarlo.

Eso explicaba el cambio de dirección que había visto. Cogí el vaso abandonado en el banco y lo tiré a una de las papeleras que había cerca.

—¿Qué estabas tomando? —preguntó, cuando la alcancé.

—Café.

—Bien, te pediré otro. Yo invito.

Me hacía gracia la manera en que intentaba ocultar la tensión a la que la había sometido ese Zack. Era una chica valiente, después de todo. Pero eso no me distraía del hecho de que si él la atacaba físicamente le haría daño, si eso no había ocurrido ya.

—Acepto.

Hicimos cola y después de recoger las bebidas nos sentamos en una de las mesas.

—¿Te ha hecho daño alguna vez? Quiero decir... de forma física.

Joyce levantó las cejas.

—¿Quién? ¿Zack? —Negó con la cabeza—. No, nunca me ha tocado de esa manera.

—Me ha parecido un hombre violento —confesé.

—Grita y hace aspavientos, pero poco más.

—De todas formas, ve con cuidado. Dices que entró en tu casa.

Se puso seria.

—Sí, se extralimitó.

Levanté una ceja.

—Curiosa manera de verlo.

—No quiero hablar de él —zanjó.

Estuvimos unos minutos en silencio, ella envolvía el vaso con sus manos mientras miraba al exterior y yo la observaba a ella. Ya no podía negarlo, me atraía de una manera extraña. Era como si algo me advirtiera que podía congeniar con esta chica.

—Te vas mañana —afirmó rompiendo el silencio.

—Sí.

Carraspeó y sus pómulos adquirieron un tono rosado muy atractivo.

—¿Quieres cenar conmigo? —preguntó con timidez.

No esperaba que me saliera con eso, pero no lo pensé demasiado.

—Será un placer.

Capítulo cuatro



Nos despedimos y me fui derecha a casa, me duché y me vestí para salir a comprar. Aún no podía creer que me hubiera atrevido a invitarlo a cenar a mi apartamento. ¿Me había vuelto loca? Era un completo desconocido y lo iba a meter en la intimidad de mi hogar. Pero su actitud frente a Zack y los agentes me había confirmado que, a pesar de haber estado a punto de golpear a ese loco de mi ex, no era un hombre violento.

No es que yo necesitara que nadie me defendiera frente a Zack, no obstante, Kwan se había comportado como un auténtico caballero. Si hubiéramos quedado en algún restaurante, con mi suerte, estaba segura de volver a toparme con mi ex.

Compré unas chuletas y todos los ingredientes para hacer una ensalada, postre y vino tinto. Tenía una pequeña barbacoa portátil en la azotea y podíamos asar la carne allí. Si bajara mucho la temperatura nocturna, siempre podríamos meternos en casa a cenar.

Pasé la tarde buscando información sobre el tal Olof, Dimitri Olof, empresario dedicado al desarrollo e investigación en el campo de la farmacéutica, pero no encontré nada más que unas noticias recientes sobre el accidente que había acabado con su vida, ni una palabra sobre su entorno más íntimo. Quería saber más de él; con quién se relacionaba personalmente y con quiénes había firmado un contrato. Decidí que llamaría a Takeshi y a Zev para que me ayudaran con la información.

Dejé esa llamada para el día siguiente.

Me arreglé y me dispuse a ir a casa de Joyce, aunque antes busqué una floristería. No se me daban bien estas cosas, pero aún me quedaba algún pensamiento racional y este me decía que llevara flores.

Terminé con una orquídea de varias flores blancas dentro de una maceta, un montón de papel de celofán y un gran lazo rojo. ¿Eso era normal? Según la dependienta, una señora de mediana edad muy intuitiva, sí. Le hice caso y accedí. Me sentí un tanto gilipollas transportando la maldita flor en el asiento del copiloto y poniendo una mano delante, cada vez que frenaba, para que no se rompiera.

Seguí las indicaciones de Joyce, aunque ya sabía dónde vivía. ¿Qué hubiera pensado si se lo hubiera confesado? No quería que terminara comparándome con su ex.

«¿Qué importa ahora eso, idiota? Mañana te largarás de aquí y no la volverás a ver».

Llamé al portero automático y, después de abrirme, subí en el ascensor hasta el ático. El edificio era de cinco plantas y de reciente construcción. Al llegar arriba la encontré en la puerta

esperándome, con los brazos cruzados y apoyando la cadera en el marco, y... estaba preciosa, con un vestido de manga larga, de un color oscuro, que se amoldaba a sus curvas y no le cubría las rodillas por muy poco.

Algo se había descongelado en mi interior y no lo estaba gestionando bien. ¿Cómo podía una completa desconocida hacerme sentir esas emociones? Ninguna mujer había conseguido hacerme vibrar como lo estaba haciendo Joyce, sin ser consciente de ello. No desde que habíamos escapado de aquel infierno.

—Hola, bienvenido a mi hogar.

Me sorprendió poniéndose de puntillas y besándome en la mejilla en cuanto me acerqué.

—Hola, te he traído... esto. —Le di la pequeña maceta envuelta.

«Genial, capullo».

—Oh, gracias, me encantan las orquídeas —dijo tocando suavemente un pétalo con el índice mientras la cogía con la otra mano.

—Me alegra haber acertado.

Dio un paso atrás y me invitó a entrar con la cabeza y una sonrisa.

El apartamento no era muy espacioso y se notaba que no hacía mucho que se había instalado, los muebles eran escasos, aunque funcionales, y todo era blanco y gris. Las paredes estaban desnudas, ni un solo detalle las adornaba.

—Aún tengo que terminar de decorar. —observó como si estuviera leyendo mis pensamientos, y dejó la planta al lado del televisor—. ¿Una cerveza?

—No, gracias, no bebo alcohol.

—¿Nunca? —preguntó extrañada.

—Nunca.

Tenía mis razones, pero no iba a explicárselas, por muy contrariada que luciera en ese momento.

—Oh, vaya. Había comprado vino para la cena.

—Lo descorcharé para ti —me ofrecí arrancándole una sonrisa sincera.

—Si tú no bebes, yo tampoco.

—No es necesario.

—No me importa, de verdad.

Entró en la cocina, a su derecha, y salió con una bandeja con tres filetes de carne.

—Todo tuyo, vamos arriba, a la azotea.

Cogí la bandeja y dejé que me guiara, se detuvo a ponerse una especie de pañuelo enorme sobre los hombros y admiré de nuevo su trasero mientras subíamos las escaleras de caracol.

Era una terraza pequeña con una barbacoa portátil de la que salía humo y una mesa de madera y dos sillas cerca. Una radio sonaba sobre el alfeizar de la ventana y estaba sintonizada en una emisora que ponía música de los años 80. En esos momentos la canción de Bon Jovi, *Livin' On A Prayer*, rasgaba el aire a un volumen bajo.

Dejé la bandeja sobre la mesa, en ese ambiente relajado, y me quité la cazadora.

—Entonces, ¿me toca cocinar? —pregunté dando un punto divertido a la frase.

—Eso es, mientras yo te miro atentamente.

—Perfecto, acabas de dar con el mejor asador de carne de la historia.

Levantó una ceja ante mi comentario y después soltó una carcajada que obligó a que mis labios también se estiraran. Pero era cierto, me gustaba cocinar, y según mis amigos, no lo hacía mal.

—Vaya, eso vas a tener que demostrarlo —me provocó sin dejar de sonreír.

Mientras la carne chisporroteaba sobre la parrilla me contó que tan solo hacía un mes que vivía en el edificio y que conocía a pocos vecinos. Preparamos una ensalada en su cocina y dispusimos la mesa justo a tiempo de servir la carne.

—Está en su punto, voy a tener que felicitarte —dijo después de probarla.

Nos llegaba el calor residual de las brasas de la barbacoa, así que la noche no parecía fría en absoluto.

Observé el movimiento de su garganta al tragar, la fina columna de su cuello y sus preciosos ojos, mientras me inspeccionaba a la espera de una respuesta.

—Me doy por felicitado —contesté.

Joyce cambió su semblante a otro más serio centrada aún en su plato, podría asegurar que podía oír los engranajes en su cabeza.

—¿Por qué me has invitado? —inquirí esperando una respuesta sincera.

Se forzó a sonreír.

—No me malinterpretes, me caes bien y... me gustas. Pero... —guardó silencio.

—¿Pero? —la arengué.

—Solo quería saber por qué te hicieron eso. Aunque también respetaré que no quieras contármelo.

No parecía ser de esas personas que se dedicaban a indagar en los asuntos de los demás, eso ya lo había intuido. Sin embargo, la acababa de conocer y no iba a dar detalles de mi cautiverio.

—No me gusta hablar de esa etapa de mi vida —zanjé.

Pasaron varios minutos en los que Joyce dejó los cubiertos junto a su plato y, apoyándose en el respaldo de la silla, se arrebujó en el pañuelo que aún llevaba sobre sus hombros.

—Permíteme que hable yo, entonces.

No respondí, tal vez me diera alguna información de interés.

—Tuvimos que variar fórmulas —continuó—, hacer combinados de medicamentos más agresivos y con más tiempo de efectividad, y eso antes de que aquel hombre se presentara exigiendo más entregas. Dime que no soy culpable de que los usaran contigo, de arruinarte la vida. Vi esas imágenes, Kwan, estabas a su merced.

Mierda, esa chica se estaba preocupando por mí. ¿O era por su carrera profesional, seguramente inmaculada?

—Si no sabías para qué tipo de pacientes iban a usarse, no puedes sentirte culpable. Hacías lo que te ordenaban.

Ella negó con la cabeza.

—Animales, Kwan. Se suponía que esos medicamentos eran para animales —aclaró.

Y así nos habían tratado.

—Hice miles de preguntas que nunca respondieron —continuó—. No me sentía cómoda trabajando con esas fórmulas, podían tumbar a un elefante, pero matarlo también.

—No tengo ni idea de los medicamentos que utilizaban, solo que me dejaban fuera de combate —ofrecí.

—¿Sigues tomándolos? Algunos crean adicción.

Arrugué la frente.

—No. Como ya te he dicho, fue en un momento de mi vida que yo no elegí. Esas imágenes son de unos cuatro años atrás, calculo.

Me observó durante largos segundos.

—No vas a contarme nada más, ¿verdad?

Por su mirada implacable, supe que no lo iba a hacer. Tal vez debería dejar que lo hiciera cuando se sintiera cómodo, pero se nos acababa el tiempo, él se iría y no lo volvería a ver. Me sentía cada vez peor con lo que había descubierto y mi única reacción fue buscarlo, ahora me arrepentía de haber obligado al hombre a venir solo para soltarle que había estado viendo ese vídeo. Quería dejar en sus manos ponerlo en conocimiento de las autoridades, pero no había dicho ni una palabra al respecto.

Y yo tampoco iba a contarle las verdaderas intenciones por las que envié esa carta.

—Siento que nos hayamos conocido en estas circunstancias —ofrecí ante su silencio.

—Yo no. Y te agradezco que me enviaras ese correo.

—Me pareció lo suficientemente importante.

—Lo es.

El resto de la velada me habló de la vida en Atlanta; era una gran ciudad que yo nunca había tenido oportunidad de visitar. Le gustaba su trabajo y me contó que, junto a sus dos socios, fundaron TZK Systems y habían conseguido tener una buena cartera de clientes, se mostraba orgulloso. No dijo ni una palabra sobre su vida personal.

—¿Tienes pareja? ¿Hijos? —pregunté a bocajarro.

Podría echarle la culpa al alcohol por mi atrevimiento, pero no había consumido ni una gota, así que no había excusa para tener tanto interés. Kwan despertaba tal curiosidad en mí, que me parecía que se me escapaba el tiempo a su lado, como el agua se escurre entre los dedos cuando intentas retenerla en tu mano.

—No y no —contestó inexpresivo.

Había algo que me gustaba mucho en él y era que nunca desviaba la mirada al contestar. Fijaba sus ojos en mi rostro como si quisiera ver más allá de lo que mostraban mis expresiones, imaginaba que reflejaban exactamente lo que sentía, mi madre siempre descubría mis pensamientos a través de mis gestos faciales. Sin embargo, yo era incapaz de leer a Kwan; era hermético.

—Mi idea era formar una familia —comenté sin que me preguntara—, pero mi historia sentimental no me da la suficiente confianza como para dar el paso. Tiendo a atraer a hombres conflictivos.

Cogió la copa de agua y se apoyó en el respaldo de la silla, parecía relajado. Aunque si prestaba la suficiente atención, era solo una pose.

—¿Como Zack?

—Como Zack —concedí.

Supuse que estaría pensando en mi mal gusto, pero no indagué, bastante me castigaba yo misma como para tener que lidiar con su opinión.

—Te diste cuenta a tiempo —comentó amable.

—Más o menos.

—¿Te arrepientes? —inquirió mirando su copa.

—¿De haber salido con él? No. ¿De haber confiado en él? Sí, por supuesto. Me defraudó y no entiendo qué acontecimiento hizo que cambiara, de manera tan drástica, su carácter. Aunque no

lo creas, siempre había sido cariñoso conmigo.

Sus ojos volvieron a mí de esa manera tan suya de mirarme. Solo lo conocía desde hacía un día, pero la intensidad de su mirada me había calado hondo desde el principio.

—Hay personas que no saben reconocer y atesorar lo que tienen... hasta que lo pierden —murmuró enigmático.

Parecía una estupidez por mi parte, pero me sentí halagada.

—Supongo, a veces no apreciamos lo que tenemos delante.

La música de Foreigner era suave y su balada *I Want To Know What Love Is* nos ofrecía un ambiente romántico, a pesar de que no era lo que pretendía cuando lo invité a cenar. ¿Qué pensaría él de esto? ¿De verdad me preocupaba?

—Podríamos bajar al salón, empieza a refrescar —propuse, intentando que Kwan no se sintiera incómodo en este entorno demasiado empalagoso. Aunque a mí no me importaría en absoluto tener un encuentro sexual con este hombre.

Sacudí la cabeza en mi mente, no podía estar pensando en eso, lo acababa de conocer.

Las brasas se estaban enfriando, aun así, las cubrí con la tapa metálica de la barbacoa por si se levantaba viento.

—Como quieras.

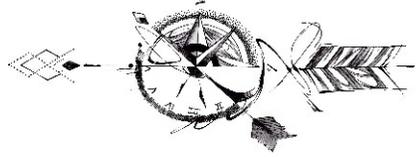
Recogimos las cosas y cerré la entrada de la azotea a la casa con llave. Después del allanamiento de Zack, prefería sentirme segura.

Nos sentamos en el sofá y, con sendas copas de agua en las manos, nos pusimos cómodos. No hablamos, solo miramos la chimenea; a pesar de que no hacía mucho frío, me gustaba tenerla con unas pocas llamas, dando la calidez necesaria. Era de gas, así que podía regularla según la necesidad.

—Me alegra haberte conocido —dije, dando voz a mis pensamientos.

—Deberíamos habernos conocido en otras circunstancias —rebatí con una pequeña sonrisa.

Capítulo cinco



Me resultaba difícil enfrentarme a Joyce, solo con imaginar lo que ella habría sentido al ver las imágenes, mis tripas gritaban de impotencia. La humillación volvía a mí en grandes oleadas.

—Ha sido una buena noche, pero debería marcharme ya. Gracias por la invitación —dije levantándome.

Dejé la copa sobre la mesa y me colgué la cazadora del brazo. Esperé a que ella se levantara y después caminé delante de mí hacia la puerta.

—Siento que tengas que irte... —dejó de hablar y levantó una mano—. Espera.

La vi caminar con ese vaivén de caderas que en Joyce parecía tan natural. Desapareció tras una de las puertas del fondo y volvió decidida hacia mí, unos segundos después.

—Me pediste que no guardara ninguna copia y no lo haré, toma.

Dejó caer en mi mano otro *pendrive* y lo guardé en el bolsillo de los pantalones.

—Gracias.

—No hay de qué. Espero que, si algún día viajas por esta zona, vengas a visitarme.

Apoyó las manos sobre mi pecho y se alzó de puntillas para besarme en la mejilla. Fue entonces cuando hice algo que ni yo mismo esperaba. Rodeé su cintura con un brazo y, apretándola contra mi cuerpo, la besé en los labios. Esperaba que ella se apartara, pero subió sus manos y abrió un poco su boca invitándome a recorrerla con la lengua.

Esa chica me gustaba y, tal vez, el hecho de saber que no iba a volver a verla, me animó a dejar todos mis inconvenientes pensamientos a un lado, estaba cansado de desconfiar de todas las mujeres que se me acercaban. Para mí, todas pertenecían a alguna organización cimentada específicamente para atraparnos. Y, aunque Joyce me había buscado y podría haberme tendido una trampa, de alguna manera había entrado en mi mente con paso firme y sin levantar tantas sospechas como esperaba.

—Quédate —me invitó, susurrando contra mis labios.

—¿Estás segura? —Busqué en sus ojos la confirmación.

—Me gustaría... pasar la noche contigo. —Sus mejillas se habían teñido de rosa y eso me estaba dando una pista de que no hacía a menudo ese tipo de proposiciones.

Mis labios se estiraron en una ligera sonrisa, de esas que pocas veces asomaban y que solían pillarme desprevenido cuando aparecían. Dejé la cazadora sobre el respaldo del sofá y volví a acercarme a ella.

—Quiero quedarme —admití acariciando su rostro con el pulgar.

Me obsequió con la sonrisa más bonita que había visto jamás. Era una mujer preciosa y en este momento deseaba saborearla.

Cogió mi mano y me llevó hasta su habitación, encendió una pequeña lámpara y esa vez fui

yo el que llevó la iniciativa. Empecé a quitarle el vestido mientras volvía a sellar mi boca con la suya. Sus manos comenzaron a desabrochar la camisa que llevaba y siguieron con los pantalones. Cuando nos separamos estábamos los dos mirándonos a los ojos. Pero nuestras miradas no tardaron mucho en recorrer el cuerpo del otro con curiosidad y, en mi caso, con fascinación.

No me había equivocado, Joyce tenía un bonito cuerpo, delgado y lleno de curvas al mismo tiempo. Unos pechos perfectos y un abdomen plano, que unido a sus largas piernas conformaban una estilizada figura. Su pelo negro, en contraste con su piel tan clara, le daba un toque sensual que había hecho que mi polla se hinchara por completo.

La llevé hasta la cama y me tumbé a su lado, apoyando un codo en la almohada de la cama doble.

—Eres una mujer preciosa, Joyce.

Acaricié de nuevo su mejilla y ella giró el rostro para besar la palma de mi mano.

—Tal vez eres tú el que me hace sentir así de bien.

—Creo que puedo mejorarlo. —Besé su cuello y deslicé la lengua entre sus pechos arrancándole un suspiro.

Me entretuve en los rosados pezones poniéndome sobre ella, pero aguantando mi peso con los brazos, para no dejarme caer sobre el suyo. Era delicada o, al menos, lo parecía.

Seguí una senda de besos hacia el vientre y bajé una mano hasta encontrar la humedad entre sus piernas. Joyce me dio acceso abriendo un poco más los muslos y mis dedos recorrieron sus pliegues resbaladizos. Gimió y sus manos se aferraron a mis hombros pidiéndome más. Introduje un dedo, sus músculos internos parecían abrazarlo y me gustó la sensación; me anticipó lo que vendría después, cuando mi polla estuviera en su interior. No podía esperar a sentir a Joyce a mi alrededor.

Aun así, le dedique un tiempo a su placer. Mi boca buscó su centro y succioné de manera suave mientras movía el dedo curvándolo un poco. Su respiración agitada era un claro indicativo de que estaba a punto de correrse y dejé que ocurriera, me bebí su orgasmo y después la abracé con fuerza.

Cuando la volví a besar, tuve la sensación de que me estaba volcando demasiado en Joyce, era como si mi piel quisiera saciarse del cariño que le había sido negado durante demasiado tiempo y, mentalmente, frené esos impulsos. No sabía nada de ella, solo que me atraía y me hacía sentir de otra manera, una manera que me gustaba.

Noté su mano en mi polla, que seguía demandando atenciones, y entonces fue ella la que se puso sobre mí. Su bonito rostro parecía brillar viéndola a contraluz, se posicionó y resbaló sobre mi erección. Lo hizo de manera tan lenta que incluso tuve que poner las manos en sus caderas e ir en su búsqueda soltando un gruñido.

—Así, nena.

Empezó a moverse y fue tal y como imaginaba, su musculatura interna me atrapó y puse todo mi empeño en no correrme antes de tiempo. Cerré los ojos un momento y entonces sentí que ella se movía más rápido. Llevé mis manos más abajo y alcancé el clítoris con el pulgar, lo hice rodar y me uní a su orgasmo, uno potente y muy deseado. ¿Cuánto tiempo hacía que no tenía sexo compartido? «Más de dos años», contestó mi mente.

Joyce se derrumbó sobre mí con un gemido y escondió la cara en mi cuello. Tiré de la manta y cubrí nuestros cuerpos.

Ninguno de los dos dijo nada en mucho rato. Seguía enterrado en ella y joder, me sentía a gusto.

—Voy a ir al baño —dijo de repente.

Se levantó con cuidado y admiré su bonito culo, ahora desnudo, mientras caminaba hacia una puerta a mi derecha. Al cabo de cinco minutos oí correr el agua de la ducha y me uní a ella sin pedir permiso.

Me sentía relajada cuando abrí los ojos, ya entraba algo de claridad por la ventana; estaba amaneciendo. No quise moverme de mi posición boca abajo para no despertar a Kwan y mi mente voló hacia la sesión de sexo en la ducha, había sido fantástica y me sentía realmente bien, sus manos eran enloquecedoras sobre mi cuerpo. Sonreí ante el recuerdo. Me había quedado dormida sobre su cálido pecho, aunque en algún momento de la noche nos habíamos separado.

Me concentré en escuchar su respiración, pero no oí nada. Giré la cabeza arrugando la frente y encontré la cama vacía a mi lado. Me levanté para ir al baño y salí de la habitación con la esperanza de encontrarlo en la cocina, pero no había rastro del hombre. Me decepcioné y, soltando un suspiro, me preparé un café; ni siquiera había escuchado nada, no tenía ni idea de cuándo se había ido. Tan extasiada había quedado.

Aunque sabía que tenía que subir a un avión, me hubiera gustado despertarme junto a él, hablar un poco y tal vez proponerle alguna otra cita en un futuro. Ahora todo había quedado en un encuentro sexual y nada más. Pero su forma de abrazarme cuando nos quedamos dormidos no la podría olvidar, no parecía querer soltarme, era como si me estuviera protegiendo.

Me puse la ropa deportiva y salí a correr como hacía cada mañana, esperando que el aire fresco matinal despertara mis sentidos o despejara mi mente.

Una hora después volvía caminando con un *cappuccino* caliente entre las manos, era mi rutina y, aunque ya no trabajaba, la seguía llevando a rajatabla.

Subí en el ascensor y al llegar a la puerta la vi entornada; yo la había cerrado, estaba segura. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, ¿Zack se había atrevido a entrar en mi nueva casa? ¿Otra vez pretendía invadir mi intimidad?

Empujé la puerta con el pie y me concentré en los sonidos del interior, no me atrevía a entrar, pero el silencio en el piso era abismal. Me decidí a pasar con cautela y me encogí al ver el desastre, todo estaba revuelto. Los cojines del sofá en el suelo, los cajones del mueble de la televisión tirados de cualquier manera, con todo lo que alguna vez había habido en su interior esparcido por la alfombra.

La cocina no presentaba una imagen mejor, también había sido saqueada. A esas alturas terminé por recorrer mi habitación y la de invitados; habían levantado los colchones en ambas y rebuscado en los armarios y cómodas. Se notaba que no era un robo habitual, buscaban algo. No hacía falta ser detective para llegar a esa conclusión.

Las manos me temblaban y rogué porque hubiera sido ese capullo de Zack el que había entrado y no una banda de locos.

Me cabreó ver mi ropa interior adornando el suelo de madera, pero no toqué nada. Aún llevaba el vaso de cartón en la mano y lo dejé sobre la encimera de la cocina para buscar el teléfono y llamar a la policía.

Veinte minutos más tarde el sargento Mark Thorn, el mismo con el que había hablado en el parque estando con Kwan, me encontró esperándolo en el descansillo.

—¿Joyce? ¿Estás bien? —preguntó con evidente preocupación quitándose la gorra.

—Sí, no estaba en casa.

—No entres, enseguida estoy contigo. —No le aclaré que ya lo había hecho.

Accedió a mi casa con la mano apoyada en su arma reglamentaria que permanecía en su funda.

Otros dos hombres uniformados salieron del ascensor detrás de él, uno de ellos era Freddy, el mejor amigo de Zack, que me echó una mirada iracunda y entró en mi casa sin molestarse en saludar.

Esperé unos minutos que se me hicieron eternos.

—Ven, siéntate —me pidió el sargento señalándome el primer peldaño de la escalera cuando volvió a salir—. Estás pálida y asustada, pero tengo que hacerte algunas preguntas. Siento que no podamos entrar, pero mis hombres están buscando huellas y pruebas... y no vamos a entorpecerlos.

Asentí y me senté mientras él descendía unos pocos escalones quedándose de pie para estar a mi altura, apoyó un pie un peldaño más arriba y se curvó apoyando el antebrazo en su pierna.

—¿A qué hora has salido de casa?

—Sobre las siete. He estado fuera poco más de una hora.

—Ya habías entrado, tu café o lo que fuera, sigue ahí —dijo señalando hacia adentro, pero no me inmuté—. A simple vista, ¿has notado en falta algo? ¿Joyas? ¿Ordenador?...

Recordaba haber visto el ordenador en el mismo sitio donde lo había dejado, sobre la mesa de la cocina.

—No tengo joyas y el ordenador sigue ahí.

Frunció el ceño.

—Está todo revuelto, como si hubieran buscado algo —informó.

—Lo sé —concedí.

—¿Qué crees...?

—No lo sé, pero deberías buscar a Zack y preguntarle a él —solté furiosa.

Sus ojos grises se clavaron en mí.

—No dudes que lo haré, pero que haya hecho esto una vez, no lo hace culpable ahora.

Maldita sea, ojalá lo fuera.

—Entiendo.

—¿Sospechas de él, Joyce?

—Sí.

—¿Y qué podría estar buscando? La otra vez, cuando entró en el apartamento que compartáis, no lo revolvió todo. Solo quiso asustarte y créeme cuando te digo que pagará las consecuencias, pero debes admitir que esto es diferente.

Asentí porque tenía razón. Zack no había llegado tan lejos.

De repente una sospecha se estrelló contra mi mente, ¿y si Kwan no me había creído? ¿Y si pensaba que tenía más copias de aquel *pendrive*? Él sabía que yo saldría a correr, me había preguntado en el parque si lo hacía a menudo. Solo tenía que esperar a verme salir para acceder a mi piso.

Me sentí como una idiota, había confiado en él.

El sargento miró por encima de mi cabeza y asintió.

—Ahora podemos entrar, aunque te pediría que no toques nada aún, tienen que fotografiarlo todo.

—Me gustaría ducharme.

—En media hora nos habremos ido, pero necesitamos que vuelvas a comprobar si falta algo.

Me levanté y entré seguida de él, Freddy estaba revisando unas huellas que había logrado hacer emerger con el polvo y el pincel que se usaba para tal fin. La sangre se me congeló cuando me di cuenta de que eran las copas de agua que habíamos bebido Kwan y yo. Me devané los sesos mientras miraba las estanterías y el cajón donde a veces guardaba algo de dinero en efectivo, no faltaba nada. Quien o quienes hubieran entrado no se habían molestado en fingir que esto era un robo.

¿Debería mencionar que ayer no estuve sola? Sabía que lo iban a descubrir en cuanto vieran unas huellas diferentes a las mías, aunque podían pensar que eran del hombre que había entrado a... ¿buscar alguna otra prueba, el *pendrive* que había escondido y que ya no tenía en mi poder? Había otra persona que sabía de su existencia, además de Kwan, y esperaba que no se hubiera atrevido a entrar en mi casa.

Tomé la decisión de no hablar del dispositivo. Kwan me había dicho que correría peligro si alguien descubría que lo tenía. Y, a pesar de sospechar de él también, me protegería en ese aspecto.

—No echo en falta nada —afirmé.

—Perfecto.

—Tal vez debería informarte de que ayer no estuve sola.

—Deberías, así podemos descartar otras huellas.

—Un... amigo estuvo cenando aquí.

Freddy tenía puesto el radar, ya que noté como detenía un momento lo que estaba haciendo, pero no me miró.

—¿Cuándo se fue? —preguntó el sargento.

Mierda, no podía mentir.

—Esta mañana, antes de las siete, tenía que coger un avión en Sacramento.

—¿Es el hombre del parque? —inquirió Mark.

Freddy levantó la cabeza y clavó sus ojos oscuros en los míos, sabía lo que implicaba mi confesión. Ahora ya habría intuido que Kwan no solo había cenado en mi casa, sino que había terminado en mi cama. No debería importarme...

—Sí.

Mientras el sargento seguía preguntando, el agente amigo de Zack no apartó su mirada de mí. Me daba igual que le fuera con el cuento a mi ex, ya no estábamos juntos y podía hacer con mi vida lo que quisiera.

—¿Crees que él podría haber hecho esto?

—No —dije con fingida naturalidad.

El sargento asintió, pero yo sabía que lo investigarían de todas formas.

—Listo, sargento. Ya lo tenemos todo —dijo el otro oficial al que nunca había visto, parecía muy joven.

—Está bien, ¿tienes algún seguro?

Asentí.

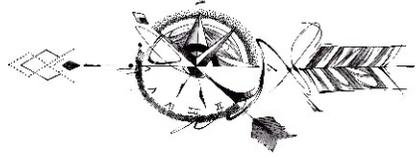
—Llámalos, que te cambien la cerradura hoy mismo. Si recuerdas algo más, llámame.

—De acuerdo.

Después de contactar con el seguro, me di una ducha rápida y esperé a que alguien acudiera a

reemplazar la cerradura destrozada.

Capítulo seis



Me había costado mucho dejar a Joyce en la cama y salir a hurtadillas como un jodido ladrón, pero las despedidas no eran lo mío. La miré mientras dormía y recorrí su precioso rostro con los ojos, grabé sus rasgos en mi mente y me convencí de que solo había sido sexo de una noche, que lo necesitaba debido al autoimpuesto celibato.

Faltaban aún unas cuantas horas para subir al avión, aun así, me marché sin despedirme. Aunque la vi salir a correr, un último vistazo a la chica que había alegrado mi pobre existencia.

No iba a ser fácil olvidarla, me había gustado demasiado.

Ya era hora de llamar a mis socios, debían estar preocupados.

Cogí el teléfono para llamar a Takeshi; seguro que Zev seguía en su burbuja amorosa y me negaba a reventarla.

—Vaya, apareció el idiota —contestó cabreado.

—A mí también me alegra saber de ti, Tak —ironicé.

—Maldita sea, Kwan. ¿Dónde coño te has metido? ¿Y por qué has desconectado el teléfono móvil? Zev dice que va a meterte un jodido dispositivo de seguimiento por el culo.

Sonreí.

—Puede intentarlo.

—Joder, nos tenías preocupados.

No había actuado bien y lo sabía.

—Lo siento, necesitaba desconectar.

—Lo entiendo, pero podrías avisar.

Me estaba vapuleando, aunque tenía razón.

—Ya me he disculpado, ahora necesito que hagas algo por mí —pedí seco.

—¿Qué se te ofrece, capullo?

Esta vez sonreí. Tak era así.

—Te voy a pasar una matrícula, el nombre de un tipo y dile a Dylan que busque información sobre la farmacéutica Olof, desaparecida hace poco.

Hubo silencio al otro lado de la línea.

—¿Tiene que ver con nosotros? —preguntó finalmente.

—Conmigo, sí.

—De acuerdo, ¿dónde cojones estás?

—En Auburn.

—Hay que joderse —refunfuñó.

—Ya. Voy de camino a Sacramento, nos vemos en unas horas.

Paré cerca de una cafetería y aproveché para enviarle los datos a mi socio, compré una bebida isotónica en una máquina expendedora, y me la estaba bebiendo dentro del coche cuando vi a

una mujer muy demacrada dejarse caer en la acera, se sentó en el borde y cruzó los brazos encima de las rodillas, estaba extremadamente delgada y sus extremidades parecían cuatro ramas a punto de partirse.

Arranqué el coche y enfilé de nuevo la carretera, aquella mujer me había traído demasiados recuerdos. El tono oscuro de su piel, su frágil figura, incluso su ensortijado pelo negro... todas las imágenes que recordaba de mi madre volvieron a mí.

Yo tan solo tenía dieciséis años cuando murió por una sobredosis. Me constaba que me quería y que, aunque viviéramos en la más absoluta pobreza, había intentado cuidar de mí, evitando que los servicios sociales me apartasen de su lado. Pero nunca cuidó de sí misma. Jamás pudo dejar de drogarse. Si conseguía traer comida a casa era para mí, nunca para ella. Le pedí tantas veces que lo dejara...

Sus palabras eran siempre las mismas, «lo haré, hijo». Una y otra vez intenté creerla, al final desistí. Aún podía sentir el dolor que me produjo encontrarla muerta en el baño de nuestro destartado apartamento del Bronx. Aquel día estaba muy contento; me habían admitido en el equipo de *básquet* del instituto y ni siquiera fui consciente de que todo estaba en silencio, que no había música a todo volumen, como ella solía escucharla. Corrí de una habitación a otra buscándola, solo había dos, la suya y la mía. Así que cuando encontré su pequeño cuerpo en posición fetal, supe al instante que mi madre ya se había ido.

Su rigidez y la frialdad que sentí en su piel al tocarla me lo confirmaron, la goma que había utilizado alrededor de su brazo izquierdo seguía allí y su piel mortecina parecía haber adquirido un tono grisáceo. A escasos centímetros de su rostro estaba toda la parafernalia que había usado para drogarse, mi mente registró aquella escena para siempre.

Había dejado la puerta abierta al entrar y, desde el rellano, una vecina me vio arrodillado y paralizado junto al cuerpo sin vida de mi madre, sin saber a quién debía llamar; no teníamos teléfono y el *shock* había sido demasiado grande como para gritar o llorar. Aquella vecina se encargó de todo, de llamar a una ambulancia y a la policía, y después desapareció. Éramos la familia disfuncional de aquel edificio, ninguno de nuestros vecinos quería tener nada que ver con nosotros porque ellos tenían sus propios problemas.

La autopsia desveló que llevaba horas muerta, seguramente esperó a que yo me fuera de casa aquella mañana para pincharse, nunca lo hacía en mi presencia. Aunque yo lo sabía, claro que lo sabía, las marcas en sus brazos y tobillos eran más que evidentes. Teniendo esa edad solo supe ver que la dependencia era superior al amor que me tenía y la odié con todas mis fuerzas, la odié por lo que vino después y dejé de odiarla cuando comprendí el tipo de vida que le había tocado vivir.

El que decía ser mi padre la dejó en cuanto supo que ella estaba embarazada, así que se prostituyó y siguió drogándose para olvidar. Lo supe mucho después, cuando aterrizando de un hogar de acogida a otro y siendo maltratado en algunas ocasiones, un hombre se apiadó de mí y me ayudó a redirigir mi vida. Así fue como supe que él había intentado ayudar a mi familia, pero mi madre no le dejó. Me había estado buscando y, cuando me encontró, me hizo prometer que me mantendría alejado de las drogas, a cambio, me pagaría la universidad.

Hoy en día, podía recordar con cariño al padre Lucas. Murió cinco años después, su corazón decidió detenerse y no pude despedirme de él, aunque siempre lo recordaré con gratitud.

Sacudí la cabeza, apartando los recuerdos, y frené un poco al encontrarme con un coche que iba demasiado lento, un poco más adelante. A través de su ventanilla trasera vi como el conductor bajaba la cabeza, como si la fuera a apoyar en el volante, tal vez se encontraba mal.

Miré el retrovisor exterior y al camión que iba tras de mí. Adelanté y me puse a su altura. No había hecho más que mirar al conductor cuando el jodido camión me embistió por detrás, salí catapultado hacia adelante intentando mantener el control del volante.

—Maldita sea —gruñí entre dientes.

Logré incorporarme de nuevo al carril y aminorar la velocidad, pero el camión, poniéndose a mi altura, dio un bandazo y me echó literalmente de la carretera. El coche rebotó ingobernable sobre un campo de tierra suelta y me frenó el único árbol que había en la trayectoria. El calor que desprendía el *airbag*, cuando se desplegó por el golpe, fue lo último que sentí antes de perder el conocimiento.

Calor, eso era, hacía calor y era sofocante, abrí los ojos sin saber qué coño había pasado, las llamas envolvían el vehículo en el que me hallaba, el humo entraba en grandes volutas negras y me estaba costando llevar aire a los pulmones; había tenido un accidente, recordé. Aún llevaba el cinturón de seguridad puesto; logré deshacerme de él, pero me quemé en mi inútil intento de salir de allí. Deslicé el asiento hacia atrás y, poniéndome de lado, me apalanqué para golpear la puerta del copiloto con los pies enfundados en las botas. Solo necesité un golpe seco para que cediera, lancé el teléfono móvil al exterior y me arrastré fuera, envuelto en llamas. Rodé sobre la tierra una y otra vez, palmeando mi cuerpo con las manos desnudas; me ardía la ropa y el pelo.

Mi puto pelo...

Me aparté del coche justo a tiempo de evitar la explosión, pero nadie me había engañado, tanto el accidente como el incendio posterior habían sido intencionados. Podía saber, por el olor, que alguien había rociado la carrocería con gasolina y el vehículo que yo conducía era diésel.

—Hijo de puta —grazné viendo como el camión se alejaba.

Era extraño, me habían dejado vivo cuando la intención había sido otra.

Varias personas miraban el incendio y utilizaban sus teléfonos para llamar a emergencias. Reculé y seguí agachado entre los matorrales a los que había ido a parar. No sabía si alguien habría reparado en mi huida, pero no importaba. La policía no iba a ayudarme en esto. El fuego borraría mis huellas del vehículo y lo había alquilado con nombre falso. Solo quedaban las cámaras de seguridad de la agencia, pero eso lo iba a remediar en un corto plazo de tiempo.

Había recorrido unos metros alejándome del escenario, caminando entre los claroscuros de un pequeño bosque que olía a savia, cuando me di cuenta de las quemaduras en las manos y parte de los brazos. Tenía que llamar a alguien y, estando donde estaba, solo me vino a la cabeza una persona. No podía dejarme ver caminando por el arcén de la carretera, con la ropa medio chamuscada, llamaría demasiado la atención.

—¿Diga?

—Joyce...

—¿Kwan?

—Sí, soy yo.

—¿Has llegado a Sacramento?

No podía explicarle por teléfono lo que había ocurrido.

—He tenido un accidente, ¿puedes venir a por mí?

—Dios mío, ¿estás bien? ¿Necesitas una ambulancia?

Solté el aire, demasiadas preguntas para el insoportable dolor que estaba sintiendo en mis manos.

—Nada de ambulancias ni policía, necesito que me saques de aquí.

—Está bien. ¿Dónde estás?

—No lo sé exactamente, a unos cincuenta kilómetros en dirección a Sacramento. He visto un Walmart cinco minutos antes de...

—Sé dónde está.

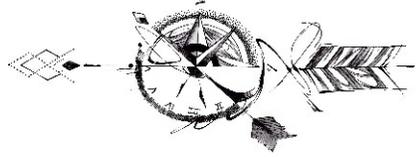
Respiré aliviado.

—Después hay una gasolinera —seguí indicando.

—Espérame ahí, salgo enseguida.

Continué caminando campo a través hasta llegar a la gasolinera, lo que me llevó más de media hora, y me escondí en la parte de atrás, observé la piel de mis manos llenas de ampollas. No sabía qué pretendía ese cabrón del camión, pero era algo que no iba a dejar pasar.

Capítulo siete



Salí de casa con el pelo aún húmedo y preguntándome si no estaba algo tarada. Hacía poco menos de una hora estaba sospechado de Kwan y ahora corría a socorrerlo. Me había puesto un vestido, botas, la cazadora vaquera encima y había salido a toda velocidad del *parking*.

No dejaba de pensar en qué podía haberle ocurrido y por qué me llamaba a mí. Aunque eso podía ser una clara señal de que no había sido él quien había entrado en casa. Sería de idiotas haberlo puesto todo patas arriba y después buscarme.

Cuarenta minutos después de su llamada, llegué a la gasolinera en la que habíamos quedado, aparqué lejos de los surtidores y lo busqué, pero no había ni rastro de Kwan. ¿Estaba jugando conmigo?

Le envié un mensaje y esperé. Nada, ni contestaba ni aparecía, estaba a punto de arrancar y largarme, cuando lo vi salir cojeando de detrás del local.

Tenía la ropa hecha girones y... ¿dónde estaba parte de su melena? El lado izquierdo de su cabeza estaba más chamuscado que el derecho.

Puse el motor en marcha, saliendo de mi letargo, y fui a su encuentro. Cuando llegué a su altura me incliné y le abrí la puerta, empujándola hacia fuera. Entró lentamente y se sentó soltando un gruñido. Fue entonces cuando me fijé en sus manos.

—Tus manos...

—Vámonos, Joy —pidió, acortando mi nombre de nuevo.

—Te llevaré a un hospital, esas quemaduras son graves...

—¡No! —masculló entre dientes.

—¿No? —inquirí.

—Por favor, llévame a tu casa, en unas horas estaré bien.

—¿En unas horas? ¿Te has vuelto loco?

Su semblante cambió y me echó una mirada furiosa.

—¿Quieres ayudarme? Entonces no hagas preguntas ni juzgues mis decisiones —soltó tajante.

No me lo podía creer, estaba dándome órdenes. No sé si fue mi postura, que había cambiado a una defensiva, o que no hice nada por dar la vuelta. Pero su rostro se relajó y levantó las manos.

—Joyce, te lo explicaré todo. Confía en mí.

Y ahí estaba el quid de la cuestión, ¿debía confiar en él?

—¿Debo confiar en ti? —Las palabras salieron antes de que me diera cuenta.

—No te he dado ninguna razón para no hacerlo —contradijo.

Puse primera y di la vuelta para volver a incorporarme a la carretera.

—Está bien, ¿qué ha pasado?

Durante cinco minutos me contó lo que ese camión había hecho, sus sospechas de que habían

intentado matarlo y su promesa de que iba a solucionarlo.

—Y no quieres llamar a la policía —murmuré.

—No.

—¿Por qué? —inquirí.

—Porque no quiero que husmeen en mi vida, Joyce.

Estaba decidida a saber más.

—¿Sospechas de alguien? —Me sorprendí a mí misma haciendo la misma pregunta que me había hecho el sargento...

—No.

—Perfecto.

Estuvimos unos diez minutos en silencio hasta que decidí romperlo.

—¿Te duele?

—No mucho.

Sonreí ante su intento de parecer inmune a sus quemaduras.

—Voy a parar en esa farmacia —dije señalando el cartel que la anunciaba.

Frunció el ceño.

—Oye, aunque te crees inmortal, puedes contraer una buena infección. Las quemaduras son peligrosas —expliqué.

Un kilómetro después, y sin que discutiera el asunto, me detuve en la entrada y fui a comprar una pomada y vendas.

Cuando llegamos a casa, Kwan miró todo el desastre que aún no había tenido tiempo de recoger.

—¿Qué ha pasado?

—Quítate la ropa, hay que lavar esas heridas y desinfectarlas —propuse desviando el tema.

Empecé a ayudarlo.

—Joyce...

Resoplé.

—Ha sido cuando he salido a correr.

—Mierda.

—Sí, ese es un buen resumen. Ahora vamos a curarte, Kwan.

Fuimos al baño y le fui quitando prenda por prenda hasta dejarlo desnudo. Me costaba apartar la vista de su escultural cuerpo, de la uve que se formaba en sus caderas y de su miembro, que pese a estar en reposo, era considerablemente grueso.

Levanté la vista y vi sus ojos clavados en el espejo, imaginé que mirando el desastre en que se había convertido su pelo.

—Hueles a humo —dije después de carraspear.

—Si no te importa, voy a ducharme.

—Te harás daño, yo te ayudaré.

No utilicé ninguna esponja, no quería irritar más la piel, así que pasé las manos enjabonadas por su espalda y vi un tatuaje que no había visto la noche anterior. Era una brújula con una flecha atravesándola.

—¿Tiene algún significado para ti? —pregunté curiosa.

Asintió, pero no dio ninguna explicación. Ya había notado que era parco en palabras y no quise insistir.

—Date la vuelta.

Me sorprendió ver la erección apuntando hacia mí.

—Son tus manos y tu mera presencia —dijo con una sonrisa.

—No estás en condiciones —contesté sonriendo también.

—Creo que no estáis de acuerdo en eso. —Sus ojos fueron a mí y después a su polla.

Solté una carcajada y me costó la vida no tocar ni acariciar la zona. Decidí concentrarme en el resto, incluyendo la cabeza, cuando con un dedo me levantó la barbilla y nuestros ojos se encontraron.

—Gracias —dijo inclinándose y besándome los labios.

Yo seguía fuera de la ducha y completamente vestida. Si no fuera por sus heridas, ya me habría metido dentro con él, disfrutando de nuestros cuerpos otra vez. Lo mío empezaba a ser preocupante, no hacía tanto que lo conocía y, en mi locura, lo había metido incluso en mi cama y lo deseaba de nuevo.

—No hay de qué —contesté abrumada por su tierna mirada.

Sequé su piel con sumo cuidado y, al mismo tiempo, busqué más heridas; tenía varias contusiones que no parecían graves. Eran sus manos las que me estaban preocupando. Dejé la toalla envuelta en sus caderas y me dispuse a ponerle la pomada.

—Puedo hacerlo yo.

—No, no toques nada, ni siquiera la toalla —advertí.

Empecé a curarlo sintiéndome culpable por no haberle explicado todo desde un principio, pero la certeza de que no volvería a verlo, me había animado a guardar algunos secretos que tal vez debería sacar a la luz.

Y, aunque ahora lo tenía de vuelta, no era el momento.

¿Cuánto tiempo hacía que alguien no se preocupaba por mí? Ni idea, pero Joyce se estaba esmerando en hacerme sentir bien, después ya veríamos cómo debía explicarle que mis heridas sanarían en un solo día, a lo sumo dos. Porque al no recibir tratamiento, la recuperación ya no era tan rápida, aunque aún podía sorprender a cualquiera que lo observara con detenimiento.

—Gracias —volví a agradecer después de que terminara de vendarme las manos—. Creo que voy a tener que quedarme con la toalla, mi equipaje debió quemarse.

—No te preocupes, iré a comprarte algo de ropa. Ahora me desharé de esos harapos en los que se ha convertido la tuya.

—En los bolsillos tienen que estar los dispositivos que me diste.

Me senté en el sofá sintiéndome un completo inútil.

—Los sacaré.

Se fue de nuevo al baño y salió con mi ropa en una bolsa, cogió lo que había sacado de mis malogrados vaqueros y lo dejó sobre la mesa frente a mí.

—Has tenido suerte, aún estaban en los bolsillos y no se han quemado.

Entró en la cocina y volvió con un gran vaso de leche.

—Bebe, has respirado humo, supongo.

Levanté las cejas ante su ofrecimiento y cogí la bebida con cuidado.

—A sus órdenes, señora.

Me dedicó una preciosa sonrisa mientras se sentaba a mi lado en el sofá, doblando una pierna

debajo de su cuerpo.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, esa pomada está calmando el dolor.

Asintió, pero estaba pensativa.

—¿Qué ha pasado esta mañana aquí? —pregunté.

—Cuando salí a correr alguien entró, ya te lo he dicho antes.

—¿Zack? —inquirí.

Negó con la cabeza.

—Al principio pensé que sí. Aunque, tal como dijo la policía, estaba todo muy revuelto, parece que han estado buscando algo. —Señaló a su alrededor—. Como puedes ver. Solo me ha dado tiempo a poner los cojines del sofá en su lugar.

—¿Y qué crees que puede ser lo que buscaban?

Señaló los *pendrives*.

—Esa información es muy importante para ti, ¿verdad? —continuó.

Fruncí el ceño.

—¿Me estás acusando de algo?

No contestó y parecía algo avergonzada.

—Lo siento, Kwan. Pensé que tal vez no me habías creído y que pensabas que escondía alguna otra copia. Que habías vuelto para asegurarte.

La furia empañó mi mente, había desconfiado de mí. De todas formas, acababa de conocerme, ¿qué podía esperar?

Intenté contestar sin gruñir.

—Te creí, me dijiste que no había más copias y no dudé de ti.

—Lo siento —repetió.

—Está bien. Te vi salir a correr esta mañana —confesé—. Solo quería verte por última vez, aunque parece que el destino nos ha vuelto a reunir en unas circunstancias un tanto extrañas; invaden tu intimidad y a mí intentan matarme.

—¿Estabas en la calle? —Sus pómulos adquirieron ese tono rosado que tanto me gustaba—. Querías verme una vez más...

—Sí, Joy. Así es.

Su rostro incrédulo me obligó a aclarar las cosas.

—No suelo actuar así, pero me gustas.

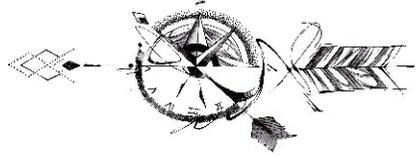
Sonrió.

—Y tú a mí.

Alargué la mano para que pusiera la suya sobre la mía vendada y lo hizo con cuidado, sin dejar caer el peso por miedo a dañarme.

—Te habría llamado, tal vez habría vuelto a viajar para verte —confesé de nuevo.

Capítulo ocho



Mi corazón se saltó un latido ante las palabras de Kwan. Volvió a besarme con esa pasión que sabía imprimir en sus besos y dejé que descansara en el sofá. Cuando se quedó dormido, lo cubrí con una fina manta y me dediqué a recoger las cosas.

Puse un par de lavadoras, me daba asco no saber qué manos habían tocado mis bragas y demás ropa interior. Después salí a comprar comida y ropa para él. No sabía su talla, pero debía ser una grande. Lo pensé mejor y entré en una tienda de ropa deportiva, allí había tallas para todas las medidas.

Cuando volví, él estaba despierto y paseándose como un león enjaulado, me miró confundido.

—No sabía dónde estabas.

—He ido a buscarte algo de ropa mientras dormías, espero que se ajuste a tu tamaño.

—Gracias, te lo pagaré.

Fui hacia él y le toqué el pelo estirando el brazo, sus rastas estaban medio chamuscadas y, mientras que en un lado eran largas, al otro lado de la cabeza apenas medían treinta centímetros.

—Siento lo de tu melena. Necesitarás ir a una peluquería.

—O imponer una nueva moda —bromeó.

—No creo que tengas muchos seguidores —contesté intentando no reírme.

—¿Tienes máquina de afeitar?

Asentí.

—La uso en alguna ocasión, cuando no me da tiempo a depilarme. Pero no sé si servirá para tu barba.

—No es para afeitarme el rostro, quiero que me afeites la cabeza —soltó sorprendiéndome.

—Hace tiempo que las llevas... —Mis dedos acariciaron una de las rastas que aún quedaba larga y se apoyaba en su pecho.

Puso las manos en mi cintura y apoyó la frente en la mía.

—No importa.

—¿Y si igualo los dos lados? Aún quedarían largas.

Arrugó la frente.

—Está bien, inténtalo.

Parecía tan contrariado que solté una carcajada.

—¿Cómo van tus manos?

—Ya no duelen. Esa pomada hace milagros.

Media hora después su cabeza lucía mejor y no le restaba ni un ápice de atractivo. Kwan era hermosamente masculino con o sin rastas, de hecho, su espalda parecía incluso más ancha al no estar cubierta por el largo cabello, que ahora quedaba unos centímetros por debajo de los hombros.

—¿Te apetece una lasaña vegetal? —pregunté.

—Sí, ¿te ayudo?

Miré sus vendajes.

—¿Y ensuciar esas bonitas vendas?

Se miró las manos como si no recordara que estaban ahí.

—Mierda.

—No te preocupes, en poco tiempo estará lista.

Me rodeó la cintura por detrás y apoyé la cabeza en su pecho.

—Puedo hacer otras cosas mientras cocinas —susurró en mi oído.

Me reí.

—Entonces no cenaremos y ese cuerpo tuyo ya ha pasado por mucho hoy.

—En eso tienes razón, tengo hambre —concedió besándome el cuello y haciendo que quisiera dejarlo todo y dar rienda suelta al deseo que ya me consumía.

—Kwan... —advertí.

—Está bien, voy a hacer algunas llamadas.

—De acuerdo.

Antes de irse al salón me dio un cariñoso mordisco en el hombro y un escalofrío subió por mi columna vertebral.

Maldito hombre, así no me iba a concentrar en algo tan simple como hacer una lasaña.

Bromeábamos y nos reíamos, incluso nos habíamos puesto juguetones, pero estaba segura de que ninguno de los dos se estaba quitando de la cabeza el intento de quemar vivo a Kwan y fingir que había sido un accidente. No comprendía por qué no quería acudir a la policía. ¿Acaso tenía algo que esconder?

¿Quién era Kwan en realidad? Debido al vídeo sabía por lo que había tenido que pasar, pero de eso ya hacía un tiempo. Y, por cierto, aún no me había explicado cómo terminó en esa situación.

Tal vez durante la cena...

—¡Joder! Eso es inadmisibile —exclamó Takeshi al otro lado de la línea.

Puse los ojos en blanco.

—Tienes que dejar de usar palabras de juez venido a menos detrás de un impropio —advertí.

—¿Qué coño ha pasado? —Ese era Zev uniéndose a la conversación, Tak tenía el manos libres conectado y había escuchado el portazo justo antes de que nuestro socio hablara.

—Aún no lo sé exactamente. El resultado no es el que esperaba quien sea que esté detrás de esto, eso es lo que importa —expliqué.

—Tenemos que ponernos manos a la obra —decretó Zev.

—Y cargar las pistolas —añadió Tak.

—No vayas tan deprisa. ¿Le has pasado los datos a...?

—Claro. Está en ello y Josh también.

Parecía ofendido el muy capullo.

—¿Sigues en Auburn? —preguntó Zev.

—Sí.

Tak carraspeó.

—No me cuadra.

—Ni a mí tampoco —añadió Zev.

—¿Qué es lo que no os cuadra? —pregunté a punto de mandarlos al carajo.

—¿Te han seguido hasta esa ciudad? ¿Esto tiene que ver con nuestros asuntos?

—No lo tengo muy claro, también ha podido ser un ex celoso. —Ni siquiera fui consciente de lo que mis palabras iban a provocar.

—¿Qué? —inquirió Tak.

—Joder, Kwan, empieza desde el principio. Josh lo sabría si tuviésemos esta línea al descubierto, es segura —propuso Zev.

Allá vamos.

—Una chica contactó conmigo, me habló de algo que quería mostrarme y por eso...

—¿Ahora tienes cuenta en *Tinder*? —me cortó Tak.

—Voy a obviar esa pregunta, idiota.

—¿En alguna otra aplicación? —insistió.

—¡No!

—¡Tak! —Zev y yo gritamos al mismo tiempo.

—Vale, tíos. —Me lo imaginaba levantando las manos en señal de rendición, mientras se fumaba un pitillo.

—Continúa —pidió Zev.

—Me habló de un vídeo en el que salía yo... mientras me examinaban.

Se hizo el silencio, incluso a Tak se le habían acabado los argumentos y las bromas.

—Maldita sea —susurró Zev, pero lo pude escuchar perfectamente.

Sabía lo que sentían, los tres habíamos pasado por lo mismo hasta que logramos escapar y nos convertimos en familia, éramos más que amigos y socios. Nos cubríamos las espaldas y nos preocupaban los problemas de los otros.

—Así es. He visto el vídeo... no es muy explícito, pero es suficiente. Ella me ha asegurado que solo tiene dos copias, que ahora están en mi poder.

—Tenemos que verlo —propuso Zev.

—Le diré a Josh que busque una manera segura para que puedas hacernos llegar esa basura. —Tak estaba más centrado ahora.

—¿De dónde lo ha sacado... ella? —preguntó Zev.

—Se llama Joyce y trabajaba en la farmacéutica Olof, aquí en California. Un día cerraron el laboratorio y les obligaron a recogerlo todo. Ese dispositivo lo debió perder su jefe, ella lo encontró en el suelo cuando abandonaba el lugar.

—¿Por qué hay dos copias? —La preocupación en la voz de Zev era evidente.

—Buena pregunta —aplaudió Tak.

—Imagino que quiso cubrirse las espaldas, no confiaba en mí. Pero tuve que advertirle de que esa era una mala idea.

—¿Y te dio las dos copias? ¿Confías en ella?

Zev me estaba protegiendo.

—Sí, es una buena chica. Se dedicaba a unir los componentes de los fármacos que nos administraban, me contó que últimamente les habían obligado a aumentar los adictivos. Cuando vio el vídeo ató cabos.

—¿Una buena chica? Despierta, compañero. Eso no lo hace una buena chica, joder —gruñó

Tak.

Apreté los dientes.

—En cuanto supo la verdad se sintió muy mal. La utilizaron tanto como a nosotros, aunque de otra manera —expliqué.

—Entonces estás en peligro. Si alguien descubre quién eres y que ella te ha buscado... —decretó Zev.

—Lo sé, por eso he decidido quedarme un tiempo aquí.

De hecho, lo había pensado mientras conducía hacia Sacramento. Estaba seguro de que habría terminado dando la vuelta.

—Hay más —continué—. Alguien ha entrado esta mañana en su casa y lo ha revuelto todo.

—Ya la tienen en el punto de mira —acotó Zev.

—Eso me temo. Ella pensó que había sido su ex, ya lo había hecho con anterioridad.

—¿Entrar en su casa? —Tak no daba crédito.

—En el apartamento que habían compartido, no en el que vive ahora.

—¿Estás en su casa? —volvió a preguntar Tak.

—Sí. Me estoy recuperando de las heridas...

—¿Qué heridas? Has dicho que estabas bien, Kwan. —La voz profunda de Zev sonaba furiosa.

—Solo las manos. No es nada.

—Joder que no es nada —contraatacó.

—¿Algo más que debemos saber?

La pulla venía de Tak.

—No, eso es todo.

—Bien, mañana te llamaré para indicarte cómo enviarnos el archivo, y deberías darnos el nombre de la chica.

Tak tenía razón, a ella también teníamos que investigarla, no podíamos dejar cabos sueltos.

—Estoy casi seguro de que ella no...

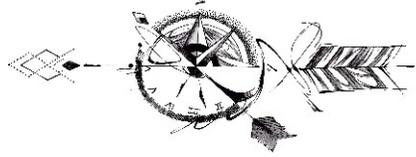
—Kwan, yo investigué a Allison, ¿recuerdas? Además, acabo de escuchar un «casi» —declaró Zev.

—Está bien, Joyce Temple.

Nos despedimos y seguí largo tiempo sentado en aquel sofá.

Mi mente decidió volver al pasado y me mostraba de manera nítida todo por lo que había pasado.

Capítulo nueve



Nueva York, Estados Unidos.

Diez años atrás.

Había terminado la universidad con veintiséis años, de hecho, había empezado tarde. Pero era un orgullo para mí haberlo conseguido y lucir un título bajo el brazo. Viniendo de donde venía, era toda una proeza. Estuve dos años trabajando en un sótano para empresas externas como *freelance*, no ganaba mucho, pero me daba para el alquiler y algún capricho extravagante. Lo llamaba sótano, pero en realidad era una planta baja de un edificio de seis pisos de altura ubicado en el SoHo. Era un pequeño apartamento de sesenta metros cuadrados en una calle muy ruidosa y bastante patético. Pero me negaba a volver al Bronx, para mí aquella vida ya no existía, había desaparecido junto a mi madre.

Tampoco tenía medio de transporte privado, aunque moverse por Nueva York en metro era lo más habitual para muchos neoyorquinos.

Antes de decidir seguir el camino del trabajo *on line*, envié infinidad de currículums, pero no tuve suerte.

Llevaba una vida tranquila, no salía mucho y no tenía demasiadas amistades. Tampoco tenía pareja, ligaba con alguna chica y terminábamos en la cama, pero nada más. El *pub* al que solía ir era mi punto de encuentro con algunos conocidos y solamente allí me relacionaba con alguien. Pero nada de confianzas, en todo caso, hablábamos del último partido televisado.

Una noche me encapriché de una chica rubia preciosa, no dejaba de apoyarse en mí mientras bailábamos y sus caricias fueron pasando a más, conseguí excitarme de tal manera que la llevé a mi apartamento. Para lo joven que era, tenía una experiencia fuera de lo común; nadie me había hecho una mamada con tanta avidez. En aquel preciso instante debí desconfiar, pero lo dejé pasar, tal vez había tenido varias parejas y disfrutaba mucho del sexo.

No habíamos terminado cuando oí un golpe seco y tres encapuchados entraron en mi apartamento a punta de pistola. Cogí a la chica, que se hallaba de rodillas todavía, y la puse a mi espalda, protegiéndola de los intrusos.

—Vamos, Nancy, sal de ahí, ya nos ocupamos nosotros —dijo el que estaba más cerca, desconcertándome.

La tal Nancy puso las manos en mi espalda y se acercó a mi oído por detrás.

—Lo siento —susurró antes de avanzar hacia ellos.

Recogió su ropa del suelo y empezó a ponérsela de nuevo.

—¿Tenéis lo mío? —preguntó terminándose de vestir.

El único que hablaba hizo una señal con la cabeza a otro, que se sacó unos cuantos billetes del bolsillo y se los entregó.

—Ahora, lárgate —le ordenó.

La vi salir sin mirar atrás. Me había engañado; no era más que una puta... una puta preciosa.

—¿Qué queréis?

—A ti.

Me sentía como un jodido idiota.

—¿Qué?

—Vístete, nos vamos.

Me vestí, pero me negué a moverme.

—¿De qué va esto? —inquirí cabreado.

Seguía hablando solo uno, los otros me miraban expectantes sin bajar sus armas.

—Vienes por las buenas o por las malas, tú eliges.

Volvió a hacer una señal con la cabeza a su hombre a la derecha y este caminó hacia mí decidido. Me cogió del brazo, pero me revolví y le lancé un puñetazo directo a la mandíbula que le hizo retroceder.

—Me cago en la puta —gruñó.

—No me habéis disparado aún. ¿Qué coño queréis? —repetí apretando los dientes.

Empezó a bajar el arma y terminó apuntándome a la pierna.

—No creo que le importe a nadie, si vienes con una rodilla destrozada.

Estaba a punto de dar un paso al frente cuando el tipo al que había golpeado usó una pistola táser en mis jodidos riñones, me tambaleé, pero logré sostenerme. Yo era un tío grande y además me mantenía en forma, aunque estaba rígido y mis movimientos eran lentos. Solo hizo falta que volviera a soltarme otra descarga para que cayera de rodillas.

Un pinchazo en mi brazo y todo se volvió borroso hasta la oscuridad total.

Desperté en el suelo de un vehículo atado de pies y manos, poco después se detuvo y me vendaron los ojos. No sabía cuánto tiempo había pasado o cuántos kilómetros habíamos recorrido.

Intenté sentarme, pero una bota en mi cabeza me mantuvo en el suelo a pesar de retorcerme y patear con los dos pies unidos.

—Maldito negro, estate quieto o te vuelvo a freír.

Esa bota me estaba destrozando un lado del rostro, pero no me importó y conseguí dar un buen golpe a algo.

—Quítale las botas, joder —ordenó la misma voz.

Gruñí y me revolví, no obstante, lograron descalzarme. Me bajaron entre varios y me hicieron caminar después de haber aflojado las cuerdas de mis tobillos.

Terminé tirado en una habitación acristalada, totalmente desnudo y medio drogado.

Al despertar conocí a Archer, el supuesto médico que me iba a hacer la vida imposible, nunca podría olvidar por lo que me hizo pasar. Y a la doctora Cook, una tarada que disfrutaba de las torturas a las que me sometía, aunque para ella eran experimentos serios y del todo necesarios.

Una semana más tarde llegó Zev, otro desgraciado al que habían secuestrado igual que a mí. Para cuando tiraron a Takeshi, en otra de las celdas, ya habían pasado nueve días en total y ahí empezó verdaderamente nuestro calvario.

Un calvario que duró años hasta que pudimos escapar dejando un reguero de muertes a nuestras espaldas, a un Zev lleno de venganza y a un Tak desquiciado. De mí no había mucho que decir, aunque desconfiaba de todo y de todos, no había palabras para describir lo que sentía. Percibir el dolor que producía la rotura de un hueso, incluso antes de que este se quebrara, era

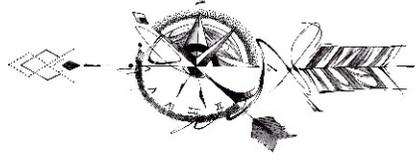
algo indescriptible.

Archer había muerto sufriendo en su propia casa, allí lo encontramos tiempo después. La depravada doctora Cook... Takeshi ni siquiera pestañeó mientras arrancaba sus miembros e ignoraba sus súplicas y alaridos, justo antes de escapar. Pero nuestra venganza no terminaría ahí. Sabíamos que más hombres, y tal vez mujeres, estaban pasando por lo mismo. Nuestro contacto en el FBI, Hache, nos mantenía informados.

Nos habíamos vuelto inhumanos, solo que sabíamos diferenciar a quiénes debíamos dirigir nuestros más bajos instintos. Tuvimos que explicarle a Tak que no todo el mundo estaba en nuestra contra, que había gente que podía ayudarnos.

Tratábamos de volver a nuestras vidas.

Capítulo diez



*Auburn, California, Estados Unidos.
En la actualidad.*

—¿Kwan?

Oí mi nombre en el fondo de mi mente.

—Kwan, ¿estás bien? —Era la voz de Joyce, que me sacó de mis pensamientos como si me acabara de caer de un rascacielos.

Su mano en mi hombro me devolvió a la realidad al zarandearme suavemente.

—Sí —atiné a contestar alejando los recuerdos.

—Estabas como ido —dijo frunciendo el entrecejo.

—Lo siento, estaba pensando.

Se sentó a mi lado y, poniendo la mano en mi mejilla, me obligó a mirarla. Busqué sus ojos azules y me concentré en su belleza.

—Encontrarás a los que te han hecho esto —decretó convencida.

Junté las cejas extrañado.

—¿Qué?

¿Qué sabía ella de mis captores?

—A los que han provocado el accidente —aclaró—. Lograrás saber quiénes han sido.

Joder, por un momento me había dejado descolocado. Ella no podía saber en dónde estaba mi cabeza.

—Sí, lo descubriré —contesté aún aturdido.

—Vamos a comer algo —propuso.

Cogí la mano con la que me estaba acariciando y besé su palma.

—Buena idea. Me vestiré antes.

Nos levantamos y al pasar por delante de la cocina me llegó el aroma de la lasaña, olía bien. Me puse el chándal negro que ella había comprado, me iba un poco ajustado y la camiseta también, pero no me importó. Cuando estábamos a punto de empezar a comer sonó el timbre del portero automático. Joy fue a contestar y volvió con cara de fastidio.

—Es el sargento Thorn, quiere hablar conmigo.

—Bien, estaré presente. —La brusquedad en mi voz no fue premeditada, pero sonó así.

Joyce no pareció darle importancia cuando se dirigió a recibir al sargento.

—Hola, Joyce. Pasaba por aquí y he pensado... —Me vio en ese momento y se dirigió a mí —. Señor Cox, le hacía fuera de la ciudad.

—Cambio de planes —argumenté mientras Joy me lanzaba una mirada significativa.

—Y de peinado, por lo que veo.

Ladeé la cabeza.

—Así es más práctico.

—Ya veo.

Volvió a encararse a Joy.

—¿Podemos hablar a solas? —preguntó descubriendo su cabeza y sosteniendo la gorra, que complementaba su uniforme, en la mano.

—¿Es sobre el allanamiento?

—Sí.

—Entonces no hay problema, Mark. Kwan puede escucharte también.

Levantó una ceja en mi dirección y asintió.

—Zack tiene coartada, no ha sido él —le dijo a Joy sin florituras.

Ella caminó hacia el ventanal y, mirando hacia fuera, cruzó los brazos. Los dos la observamos, esperando a que hablase. En mi caso, me dieron ganas de ir a abrazar su estilizada espalda y ofrecerle consuelo, pero me contuve.

—¿Estás seguro?

—No hemos podido dar con él, pero hay bastantes testigos. Las cámaras de seguridad de El hotel se están revisando, pero estoy seguro de que constatarán su presencia allí esta mañana.

—El hotel...

—No puedo darte detalles, Joyce. Es su vida privada.

Se giró y miró fijamente al policía.

—No hace falta que me los des, sé lo que hace en «El hotel». Lo que no explica que siga atosigándome en cuanto me ve —dijo furiosa.

—Estamos en ello, sabe cuáles son sus límites.

—No los respeta, Mark.

—Sabes que estamos a tu disposición. —Con esa frase dio por zanjado el tema y me observó.

Me mantenía con las manos en los bolsillos en una postura relajada, no quería que viera en mí a alguien peligroso. No me convenía. Y también ocultaba las vendas.

—¿Dónde estaba usted entre las ocho y las nueve de la mañana?

—Conduciendo hacia Sacramento —declaré con suavidad.

—¿Puedo saber por qué ha vuelto?

No desvié la mirada y seguí centrándome en él.

—Joyce me llamó para contarme lo ocurrido y volví.

De refilón la vi moverse hacia mí. Esperaba que corroborara la mentira.

—Así es, estaba asustada —añadió.

El sargento asintió y se puso la gorra.

—¿Estás mejor ahora? —se interesó.

—Sí.

Sus ojos fueron de ella a mí, nos estaba valorando.

—Eso es todo. Te llamaré en cuanto sepamos algo más, Joyce.

Lo acompañó hasta la puerta.

—Gracias por venir.

—De nada, cuídate. Señor Cox... —se despidió antes de salir.

En cuanto cerró la puerta, Joyce iba a hablar, pero puse un dedo en mis labios. El hombre podría estar escuchando al otro lado de la madera.

—¿Vamos a comer? —propuse.

—Sí, la mesa ya está lista.

Nada más entrar en la cocina la abracé. Ella apoyó la cabeza en mi pecho.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Ha sospechado de ti... también. —En su voz había arrepentimiento.

—No importa, ninguno de los dos me conocéis lo suficiente y es normal.

Levantó su mirada hacia mí y sonrió.

—¿Tu apellido es Cox o North? —indagó.

—Ninguno de los dos.

Hizo una mueca graciosa.

—Vaya...

—Algún día te lo diré, cuando te lo ganes —bromeé.

Pero, en realidad, me faltaba esa confianza total para descubrir mi verdadera identidad. En TZK Systems, nuestra empresa de sistemas informáticos, todavía seguíamos ocultando información en la medida de lo posible.

—Tendré que portarme bien entonces.

Asentí guiñándole un ojo.

Pero ella parecía preocupada.

—Parece que estés acostumbrado a que se te acuse injustamente.

Sonreí.

—Me crié en el Bronx, siempre era culpable o sospechoso de algo. ¿Te has dado cuenta del color de mi piel?

Pasó un dedo por mi brazo.

—Menos mal que me lo has dicho, no me había fijado.

Nos miramos fijamente y soltamos una carcajada al mismo tiempo.

—¿Te he mencionado que eres preciosa?

—Tú también eres precioso —soltó aguantando la risa.

Me aparté fingiéndome escandalizado.

—¿Qué dices, mujer? Nunca me habían llamado «precioso».

Se acercó, se alzó sobre la punta de los pies y me besó en los labios, sus pechos se pegaban a mí y podía notar sus duros pezones a través de la ropa.

—Siempre hay una primera vez para todo. Aprende a recibir cumplidos, chico del Bronx —susurró.

La levanté a pulso y la dejé sentada sobre la encimera.

—Tal vez podamos aprender algo más que eso, juntos —murmuré, poniendo las manos en sus piernas.

—Tal vez...

Le subí el vestido, arrastrando mis manos vendadas por sus muslos. No iba a tocarla de una manera íntima, pero podía hacer otras cosas. Descubrí unas preciosas bragas rojas y levanté la mirada; sus ojos se habían oscurecido y desprendían tanta sensualidad que me tuve que concentrar en ella y no en mi polla, que empujaba dentro del chándal con fuerza.

—Aparta la tela a un lado —pedí poniéndome de rodillas en el suelo. Mi voz sonó ronca incluso en mis propios oídos.

Cuando lo hizo, su centro quedó a la altura exacta de mi rostro y, sin dilación, busqué sus pliegues con los labios, paseé la lengua por su clítoris y la oí suspirar y después gemir, haciendo

que mi miembro saltara exigente. Abrió más las piernas y se deslizó acercándose a mis labios, dándome mejor acceso.

No comprendía muy bien qué me estaba pasando con ella, la acababa de conocer y ya me parecía que la había tenido a mi lado durante años y no solo unas horas. Nos habíamos entregado el uno al otro sin ningún prejuicio y libremente.

A pesar de estar disfrutando de la situación y viendo el deseo en sus ojos mientras mi lengua profundizaba en su estrecho canal, echaba de menos poder usar los dedos, acariciarla hasta hacer que se viniera en mi boca. Eso iba a pasar, pero sentía que no estaba empleándome a fondo.

—Kwan... para.

Su mano acariciando mi cabeza me hizo buscar de nuevo su mirada.

—Quiero sentirte dentro —continuó con la voz tomada por el deseo.

Sonreí y me levanté, pero antes volví a lamer su centro.

—Vas a tener que ayudarme —declaré incorporándome, reticente a abandonar mi erección a su suerte.

—Será un placer.

Metió una mano dentro de los pantalones y sus dedos me envolvieron apesándome de una manera muy sensual. Una pícara sonrisa asomó en sus labios y frunció el ceño mientras hacía un movimiento ascendente y descendente.

—No juegues —advertí.

—¿Ni un poco? —preguntó repitiendo la caliente caricia.

—No —gruñí.

Soltó una carcajada y con la mano libre rodeó mi cuello y me atrajo hacia su boca. Sus largos y delgados dedos me guiaron hacia su interior y, con un golpe de cadera, me enterré profundamente, provocando que ella gimiera en mi boca.

Me mordió el labio inferior.

—¿Te estás vengando? —inquirió con un hilo de voz.

—Eso parece.

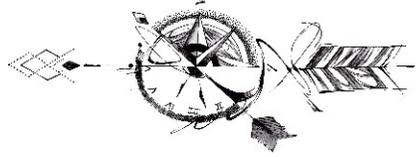
Apreté su culo con las muñecas, para atraerla más hacia mí y me moví cada vez más rápido. No me dolían las manos y me sobraban los vendajes, quería sentir su piel, acariciarla como deseaba hacerlo, pero no podía detener nada de esto. Lo estábamos disfrutando y podía notar como ella estaba a punto de alcanzar el orgasmo.

Esta vez fui yo el que la mordió con toda la intención y ella se dejó llevar.

—Kwan...

Su boca terminó contra mi cuello y podía sentir su respiración errática, mientras alcanzábamos juntos el clímax.

Capítulo once



Los cuatro días siguientes junto a Kwan, fueron geniales. No dejé que se marchara de mi apartamento. A pesar de que mi familia pondría el grito en el cielo si supieran que estaba acogiendo en casa a alguien del que solo sabía su nombre y poco más, algo me decía que estaba segura con él. Era un hombre serio, pero, al mismo tiempo, me hacía reír cuando soltaba algunos de sus gruñidos. Era una roca y, aunque cariñoso conmigo, pocas veces mostraba sus emociones.

Había vivido de cerca lo que era estar al lado de un hombre con problemas de autocontrol. Cuando Zack tenía un mal día, depositaba en mí toda su rabia y frustración, para después cambiar en unas horas y querer hacer el amor o abrazarme mientras dormíamos, me mantenía en una montaña rusa que no podía controlar. Así que ahora apreciaba que Kwan fuera apacible y respetara mi espacio.

Aunque podía notar que siempre estaba en alerta, cualquier ruido fuera de lo común lo dejaba concentrado durante unos segundos. Sentía que garantizaba mi seguridad. Cuando salíamos a la calle, lo veía observar a nuestro alrededor como si esperara que de un momento a otro alguien fuera a atacarnos.

Sabía por qué estaba demorando su regreso a Atlanta, lo hacía por Zack. Estaba cerciorándose de que mi ex se mantenía alejado y yo me estaba aprovechando de la situación. Aunque pronto debería convencerlo de que se fuera. Era yo la que temía por él y tenía mis razones.

Sus manos habían mejorado en poco tiempo y ya no las llevaba cubiertas.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó sacándome de mis pensamientos de golpe.

—En que hay demasiada gente aquí —mentí.

Pero era cierto, las mesas del restaurante estaban todas ocupadas y había gente esperando a que alguna quedara libre. Era sábado por la noche y bastante habitual que eso ocurriera, aun así, había querido mostrarle el lugar y animarlo a que probara el menú típico, que consistía en un estofado con patatas realmente bueno; le había gustado.

—¿Quieres que nos vayamos? Pagaré la cuenta...

El sonido de su teléfono móvil lo cortó y metió la mano en el bolsillo para sacarlo.

—Disculpa.

Asentí con la cabeza y sonreí ante su cara, parecía contrariado mirando la pantalla.

—¿Jasmine?

Aunque fingí estar pendiente de los movimientos de las personas en el restaurante, no pude evitar escuchar el nombre de una mujer y eso captó mi atención de inmediato.

—¿No has podido frenar a quién? —preguntó.

Una chica rubia, alta y espectacular, entró en ese momento por la puerta haciendo que muchas cabezas se giraran para mirarla, hablaba por teléfono y sonreía. Vestía de manera elegante; una blusa blanca metida dentro de una falda verde y estrecha, por encima de las rodillas, con unos

tacones de infarto negros, a juego con el bolso que colgaba de su hombro. Estaba fijando su atención en Kwan y sentí un pellizco en el corazón. Si ataba cabos, ella podría ser pareja de mi compañero de mesa, a juzgar por la cara que ponía mientras hablaba por teléfono.

—A estos —dijo señalando con el pulgar por encima de su hombro.

Colgó el teléfono y se agachó para besar a Kwan en la mejilla.

—¿Qué tal está mi chico?

¿Mi chico?

Kwan ya estaba mirando por detrás de ella, seguí su mirada y vi a dos hombres que parecían dos moles, muy altos y tan musculosos como él. Uno era rubio, de pelo largo hasta los hombros y tenía su mirada azul clavada en mí. El otro parecía retar con sus ojos grises a Kwan y mostraba una media sonrisa, también llevaba melena y era de un castaño oscuro. Cada uno de ellos era atractivo a su manera. Pero el rubio parecía un jodido actor de cine. Su belleza masculina no pasó desapercibida para ninguna de las mujeres que se hallaban en su camino, ni tampoco el brillo de sus ojos claros.

—¿Qué coño hacéis aquí? —masculló Kwan en voz baja.

Cogieron algunas sillas desocupadas de otras mesas cercanas y se sentaron. Nuestra mesa era solo para dos, pero se apretaron unos contra otros y pidieron cervezas.

—¿Y bien? —insistió Kwan.

—Tiene gracia, yo te hice la misma pregunta hace muchos meses. Aún estoy esperando una respuesta satisfactoria —dijo el de los ojos grises.

—Hola, soy Jasmine, amiga de Kwan y periodista —se presentó la chica alargando la mano por encima de la mesa, lo que me obligó a dejar de lado la mirada iracunda que mi compañero de cena le estaba dedicando al hombre sonriente—. Supongo que tú eres Joyce, un placer.

¿Kwan les había hablado de mí?

—El placer es mío. —Estreché su mano y ella me presentó a Zev y a Takeshi; el rubio que no dejaba de observarme.

—Son mis socios —aclaró Kwan.

—Veamos. —Takeshi apartó sus ojos de mí para centrarse en Kwan—. ¿Qué coño te ha pasado en la cabeza? Faltan dos palmos de rastas y eso me preocupa.

Vi levantar la ceja a Kwan y apoyarse en el respaldo de la silla cruzando los brazos.

—Espero que puedas dormir esta noche, a pesar de todo —declaró irónico.

—Pues está muy guapo —añadió Jasmine.

—Kwan nunca ha sido especialmente guapo —contestó Takeshi con una seguridad aplastante—. Y tú solo deberías tener ojos para mí, nena.

—Sigue soñando —soltó la tal Jasmine.

—Basta. —Esos fueron Zev y Kwan al mismo tiempo.

No levantaron la voz, aun así, fueron contundentes.

—Voy a despedir a Josh —decretó Kwan.

No tenía ni idea de quién se trataba, pero ya me estaba dando pena el hombre.

—No culpes al chico, estos dos lo pusieron entre la espada y la pared —explicó la periodista.

—Y tú deja de defenderlo, sé que has salido un par de veces con él. —Takeshi parecía dolido o lo fingía muy bien.

—¿Te molesta, Tak? —preguntó ella dulcificando la voz.

—Esa no es la palabra correcta....

—¿Y todo esto no podíais discutirlo en Atlanta? —propuso Kwan, cortando a Takeshi.

Casi me hizo reír a carcajadas la manera que tenían de dirigirse unos a otros.

—Está bien —dijo Zev—. Josh te ha encontrado, tenías el móvil operativo, ¿qué esperabas? ¿Acaso nos habrías dicho dónde estabas exactamente?

—Os dije dónde estaba, ¿o también teníais que saber en qué restaurante estaba cenando?

—Por supuesto —soltó Takeshi con aplomo.

Kwan me sorprendió levantándose de la mesa y cogiendo mi mano.

—Vámonos.

—Espera, la cuenta... —recordé.

—Ellos la pagarán.

Lo último que vi, antes de que Kwan tirara de mí hacia la salida, fue a Zev riéndose y escuché a Tak llamarle «cabrón». Jasmine me guiñó el ojo y yo sonreí ante el comportamiento de esos desconocidos.

—¿Tratas siempre así a tus socios? —pregunté con una sonrisa cuando alcanzamos la calle.

—Solo cuando se meten en mi vida.

—Puedo invitarlos a tomar algo en casa, son tus amigos...

Kwan, que todavía no había soltado mi mano, se detuvo y me miró serio.

—Créeme, es el siguiente sitio al que acudirán. Esto no ha hecho más que empezar.

Iba a seguir caminando hacia el coche, pero tiré de su mano.

—Hablas de ellos como si hubieran venido solo para fastidiarte. A mí no me molesta...

—A mí sí, Joy. Solo tenían que investigar lo que les envié, descubrir quién había grabado ese *pendrive*, y para eso no hace falta venir hasta aquí.

Siguió caminando resuelto y murmurando sobre que Zev se la estaba devolviendo y algo sobre Australia. Pero desconecté y noté como la sangre huía de mi rostro. ¿Les había dado el dispositivo para que lo investigaran? ¿Pero ellos no eran sus socios? ¿Qué interés podían tener unos ingenieros de sistemas en descubrir quién había grabado aquello? Podría ser que solo quisieran ayudar a su amigo, pero sin saberlo, Kwan me había puesto en un grave aprieto. Además, la chica era periodista y eso complicaba mucho las cosas.

Tenía que hacer una llamada urgente y usaría el pretexto de mi familia. El problema era cuándo podría hacerla. Kwan y yo no estábamos por la labor de separarnos demasiado. La compañía era buena y el sexo alucinante.

—Creí que ya sabías en dónde habían sido tomadas esas imágenes, estabas allí.

Su rostro no mostró ninguna emoción, pero su voz me traspasó cuando habló.

—No estaba allí por voluntad propia, ¿recuerdas? Hicieron con mi cuerpo lo que les vino en gana. Nadie me preguntó, me secuestraron, Joy. Sufrí dolor día tras día y eso no estaba en mi agenda.

—¿Qué?!

Oh, no. No podía ser. Alguien me había engañado y utilizado. La carcajada seca y sin humor de Kwan me hizo centrarme de nuevo en él.

—¿En serio, Joy? ¿Sabes de mucha gente que se avenga a eso?

—Hay voluntarios...

—No siempre, te lo puedo asegurar.

Se me estaba revolviendo el estómago, pensar en personas siendo utilizadas por otras, sin su consentimiento, para avanzar en la ciencia, no era ético ni moralmente aceptable.

Habíamos llegado al coche y Kwan arrancó en dirección a mi apartamento mientras yo digería las palabras que aún hacían eco en mi mente.

Ninguno de los dos dijo nada durante el corto trayecto, pero me moría de ganas de saber más. De alguna manera yo había sido parte de aquello y necesitaba de esa información.

Cuando entramos y cerró la puerta, se sirvió una Coca-Cola y se sentó en el sofá.

—Kwan. ¿Qué pasó?

—¿Nadie te lo ha explicado?

—¿Qué deberían explicarme? ¿Quiénes?

—No lo has visto todo, nena —aseguró.

Desde que esas imágenes habían caído en mis manos algo no encajaba, pero había querido pensar que eran avances médicos y que nadie sufriría por eso; tal vez tenía que haber visto el vídeo varias veces, prestar más atención. Se habían hecho ensayos con personas en otras ocasiones, incluso se les pagaba por ofrecerse voluntarios, pero ese no era mi campo, o eso pensaba. Mi hermana sí me había hablado de pruebas en personas aquejadas de enfermedades raras o de un cáncer incurable. Que yo supiera, nadie había traspasado el límite.

Pero infligir dolor a una persona, después de haber sido secuestrada, era inimaginable e incurría en un grave delito. Y lo que más me sorprendía era haber reconocido al doctor Archer en esas imágenes.

—¿Qué sabes de las personas para las que trabajabas? —preguntó serio.

—No tenía mucho contacto con ellas. Nos reuníamos de vez en cuando para hablar de los nuevos avances y, si así se decidía, modificar las fórmulas. Muchos animales sufren heridas severas, ya sea por cazadores furtivos o bien por trampas. Esas fórmulas intentan paliar el dolor y procuran una curación rápida y eficaz.

Me sorprendió levantándose de golpe.

—No sabes nada, Joy —decretó—, pero eres una mujer inteligente, solo tienes que relacionar lo que viste con lo que te pidieron que hicieras para modificar los componentes.

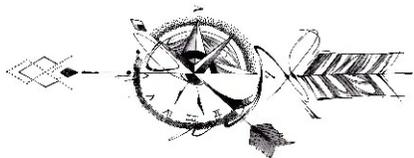
Mi mente no quería aceptar lo que ya había imaginado.

—Utilizaron esos medicamentos contigo, lo sé. Pero intuyo que hubo algo más.

Dejó el refresco sobre la mesa y se dirigió a la puerta, sacando el teléfono del bolsillo.

—Volveré en una hora —soltó sin aclarar nada más.

Capítulo doce



—¿Dónde estáis? —pregunté en cuanto Zev atendió la llamada.

—En el restaurante del hotel donde estamos alojados, tomando unas cervezas. Extrañamente, Tak ya ha subido a la habitación.

—Dame la dirección, voy para allá.

Zev me informó y pedí un taxi para ir a la otra punta de la ciudad, mi coche alquilado era historia. Tenía que aclarar algunas cosas y de paso la mente. Josh ya había solucionado lo del alquiler y nadie me relacionaría con el supuesto accidente.

—Necesitas comprarte ropa urgentemente —dijo a modo de saludo Jasmine.

—No es mi prioridad ahora mismo —contesté sentándome.

—Deberías relajarte, Kwan. No hemos venido a molestar.

Me froté la barbilla mientras le hacía una señal al camarero y le indicaba con el dedo el refresco de Jasmine para que me trajera lo mismo que ella estaba bebiendo.

—No me preocupa vuestra visita, de hecho, debí imaginarlo.

—¿Entonces? —inquirió Jasmine.

—Es sobre Joyce. No tengo muy claro por qué me buscó y ahora dice no saber nada de lo que pasaba en ese maldito laboratorio. Me habla de medicamentos para animales, de fórmulas para que puedan recuperarse en poco tiempo.

Zev se envaró en su asiento.

—Eso me suena.

—¿No la crees? —Jasmine hizo la pregunta con sumo tacto.

—No, no me encaja —confesé muy a mi pesar.

—Haces bien. —Me giré para ver a Tak acercarse a la mesa mientras hablaba—. Acabo de hablar con Josh.

Me estaba rompiendo por dentro, incluso podía notar cómo la bilis me subía por la garganta. ¿Estaba preparado para oír lo que Takeshi tenía que decir?

—En cuanto la he visto en el restaurante en el que estabais cenando, he tirado de memoria.

—¿Y? —La pregunta venía de Zev, pero era como si la hubiera hecho yo mismo.

Todos nos centramos en Tak, a la espera de que soltara la bomba.

—Las imágenes que conseguimos, después de haber obsequiado a Archer la paz eterna...

—Bonita manera de describirlo —bufó Jasmine.

Archer, ese medicucho que nos había hecho la vida imposible con sus experimentos y que resultó ser el padre de Allison, la chica de Zev y madre de su hijo, ahora estaba en el jodido infierno y no me sentía mal por eso. Así se estuviera pudriendo lentamente.

—Sigue —lo arengué.

—Siento comunicarte que Joyce Temple tiene una aparición estelar en ellas.

Ahora fue mi turno de envararme.

—¿En qué contexto?

—Una reunión con Archer y otros peces gordos, también estaba el senador Wilson, el imbécil al que enchironamos.

—Me lo ha contado. Joder, y esos peces gordos... ¿no deberíamos dar con ellos? ¿Cuánto hace que tenemos esas imágenes? —inquirí cabreado.

—Cálmate, Kwan. A Josh le ha llevado meses descriptarlas, no ha sido fácil —argumentó Zev.

—Deberíamos interrogar a tu chica —declaró Jasmine.

—Parece que ya ha soltado todo lo que sabe. Y no es mi chica —recaqué.

—Pues lo parece —discrepó.

—Me da igual lo que penséis, joder.

Zev se echó el pelo hacia atrás con la mano.

—La cuestión es que deberíamos hablar con ella.

No podía negarme, Joy sabía más de lo que intentaba hacerme creer. Me sentía como si me hubiera pasado una apisonadora por encima, nunca debí meterme en su cama ni sentirme tan atraído por ella. ¿Qué jodido imbécil se acostaba con alguien a quien ni siquiera conocía? Estaba claro que la gente hacía eso continuamente, pero no era mi caso.

—¿Kwan? ¿Estás de acuerdo? —insistió Zev.

—Sí, pero dejad que lo haga yo. Si vamos todos, se sentirá intimidada; os acaba de conocer. Voy a intentar que me cuente algo más, puede que se haya dejado algo en el tintero.

Las caras de incredulidad que mostraron me tocaron los cojones.

—Mi consejo es que no muestres tus cartas —advirtió Tak.

—No soy idiota —me defendí.

—Nadie ha dicho que lo seas, socio —contestó seco, aunque un segundo después esbozó una sonrisa socarrona.

—Perfecto, me largo. Dame las llaves del coche, vosotros no lo vais a necesitar.

Zev las lanzó y las atrapé en el aire.

Me levanté y salí sin despedirme, mi cabeza bullía y temía que, para una vez que me había gustado una chica lo suficiente como para preocuparme por ella, la había cagado a lo grande.

Conduje hasta el apartamento, por mucho que quisiera evitarlo, habría un enfrentamiento que no me apetecía en absoluto.

Aparqué y aproveché que salía un adolescente para colarme en el portal sin tener que llamar. Subí las escaleras de dos en dos en vez de coger el ascensor, tal vez retrasando el momento de que Joy me dijera la verdad, ¿por qué me había buscado en realidad?

En cuanto llegué arriba, abrí la puerta con la copia de la llave que me había entregado cuando me ofreció quedarme en su casa.

—¿Joy? —pregunté empujando la puerta.

No hubo contestación.

—Joyce —repetí.

Recorrí la casa en un momento y después pensé en la azotea, pero tampoco estaba allí. La puerta estaba entornada y dudaba mucho que Joy, estando dentro, dejara ese acceso libre habiendo entrado alguien hacía unos días; quizás lo había olvidado con las prisas. Fue cuando volví al salón, que vi un papel doblado sobre la mesa. Lo miré temiéndome lo peor.

Lo siento, me he equivocado. Espero que me puedas perdonar.

Joyce.

—¡Joder! —gruñí arrugándolo.

Comprobé su habitación y, efectivamente, faltaba algo de ropa en el armario. No la conocía tanto como para saber qué era lo que se había llevado, sin embargo, había suficientes huecos, también en los cajones de la cómoda.

La llamé por teléfono y me saltó el buzón de voz. No dejé ningún mensaje por temor a que lo escuchara alguien más que ella.

—Mierda —dije en voz alta.

Me llamó la atención que su ordenador portátil siguiera sobre la mesa, donde ella lo había dejado. También me hice con él, tal vez me daría alguna pista de a dónde podría haber ido.

Salí de nuevo y, cerrando la puerta detrás de mí, bajé las escaleras a toda velocidad. Busqué su coche en el *parking*; tampoco estaba. Se había largado y se disculpaba por haberse equivocado. ¿En qué se había equivocado?

—No está —le expliqué a Zev por teléfono mientras conducía hacia el hotel en donde se hospedaban.

—¿Joyce? —preguntó extrañado.

—Se ha marchado. No debí dejarla sola.

—¿Crees que ha sido voluntario?

—Sí, ha hecho las maletas y me ha dejado una nota de disculpa.

Hubo silencio al otro lado de la línea.

—Zev, ¿crees que está metida en esto? —inquirí.

—Ni siquiera quiero planteármelo —contestó apático.

Ya sabía que ellos desconfiarían de Joy. Sin embargo, algo no cuadraba. Era ella la que me había buscado, la que me había entregado las copias de los vídeos. ¿Para qué iba a hacer eso? ¿Qué pretendía?

—¿Vienes?

—Estoy llegando —anuncié.

En cuanto llegué al número de habitación que me indicó, me desplomé en una de las dos sillas que había frente a una mesa.

—Cuéntame tu versión —me pidió Zev, que estaba dejando su teléfono en la mesilla de noche.

Con él podía conversar abiertamente, Tak lo sacaba todo de quicio y terminaba cabreándome, aunque debía reconocer que el tío era un lince y no solía errar en cuanto a malos presagios se trataba. Y parecía que algo había rondado en su cabeza cuando conoció a Joyce.

—No está metida en esto, no importa lo que parezca, me niego a creerlo.

—Bien. Mañana volveremos a Atlanta y...

—Quiero buscarla —lo corté.

Se sentó en la otra silla y apoyó los pies en la cama, iba descalzo y observó sus propios pies.

—Lo sé. ¿Significa mucho para ti?

La pregunta del millón.

—Esa pregunta...

—Venga, Kwan. Ninguna mujer había logrado despegar tu culo de Atlanta, ni siquiera las que viven en nuestra misma ciudad han conseguido que vayas tras ellas. Joyce debe ser especial para ti. Tak recorrería medio mundo detrás de cualquier chica, tú no —decretó.

Tenía razón y yo aún no sabía qué me había empujado a salir de mi zona de confort para encontrarme con una completa desconocida.

—Digamos que corrí el riesgo.

—Entiendo.

—¿En serio? —inquirí.

—Me pasé años detrás de Allison —me recordó.

—No tiene nada que ver con esto.

—No, pero algo te dice que ella es importante.

Maldita sea. Zev parecía leer mi mente.

—Tiene que haber una razón para todo esto —solté desviando el tema.

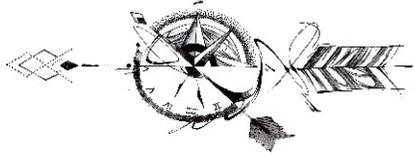
—Lo averiguaremos.

Mi teléfono sonó y vi el nombre de Tak en la pantalla. Zev hizo rodar los ojos cuando le mostré el teléfono.

—Iré a avisarlos de que estás aquí.

Asentí cortando la llamada. Esperaba que por esa noche me dejaran en paz, tenía mucho en lo que pensar. Llamé a Josh y le pedí que mirara en las cámaras de tráfico, Joyce podría aparecer en alguna. Le di la matrícula, la marca y el color del coche.

Capítulo trece



Conducía con el pensamiento puesto en Kwan, no debía entender mi repentina fuga, pero así lo estaba poniendo a salvo. Esperaba que hubiera visto mi nota y volviera a Atlanta, lejos de mí y de los idiotas en los que yo había creído a pies juntillas. Me debían explicaciones y me las iban a dar.

Cuando Kwan se marchó de mi apartamento, volví a escuchar el mensaje en el buzón del teléfono; me buscaban para ocupar el mismo puesto de trabajo que tenía aquí, pero en el laboratorio central de Sacramento. El socio de Olof, Paxton, había decidido cerrar el de Auburn, pero mantendría el de Sacramento y sus oficinas; allí me dirigía.

Estaría de nuevo con mi familia, y eso me alejaba de Zack. Buena jugada.

Pero, a cambio, me pedían que localizara a Kwan. Todo parecía muy inocente. Según dijeron, ellos no podían hacerlo por el volumen de trabajo. Ahora estaba segura de que habían desconfiado de mí cuando supusieron que había hecho copias de aquel vídeo y por eso lo buscaron en mi apartamento.

Y había mentido a un hombre que había sufrido lo indecible en manos de Archer, por el que, por cierto, había sentido una inmensa pena cuando supe que se había suicidado. Una mente como la suya era irremplazable según decían mis superiores, yo solo había hablado con él una vez. Pero ahora me asaltaban muchas dudas; Kwan me había contado que lo habían secuestrado y eso era algo que necesitaba una aclaración.

Y pensar en Kwan me erizaba la piel, recordar sus caricias y sus besos me hacía sentir como una maldita traidora. Pocos hombres besaban como él y pocos hombres me habían hecho disfrutar del sexo como él. Me dolía imaginar cómo debía sentirse ante mi comportamiento.

Frené bruscamente cuando el idiota de seguridad se plantó delante del coche. Había llegado a las oficinas de la farmacéutica de Sacramento, tal como me habían pedido, y nunca había tenido ningún problema para acceder. No era un edificio muy grande y estaba pintado de un verde oscuro, en un lugar bastante oculto al resto de la sociedad, casi en medio del bosque.

—Señorita Temple —dijo rodeando el coche hasta llegar a mi lado.

—¿Ocurre algo?

—No, nada. Es solo que el señor Paxton prefiere que entre por la parte trasera.

—¿Por alguna razón en particular? —inquirí extrañada.

—No lo sé, solo sigo órdenes. Lo siento.

—Está bien, gracias.

Di marcha atrás y bordeé el edificio por fuera de la valla de seguridad. Sabía a dónde tenía que dirigirme, aunque no tenía nada claro a qué venía que tuviera que acceder por allí. Me daba igual, era a Paxton a quien buscaba, él había trabajado junto a Archer, y si estaba en la parte de atrás, iría por allí.

Aparqué al lado de un camión que estaba descargando mercancía, supuse que era nuestra materia prima, cogí mi bolso y salí del coche en dirección al despacho del socio de mi jefe. Al que, por cierto, había visto en contadas ocasiones. Nuestras conversaciones siempre eran telefónicas.

Ni siquiera llamé a la puerta, simplemente la abrí.

—Señorita Temple, un placer verla por aquí.

Maldito bastardo, era tan falsa esa alegría en su voz, que me estaba revolviendo las tripas. Estaba sentado tras su escritorio escribiendo algo en el teclado de su portátil, ni siquiera había levantado la cabeza para saludarme.

—No puedo decir lo mismo —contesté cortante.

Juntó las cejas y en su rostro vi la desaprobación, no me importaba, yo no era el títere de nadie.

—¿Puedo saber a qué se debe ese tono?

—Oh, claro. Me ha utilizado para llegar a un hombre inocente.

—No es tan inocente —contraatacó.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿cómo explica lo de su secuestro? ¿Se le pasó por alto explicarme ese detalle?

Se levantó y caminó hacia mí, era alto y de complexión fuerte. Lo cierto era que intimidaba, pero aguanté el tipo.

—No tenía que darle explicación alguna, recibió su dinero, ¿no es verdad?

Ni siquiera había mirado la aplicación de mi banco, y si me había llegado un aviso de un ingreso extra, tampoco lo había advertido.

—Yo no juego con la vida de las personas —declaré sin moverme del sitio y alzando la cabeza, ya que se encontraba a unos pocos centímetros de mi cuerpo.

En algún momento había llegado a pensar que era un hombre apuesto, pero su mirada hostil y el rictus de su boca en este preciso instante, me hicieron cambiar de opinión rápidamente.

—¿Cree que no sabemos lo que hacemos? Todo tiene un fin, y con hombres como él hemos aprendido mucho.

—¿Hombres? ¿Hay más?

Miró detrás de mí y me negué a seguir su mirada, no quería perderlo de vista. La puerta seguía cerrada a mi espalda.

—Por supuesto. Que muriera Archer no significa que no se pueda seguir adelante con el proyecto, es una cuestión de seguridad nacional.

No sabía de qué estaba hablando. Aunque sí me había enterado de que Paxton era un fiel alumno del malogrado científico.

—¿Seguridad nacional? —pregunté.

—Se lo explicaría, pero los dos sabemos que se ha involucrado demasiado con el señor North. No dejaremos cabos sueltos.

¿Nos habían vigilado? ¿Yo era ese cabo suelto? Mierda, tenía que largarme de allí.

—Me dijo que no podían localizarlo y que solo era cuestión de salud, una revisión médica...

No seguí hablando cuando sus labios se estiraron en una sonrisa macabra.

—Me ha utilizado —decreté.

—Y usted aceptó localizarlo para mí.

—No sabía que lo habían secuestrado, privado de libertad y...

—... ¿Ensayado con él? —terminó por mí—. No, claro que no lo sabía. No era usted más que

una trabajadora de los laboratorios Olof que necesitaba dinero. Su trabajo ya ha terminado, aunque tiene una vacante en el laboratorio de Sacramento, que espero que acepte.

Estiró los brazos como si quisiera abarcar todo el edificio en ellos.

—Gracias a usted tenemos los mejores medicamentos.

Se me revolvió el estómago, porque tenía claro lo que esos medicamentos podían hacer en el organismo de una persona. Ahora ya sabía qué era lo que no encajaba.

—Eran medicamentos para animales de gran peso, eso me dijeron.

—Es usted tan ingenua...

Me envaré ante lo que consideré un insulto a mi inteligencia.

—Y usted un maldito depravado. —Me di la vuelta para salir—. Será mejor que me vaya. Le devolveré su maldito dinero —solté por encima del hombro.

En ese momento fui consciente de a dónde había ido su mirada unos instantes antes. A través de la puerta de cristal pude ver a dos tipos de seguridad que, estaba segura, me iban a bloquear el paso.

—No tan deprisa, señorita Temple. Tiene algo que me pertenece y que no hallamos en su domicilio.

Me giré furiosa.

—Fue usted, estaba segura de ello.

—Yo no me ensucio las manos, pero se puede decir que fui yo, sí. Devuélvame lo que encontré, vimos cómo lo recogía del suelo a través de las cámaras de seguridad del antiguo laboratorio.

—No tenía ningún derecho a...

—¿Me ha oído? —gruñó.

—Perfectamente, pero lo extravié. No sé dónde está —mentí.

Nunca debí recoger ese *pendrive*. Y tampoco debí aceptar buscar a Kwan, ahora sabía que lo habían hecho porque él aceptaría encontrarse con una mujer... o eso me temía.

—¿En serio? —levantó una ceja y su mirada amenazante cayó sobre mí de nuevo.

—En serio —declaré.

Algo en sus ojos me estaba advirtiendo de que no me iba a ir de allí tan alegremente. Nunca debí haber venido.

—Está bien, en ese caso quiero mostrarle algo.

No podía ser tan fácil, debería salir corriendo después de esquivar a los gorilas que protegían la puerta.

—Venga, acompáñeme. Solo será un momento.

Podía intentar huir al salir del despacho, aunque no tenía mucha confianza en llegar hasta el coche y arrancar antes de que me pillaran. Por otra parte, también podría mostrarme de acuerdo y ver lo que quería enseñarme, tal vez así me dejaría marchar.

Salimos del despacho y, para mi consternación, los dos hombres se apostaron uno a cada lado de mi cuerpo. Me vigilaban de cerca. Sostuve mi paso sin vacilar, no iba a dejar que vieran que me temblaban hasta las pestañas.

Caminamos por un largo pasillo, al final del cual había un gran almacén en donde se dejaban las cajas que debían transportar los camiones.

El eco de nuestros pasos reverberó por todo el lugar, ya que no había ni camiones ni almacenamiento. Pero me detuve en seco cuando vi lo que había delante de mí. El cuerpo de un hombre estaba colgando de una cadena, sus manos esposadas sostenían el peso de su cuerpo y de

sus pies descalzos goteaba sangre.

—Continúe, no se detenga. —Lo único que hizo que siguiera caminando fue el querer evitar el contacto de la mano de Paxton en mi espalda baja, la bilis me subió a la garganta y tragué con fuerza.

—Ya sé que cuesta reconocerlo y, a juzgar por el goteo, le queda un hilo de vida.

El rostro hinchado y lleno de sangre no dejaba ver nada, los párpados cerrados y, a todas luces, golpeados, tampoco. Pero reconocí su pelo.

—Zack...

—El mismo. —Mi jefe parecía feliz porque hubiera adivinado quién era.

—¡Dios mío!

Di un paso atrás, pero mi espalda chocó con el pecho de uno de los dos hombres.

—Es usted... —Pero una arcada me impidió seguir hablando, aunque logré no vomitar.

—Una lástima, creíamos firmemente que su novio había extraído el dispositivo de su apartamento, pero parece ser que no fue así. Aunque falló en atrapar a nuestro hombre — chasqueó la lengua—. Como ya he dicho... una lástima.

—¿Está loco? ¿Qué tiene que ver Zack con todo esto?

Se golpeó la barbilla con el dedo índice.

—Después pensamos —continuó, ignorando mi pregunta—, que su reciente amistad con el señor Kwan North la había llevado a entregarle el *pendrive*, pero, a pesar de que Zack intentó sacarlo de la carretera y provocar un incendio, logró escapar. Y allí estaba usted, protegiéndolo. Lo llevó a su casa, incluso curó sus heridas. Eso, debo confesar, fue conmovedor.

También ellos habían provocado el accidente.

—Si lo quiere vivo, ¿por qué intentó matarlo?

—Ese tipo de hombres no mueren tan fácilmente, para eso los entrenamos.

No sabía a lo que se refería con eso. Era un energúmeno y estaba más loco de lo que pensaba.

—¡Llamaré a una ambulancia, Zack necesita ayuda médica urgente! —Las lágrimas acudieron a mis ojos. No era justo ver lo que le habían hecho a mi exnovio, por muy imbécil que este fuera.

Un brazo me agarró por detrás y me apretó el cuello, me costaba respirar y pateé en el aire intentando soltarme.

—La única llamada que va a hacer va a ser al señor North. ¿O prefiere que la próxima vez que venga aquí sea para ver cómo se desangra su amante?

—Que le jodan —solté con la voz ahogada.

—Si quiere salir de aquí con vida, lo hará, señorita Temple.

El hombre, que no me estaba agarrando, me arrancó el bolso del hombro y le dio la vuelta para vaciar todo su contenido en el suelo. Mis cosas rodaron hasta los pies de Paxton, que miraba divertido la escena con las manos en los bolsillos, como si allí no hubiera un hombre medio muerto y apaleado, como si de un muñeco de trapo se tratara. Recogió mi teléfono del suelo y me lo puso en la mano.

Por suerte, el tipo que me mantenía inmovilizada, aflojó la presión y el aire entró con más facilidad a mis pulmones.

—Haga esa llamada y podrá salir de aquí.

¿Después de lo que había visto? No, no me iban a dejar marchar y además les iba a poner a Kwan en bandeja.

Miré mi móvil, indecisa.

—No le hable de mí y todo irá bien, solo tiene que hacerlo venir, del resto nos encargaremos nosotros.

Ya había tomado una decisión. Marqué el número y esperé.

—En manos libres —advirtió Paxton, por lo que lo puse.

—¡Joy, te he estado buscando! —Kwan parecía alterado cuando atendió mi llamada.

—Estoy bien, tengo que decirte una cosa.

—¿Dónde estás? Iré a buscarte.

La sonrisa que asomó a los labios del hombre frente a mí me ayudó a tomar una determinación que sabía que podía costarme la vida, pero no podía permitir que otro hombre inocente muriera en sus manos.

—Kwan. —Le sostuve la mirada a Paxton—. ¡Son unos asesinos y te están buscando, huye! —dije a toda velocidad ante el estupor de mi captor.

Le lancé el teléfono a la cara y logré soltarme del tipo que me mantenía aún atrapada, corrí hacia dentro del edificio buscando ayuda y escuchando los pasos detrás de mí. Ahora sabía que me habían obligado a acceder por la parte de atrás porque no había cámaras de seguridad.

—¡Atrapadla, no irá muy lejos!

Caí de frente cuando algo me hizo tropezar, a duras penas logré poner las manos por delante para parar el golpe, aun así, mi mejilla se llevó la peor parte; me di la vuelta y el hombre que me perseguía se lanzó sobre mí.

Forcejeé y logré arañarle el rostro intentando salir de debajo de su cuerpo, pero era un tío grande y su peso me estaba sacando el aire de los pulmones.

—¡Estate quieta, zorra!

Envolvió mis muñecas con sus manos y me dejó inmovilizada, aunque no dejaba de mover los pies, apalancándome en el suelo e intentando levantar su cuerpo, algo que me estaba dejando exhausta y sin ninguna posibilidad de éxito.

—Llévala hasta el coche. —La voz de Paxton se iba acercando a nosotros.

—Sí, jefe.

Me levantó y me empujó hacia la salida trasera de nuevo, agarrándome por el pelo.

—Voy a hacerme cargo del trozo de carne y os alcanzo —dijo el otro hombre a mi jefe.

—Incinéralo, que no queden restos.

El hombre, que ya se marchaba, se detuvo en seco.

—No sabemos si sigue vivo.

—No importa —gruñó Paxton—, solo hazlo.

¿Hablaban de Zack? Supuse que sí. Y ahora iban a hacerlo desaparecer para siempre, a quemarlo, tal vez, vivo.

Me retorcí para girarme y enfrentar a Paxton.

—¡No! ¡Asesino!

—Cierre la boca si no quiere terminar igual que él.

No hubiera dicho ni una palabra más, aunque lo hubiera intentado, me acababa de amenazar de muerte. Eso me había dejado bloqueada y más impactada de lo que ya me había quedado al ver a Zack moribundo.

¿Para quiénes había estado trabajando en realidad? Las preguntas acudían ahora en tropel a mi cabeza. Nunca debí confiar en ellos cuando me hablaron de Kwan.

—Apártala de mi vista —ordenó a mi captor, sacudiendo la mano con desprecio.

Me agarró de un brazo y me arrastró por el pasillo, el daño que me estaba haciendo era tal que

dejé de tratar de zafarme, cada vez que lo intentaba un enorme dolor arrasaba por todo mi cuerpo.

Maldito imbécil.

Llegamos a un coche y me metió en el asiento trasero de malas maneras, se sentó a mi lado y miré la otra puerta, valorando la posibilidad de salir por allí y correr.

—Inténtalo y sabrás lo que duele un hueso roto —me amenazó, adivinando mis intenciones.

El otro hombre y Paxton subieron también al coche, este último ladrando órdenes al que iba a conducir. Se estaba asegurando de que se seguirían sus mandatos y nadie sabría nada de Zack.

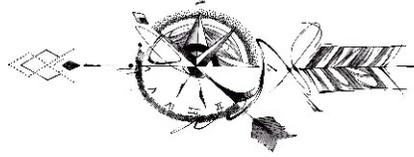
—Ya se están ocupando —declaró el conductor.

—Que alguien se ocupe de sus cosas y traiga su coche también —decretó Paxton.

—Sí, señor.

En ese momento el hombre a mi lado me vendó los ojos. Y se puso a hablar por teléfono, dando las indicaciones del idiota de su jefe.

Capítulo catorce



Maldita sea.

—¡Joy! —grité, pero ella ya no contestó. Escuché el teléfono caer al suelo y una voz masculina gritando que la atraparan.

Me puse en pie y caminé de un lado a otro nervioso.

—¡Hijo de puta, coge el maldito teléfono! —gruñí a través de la línea, pero un sonido sordo cortó la comunicación.

Mierda, mierda, mierda.

Salí disparado de la habitación que había conseguido en la misma planta que mis socios y toqué con los nudillos la puerta de Tak, antes de llegar a la de Zev.

—Me acaba de llamar Joyce —solté en cuanto todos estuvimos reunidos.

Explicué lo que había ocurrido y vi la mirada escéptica de Tak.

—¿Tienes algo que decir? —inquirí cabreado.

—Joder, Kwan. ¿No pretenderás ir tras ella? ¿Verdad?

—¿Qué parte de la frase «está en peligro» no has entendido?

Se retiró el pelo hacia detrás con las dos manos.

—Algo me dice que iba a entregarte o, al menos, a intentarlo.

Eso ya lo sabía.

—No me importa, no dejaré que pague por las palabras que ha soltado por teléfono.

—Puede que se lo haya buscado ella sola.

Di un paso hacia él, pero Zev se interpuso en mi camino.

—¡Para! Es bastante lógico que desconfiemos de ella. Te buscó y tú viniste sin saber de qué se trataba. Te expusiste, Kwan. Deja que pensemos esto detenidamente.

—¿Mientras la cazan, quieres decir? —gruñí.

Jasmine puso una mano en mi antebrazo.

—Dejemos que Josh haga su trabajo con las cámaras de tráfico, solo son las nueve de la mañana, creo que tenemos tiempo. Quiero pensar que intentarán sacarle la información de dónde estás, antes de hacerle daño.

No, eso tampoco me convencía, pero no teníamos nada, la llamada había sido demasiado corta como para triangularla.

—Voy a llamarlo.

—¡No! No uses tu teléfono, ahora que tienen el móvil de Joyce, te pueden localizar —advirtió Tak.

Tenía razón, en mi mente solo quería ir a por ella y no estaba viendo nada más. Apagué el teléfono y lo metí en mi bolsillo.

—Déjame el tuyo —le pedí a Jasmine.

—Dale tiempo...

—Quiero saber hasta dónde ha llegado.

De reojo vi aceptar con la cabeza a Zev. Nadie iba a impedirme saber los avances que había hecho Josh.

—¿Jasmine? —contestó el informático.

—Soy Kwan, no puedo usar mi teléfono. ¿Podrías hacer rebotar la ubicación para que no me puedan localizar? Necesito que Joyce pueda contactar conmigo si lo necesita.

—No hay problema.

Era jodidamente eficiente.

—¿Qué hay de las cámaras de tráfico?

—Ahora iba a llamarte. Ha ido en dirección a Sacramento, pero le he perdido la pista.

Joder.

—Está bien, salgo hacia allá, sigue buscando.

—Estoy en ello.

Cuando corté la llamada, le devolví el teléfono a Jasmine y encaré a mis amigos.

—Ya lo habéis oído, me largo.

—¿Quieres arriesgarte? —preguntó Zev con cautela, temiendo mi reacción.

—Sí.

—Joder, Kwan —se lamentó Tak.

Me giré y lo encaré.

—Deja de interferir, puedes volver a casa y esperar noticias, si así lo deseas —troné.

Dio dos pasos y se puso a mi altura.

—Y tú deja de ir detrás de una chica a la que apenas conoces.

—¿Tú, precisamente, me estás aconsejando eso, Tak? No me hagas reír —escupí cabreado—. La conozco lo suficiente como para saber que ella no quería nada de esto.

—Iremos los tres —acotó Zev.

No me importaba. Lo único que quería era salir de ese hotel ya.

—No sabemos a lo que nos exponemos —continuó Tak, pero salí en dirección a mi habitación y dejé de escucharlo. No tenía equipaje, se había quemado en el accidente, así que recogí lo poco que tenía y los esperé en el vestíbulo.

Tak estaba terminando con mi paciencia y si tardaban más de diez minutos en bajar, tenía toda la intención de largarme solo. Sin embargo, me conocían y allí estaban los tres antes de que terminara el plazo.

—Volveré a mi hotel. Cuídate, cariño. —Jasmine me besó en la mejilla y también se despidió de los otros antes de salir a por un taxi—. Mantenedme informada.

Ella se había registrado en otro hotel y eso me extrañó, pero no iba a preguntar.

Dejé que cargaran el maletero del coche alquilado por Zev y me senté al volante, ninguno de ellos puso pega, sabían que iba a terminar en discusión. Arranqué y salí en dirección a la autopista.

Me extrañaba bastante la actitud de Tak. Él, que se lanzaba a la aventura sin miramientos, ¿ahora temía por mí y por Zev?

Media hora después apenas habíamos cruzado unas pocas palabras. Tak dormitaba en el asiento trasero y Zev había llamado a Allison para explicarle el cambio de planes, aunque no le había dado información sobre Joy.

—Tengo que repostar —advertí cuando vi el cartel que anunciaba una gasolinera a un kilómetro de distancia.

Zev asintió y Tak se incorporó mirándome por el retrovisor.

—Deberíamos comer algo —propuso.

Ninguno de los tres habíamos probado bocado, eso era cierto. Zev parecía reacio a llevarme la contraria y no había sacado a colación lo del desayuno, que ahora ya era demasiado tarde para llamarlo así. Tuve que hacer un gran esfuerzo para disculparme, ni siquiera había pensado en eso, pero el comportamiento nada disimulado de Tak me impedía ser amable. No entendía por qué venía con nosotros si no se fiaba. En realidad, sí lo sabía; por muy cabreado que estuviera, siempre cubriría mi espalda y la de Zev. Su lealtad hacia sus amigos era inquebrantable.

—No he pensado en eso, lo siento. Entremos a comer algo —fue todo lo que meforcé a decir, señalando una cafetería cerca de la gasolinera.

Un autobús se detuvo delante del local y un montón de chicas con uniforme descendieron entre risas. Algunas nos miraron y se dieron codazos entre sí. Vi a Zev sonreír y lo adelanté para entrar antes de que esas adolescentes colapsaran la entrada.

—Joder, me gusta ser un hombre objeto en algunas ocasiones —soltó Tak mientras les guiñaba un ojo.

—Capullo, no son más que unas crías —observé antes de sentarme y mirar la carta.

—Pues alguna está bastante crecidita —declaró.

—Deja de mirarlas, Tak —advirtió Zev.

—Sabéis cómo joder la diversión, tíos —se lamentó.

Lo miré por encima del papel plastificado.

—Me alegra que esto te parezca divertido.

—Lo divertido va a ser que la profesora o monitora que las acompaña se dé cuenta de que esa mirada de depredador que tienes, está sobre sus alumnas —comentó Zev que también estudiaba la carta.

—Buena observación, no queremos eso —dijo al fin, decepcionado—. Nunca me he tirado a una menor, si es eso lo que os preocupa.

—Que tú sepas —apuntó Zev.

—Que yo sepa —convino con una sonrisa canalla.

Solté el aire. Tak no dejaba pasar de largo a ninguna mujer sin echarle antes un buen vistazo, sus ojos se perdían en las curvas de toda chica con la que se cruzara y algunas de ellas acababan en su cama o en su coche. Solo esperaba que ninguna de ellas terminara siendo un peligro para él. Paradójicamente, él debía estar pensando lo mismo sobre Joyce con respecto a mí. Lo entendía, pero yo no estaba para hostias.

Comimos siendo observados por aquellas adolescentes que no dejaban de parlotear mientras se zampaban sus hamburguesas. Para la tranquilidad de Zev y la mía propia, Tak se dedicó a masticar y a revisar los mensajes de su teléfono móvil. Mi amigo y socio no era ningún degenerado, admiraba a las mujeres, pero teníamos muy claro que no había cruzado la línea.

Una hora después estábamos parados al borde de la carretera esperando la llamada de Josh.

—Vamos a ciegas —dijo un inoportuno Tak.

—Lo sé —contesté observando de nuevo la pantalla de mi móvil.

—Josh es bueno en lo que hace —murmuró Zev observando las montañas al otro lado de la carretera.

Seguí su mirada, en algún lugar, esperaba que no demasiado lejano, podría estar Joyce. Me

había hecho a la idea de que debía sacar su culo de donde fuera que estuviera y, después de dejarla a salvo, seguir con mi vida.

Cuando mi teléfono sonó di un respingo, estaba tan absorto en mis pensamientos que la vibración en mi mano me pilló desprevenido. Y eso era algo que no solía pasarme nunca.

—Josh.

—Veinte kilómetros en dirección sur, te paso las coordenadas. Se adentra en el bosque.

—Mierda. —Miré hacia la carretera en esa dirección, el tráfico era fluido—. ¿Qué hay de su teléfono?

—Apagado, pero sigo vigilando.

—Está bien, gracias. Nos ponemos en marcha.

Veinte minutos después, habíamos dejado el coche entre los árboles y fuera del camino para que pasara desapercibido.

—Vamos, podría ser esa construcción —dije adentrándome en la maleza.

La habíamos visto desde un recodo del camino y, aunque estaba un poco escondida, tampoco sabíamos de qué se trataba, ya que, debido a su color verde, parecía fundirse con el bosque. Era un edificio de una sola planta que en algún momento había sostenido un rótulo encima de la puerta, ahora solo quedaba una marca rectangular.

Había un pequeño aparcamiento protegido por una barrera elevable y un vigilante en una reducida garita. Un par de coches de alta gama permanecían aparcados cerca de la entrada; una puerta doble acristalada y extrañamente limpia, señal de que fuera lo que fuera ese lugar, estaba en funcionamiento.

Ni rastro del coche de Joy. Pedí a Josh que volviera a intentar ubicarlo, con los nervios alterados.

—Parece un almacén —murmuró Zev a mi lado, nos manteníamos agachados detrás de unas rocas.

—Podemos esperar y ver qué coño hacen —propuso Tak, lo que nos obligó a mirarlo, no era propio de él esperar.

—O entrar y sacarles la información a hostias.

—Vaya, nos faltaba oír el resto —se mofó Zev.

Yo estaba totalmente concentrado en un acceso que parecía dar la vuelta al edificio.

—Quedaos aquí, voy a ver a dónde va a parar ese tramo de asfalto.

Asintieron.

—Iré por el otro lado —susurró Tak.

No era muy buena idea separarnos sin llevar nuestros equipos de comunicación, pero antes de que pudiera pensarlo mejor me puse en marcha. Tardé más de lo necesario mientras me mantenía oculto.

Una gran puerta de entrada, que supuse que se utilizaba para el acceso de camiones, se recortaba en la fachada trasera.

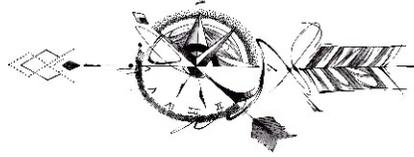
Joder.

Noté como una pátina de sudor me cubría la espalda. Si ella se había presentado aquí, era consciente de que podía estar en peligro. Ni yo mismo me explicaba cómo podía siquiera haber decidido ir a buscarla, sin saber qué coño pretendía hacer. ¿Entregarme? Si ella había vuelto sin mí, ¿la estarían amenazando?

Por la nota, había deducido que había buscado el acercamiento a propósito. ¿Qué sería lo siguiente? Joy me debía más de una explicación.

Pero su voz angustiada, a través de la línea telefónica, me había movilizado. Debía seguir buscándola.

Capítulo quince



—Si tocas la venda, también te ataré las manos —advirtió con voz seca.

—¿A dónde me lleváis?!

—A un lugar que despertará su interés —respondió Paxton.

—Ya no me interesa nada de usted...

—Esto sí —me cortó.

El viaje se me hizo eterno o, tal vez, al no ver lo que había a mi alrededor, no diferenciaba si había durado media hora o una hora entera.

De repente la ansiedad hizo acto de presencia y fui consciente de que, según lo que ese hombre quisiera mostrarme, podía ponerme en peligro. ¿Y si después de esto me mataba? Algo me decía que íbamos derechos a algún lugar del que yo no podía ser testigo.

Me revolví en mi asiento. Mi bolso, junto a lo que debía quedar de mi teléfono móvil, estaba ahora en mi coche, conducido por alguien que debía seguirnos, y no tenía cómo avisar a nadie. Tenía que encontrar la manera de contactar con el sargento Thorn, porque llamar a Kwan estaba descartado. Después de haberme largado sin decirle nada, no iba a pedirle ayuda. También estaba el hecho de que se habría cabreado lo suficiente como para pasar de mí, lo tenía merecido, desde luego. Esperaba que hubiera seguido mi consejo y hubiese huido.

El vehículo se detuvo.

—Puede quitarse la venda, hemos llegado.

—No, no quiero ver nada. Déjeme marchar...

—Es demasiado tarde para eso, señorita Temple. Y le recuerdo que es usted la que ha acudido a mí. Tenía que traer al señor North, pero ya que no lo ha hecho, es posible que quiera saber cuáles son las consecuencias.

Mierda. ¿Qué iba a hacer? ¿Matarme como a Zack?

—Salga del coche, no me obligue a ordenar que la saquen a la fuerza.

Paxton siempre había sido un hombre con un gran carisma y bastante seco con sus subordinados. Pero escucharlo hablar en esos términos me estaba asustando de verdad.

Algunas de las más prestigiosas revistas científicas lo alababan por su trabajo de investigación y él siempre se mostraba imperturbable, aunque bastante amable.

Alguien me arrancó la venda de los ojos.

—Fuera —dijo de malos modos el conductor, que ahora sostenía la puerta para que saliera.

Lo hice antes de que decidiera arrastrarme, su mirada me advertía de que lo haría.

—Perfecto, sígame. —Paxton parecía complacido de que al fin hubiera dado el paso para salir del interior del coche.

Como en las oficinas, los dos hombres me escoltaron mientras caminábamos detrás de él.

Estábamos delante de una gran nave de hormigón a la que habían dado una capa de pintura blanca, sin ningún cartel identificativo; tampoco había coches cerca. Estaba tan solitario que nuestros pasos hacían eco y se me estaba poniendo la piel de gallina. Este lugar también estaba oculto, imaginé que desde la carretera no se debía ver.

Di un vistazo disimulado alrededor, pero solo podía ver árboles detrás de la edificación y bosque a mi espalda. De lo que sí estaba segura era de que seguíamos en California y de que ese sitio no me era del todo desconocido.

Una de las puertas metálicas se abrió lentamente, deslizándose hacia un lado. Imaginé que nos dirigíamos allí. Entramos y el olor a desinfectante nos inundó. El caso es que no se veía nada que me hiciera sospechar que aquello fuera un laboratorio. Aunque estaba limpio, estaba vacío, solo cuatro paredes blancas y un montacargas al fondo. Entonces, ¿de dónde venía ese fuerte olor?

—Se ha vuelto a estropear el sistema de ventilación —dijo el hombre a mi derecha.

—Que lo arreglen inmediatamente, antes de que se note en la calle.

—Sí, señor.

Una vez entramos en el montacargas, que era lo suficiente espacioso, descendimos a un ritmo lento pero constante.

Al salir pasamos por delante de varias puertas metálicas ubicadas en un pasillo ancho con paredes de hormigón, el olor era más intenso ahora. Paxton me hizo pasar a una sala donde había una gran vidriera que daba a un enorme laboratorio donde trabajaban varias personas, todas con trajes de seguridad, tan cubiertos que era imposible ver sus rostros. Estábamos en una posición más alta, unos tres metros por encima de sus cabezas.

Mi jefe apretó un botón que se hallaba a mi derecha y habló.

—Que alguien avise a la señorita Temple, debe acudir a mi despacho, ahora.

Me quedé helada, ¿Era este su lugar de trabajo? Me había hablado de un traslado, pero no imaginé que sería inminente y a este laboratorio; de todos los que tenían en Estados Unidos era el central y ahora recordaba haber venido aquí con Alex, mi encargado. Había visto esa enorme sala desde otro despacho.

A estos idiotas no les serviría de nada haberme vendado los ojos, ya sabía dónde estaba y esperaba recordarlo en el futuro para informar, cuando la policía viniera a por ellos. Por lógica, iba a guardarme ese dato para mí.

No podía ser, pero el movimiento que hizo la chica levantándose del taburete y mirando hacia arriba, me confirmó que era Elsie. Nuestros ojos se encontraron y vi la sorpresa en su mirada, aunque enseguida bajó la vista y desapareció por una puerta lateral.

Fui hacia él y empujé su pecho con todas mis fuerzas, aunque solo conseguí que diera un paso atrás.

—¿Qué pretende?! —grité.

—Es fácil, usted me trae a North y su hermana nunca sabrá el peligro que corre si me desobedece.

—¡Vaya a buscarlo usted mismo y déjenos en paz! Me voy a llevar a mi hermana de aquí, llamaré a la policía.

—Su hermana es importante para usted, ¿verdad? —Su sonrisa forzada me puso el vello de punta.

—¿Cómo se atreve? Maldito...

Unos golpes en la puerta me cerraron la boca y el estómago. Mi hermana entró, pero se mantuvo a distancia, sabía que, con el EPI o equipo de protección individual, no podía acercarse

más.

—¿Joyce? ¿Qué haces aquí? —preguntó con sus manos enguantadas.

Era sordomuda de nacimiento.

—Elsie...

—Su hermana se ha unido a nosotros en este nuevo emplazamiento, pensé que le gustaría saberlo —me cortó Paxton dirigiéndose a ella, que leía los labios con facilidad.

Aunque llevaba las enormes gafas, pude ver cómo fruncía el ceño.

—Así es —me obligué a decir.

—Aunque no podrán verse, Joyce estará en otro departamento —continuó mi autonombado nuevo jefe.

Mi hermana parecía decepcionada.

—Iré a verte siempre que pueda. —Me estaba costando un mundo seguir el juego de ese idiota, pero debía mantenerla a salvo.

Asintió sonriendo, lo podía ver en sus ojos, la conocía muy bien.

Elsie tenía una naturaleza alegre y se notaba que estaba contenta por mí, aunque también tenía mucho genio cuando defendía sus ideales y condiciones, la admiraba por eso.

Le había comentado que me había quedado sin trabajo, cuando hablamos por *facetime* la última vez, así que no era de extrañar que se alegrara por mí. Poco se imaginaba por lo que yo estaba pasando.

—Señorita Temple, debería volver al trabajo.

Ella asintió y se despidió con la mano.

—Te llamaré —dije antes de que se fuera.

Claro que lo haría.

—Eso no va a poder ser —decretó Paxton en cuanto mi hermana salió de allí.

Lo encaré.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo piensa impedirlo? Hablamos a menudo...

Me miró y pude ver la burla en sus ojos.

—No me subestime, señorita Joyce. Si hablan o lo que sea que hagan por signos, lo sabré, y las consecuencias no le van a gustar. Manténgala a salvo, cuide de su familia.

Grité, lo insulté e intenté agredirlo, pero aquellos dos hombres me sacaron de allí y, después de vendarme los ojos de nuevo, me metieron en el coche. Aunque solo condujeron unos minutos.

Salí y me arranqué la venda yo misma. Mi coche estaba detrás y uno de los hombres me dio las llaves. Me habían llevado hasta una gasolinera. Si pensaban que no sabría volver, estaban muy equivocados.

—Ya sabe lo que tiene que hacer —dijo el hombre que había viajado a mi lado.

Asentí sin demasiada convicción y entré en mi coche, mi bolso estaba tirado en el asiento del acompañante, con las cosas esparcidas fuera de él.

Esperaron a que arrancara y me marchara de allí.

—Dios mío —susurré, mientras las lágrimas me nublaban la vista y apenas podía ver las líneas de la carretera—. ¿Qué voy a hacer?

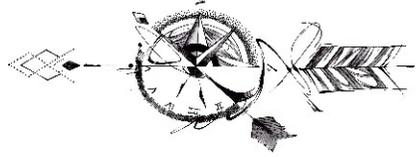
Hablaba sola, tal vez para hacerme a la idea de que lo que me estaba pasando era real.

Cuando por fin pude pensar, con la cabeza algo más templada, me volví a preguntar qué debía hacer. Por un lado, estaba mi hermana y, por otro, Kwan, un hombre maravilloso que no merecía que yo le hiciera esto. ¿Y si le explicara la verdad?

—¿Esperas que se entregue para salvar tu culo y el de tu hermana? —me pregunté en voz alta.

No, no lo haría. Volvería a Atlanta, se esfumaría y yo lo entendería.

Capítulo dieciséis



*Sacramento, California. Estados Unidos.
Oficinas de la farmacéutica Olof.*

Seguíamos en nuestros escondites, esperando captar algún movimiento. Mi mente estaba en las pesquisas de Josh. ¿Dónde estaba el coche de Joy? ¿Y ella?

—Voy a entrar ahí —anuncié a modo de información.

No estaba mirando a ninguno de los dos, una parte de mi cerebro, la que dejé libre de la preocupación por Joyce, estaba ocupada en buscar la mejor forma de acceder al interior de esa especie de nave industrial.

—Yo también —secundó Tak.

Y eso no nos extrañó, era un yonqui de la adrenalina y nada ni nadie iba a impedir a este hombre entrar hasta las entrañas de ese jodido edificio.

—Me lo temía. —Pero había una sonrisa lobuna en los labios de Zev, antes de dirigirse a mí —. Aunque creí que tu prioridad era Joyce.

Esa maldita frase hizo que fijara mi atención en él.

—Lo sigue siendo, pero está metida en algo y estoy cansado de dar palos de ciego.

Empecé a caminar hacia el lateral de la nave.

—Ahí hay una entrada, parece de servicio, la puedo forzar.

—Eso es.

Tak me seguía de cerca.

—¿Zev? —preguntó sin dejar de seguirme.

—Estoy con vosotros. Voy a llamar a Josh, quiero que sepa dónde estamos y lo que vamos a hacer.

Me agaché y busqué cámaras laterales; no había, y eso me obligó a pensar que se sentían fuera del radar de cualquier intruso. Por otro lado, los vigilantes estaban ahí por algo.

—Me adelantaré y os haré una señal cuando podamos entrar —solté antes de echar a correr y agazaparme al lado de la puerta metálica, unos arbustos moribundos ocultaron mi presencia. Podía haber algún sensor de movimiento que advirtiera nuestra visita a los de seguridad, pero estaba dispuesto a arriesgarme.

No tuve que forzar la puerta, un tipo salió de manera apresurada, abriéndola de par en par, y allí estaba yo, que rápidamente abandoné mi escondite para evitar que se cerrase a su espalda. Miré al hombre, lo vi entrar en un coche y arrancar, saliendo a toda velocidad del recinto. Era un tipo alto, delgado y ágil.

Entramos con sigilo y sin dejar de buscar posibles amenazas o cámaras de seguridad

interiores, avanzamos por un ancho pasillo que nos llevó hasta lo que suponíamos era el almacén trasero y bastante espacioso.

El sonido el agua saliendo a presión de alguna manguera me hizo fruncir el ceño.

Escuchamos voces de hombres y nos escondimos tras unas estanterías llenas de cajas para embalar.

—Date prisa, Paxton nos cortará el cuello como no nos deshagamos del cuerpo de este tío lo antes posible —dijo uno de ellos.

Levanté una ceja y miré a Zev. Pero no hicieron falta susurros ni gestos, allí había un cadáver, el olor metálico de la sangre penetró en nuestro desarrollado olfato como una ola chocando contra un acantilado.

—Hay que ser estúpido para no llevar a cabo la única cosa que se le pidió —dijo otra voz.

—¿Ahora te da pena? —interrogó el otro con voz seca.

—No, se lo ha ganado a pulso. Debió seguir las órdenes.

Se notaba que estaban cargando con peso, resollaban al hablar y mi mente trabajaba a todo trapo. ¿A quién se habían cargado? ¿Qué tenía que ver Joy con esto? Tenía que averiguarlo.

—Vamos, pongámonos en marcha.

El sonido del motor de la puerta del almacén al abrirse nos alertó de que estaban a punto de marcharse, seguramente, con el cadáver en el maletero.

—No lo vamos a impedir. —Leí en los labios de Zev—. Los seguiré.

Asentí y miré a Tak.

—Nosotros nos quedaremos —articulé.

Zev actuó como una sombra, desapareciendo por donde habíamos venido. Esperaría en el coche y saldría detrás de esos tipos. Mientras tanto, Tak y yo buscaríamos las oficinas o algún despacho y toda la información que pudiéramos recopilar. No sabíamos si todo este tinglado tenía que ver con nosotros, pero algo me decía que sí.

Caminamos pegados a los laterales, Tak por la izquierda y yo por la derecha. Una cadena descendía desde el alto techo y, al final de esta, unas esposas colgaban y se balanceaban todavía. El suelo seguía mojado y eso me trajo los peores recuerdos de mi cautiverio. Ahí habían torturado a alguien, aún se podía ver residuos de sangre en el metal de las esposas y estaba seguro de que habían estado limpiando los restos del mismo líquido derramado en el suelo.

¿A quién se habían cargado estos locos?

Accedimos a un despacho y lo primero que hice, mientras Tak vigilaba y buscaba otros despachos, fue meterme en el portátil que seguía sobre la mesa. No tardé ni diez segundos en dar con una carpeta oculta con varios archivos. Al abrir el primero apareció en la pantalla una lista de nombres. Entre esos hombres y mujeres estaba el mío, con mi apellido, ese que había terminado cambiando.

—Joder —siseé.

Veinticinco entradas, con diferentes notas y asteriscos. Busqué el significado y me quedé perplejo.

«Kwan North * Ampliar proyecto».

Nada sobre Zev o Tak, por lo que me alegraba enormemente.

—Hijos de puta —susurré cabreado.

Arranqué el cable de la batería y cerré la tapa con fuerza, salí al pasillo con él bajo el brazo cuando Tak me salió al paso.

—No hay nadie más, aparte de los dos vigilantes —me informó—. ¿Has encontrado algo?

Sus ojos miraban el ordenador con interés.

—Nada interesante —mentí—. Que Josh se ocupe. ¿Hay algún portátil más o cualquier cosa electrónica? ¿Cámaras?

Negó con la cabeza.

—Está todo limpio.

—Entonces alguien lo ha olvidado y volverá a por él. Salgamos de aquí —propuse.

Llamé de nuevo a Josh y me informó de que, aunque había perdido la pista del vehículo de Joy durante media hora, ahora parecía emprender el camino de vuelta a Auburn.

Dos horas después apareció Zev con cara de pocos amigos. Josh me acababa de informar de que Joyce ya estaba en su casa y respiré tranquilo. Aunque seguía pensando que era todo muy extraño, la habían dejado ir y era por alguna razón que no lograba entender.

—Joder, ¿dónde coño te has metido? —La paciencia de Tak tenía un límite y este ya estaba más que superado. Habíamos estado, las dos horas, sentados bajo un árbol sin poder utilizar los móviles para llamarlo.

Las quejas de mi compañero no me habían dejado concentrarme en lo que había encontrado. Ahora estaba en lo cierto, Joyce me conocía y se había acercado a mí para tenderme una trampa, pero algo no había salido bien.

Yo seguía libre.

No, esto no iba a quedar así, necesitaba información sobre esa lista de nombres en la que estaba incluido. Y la necesitaba ya. ¿Por qué había mujeres también?

Protegería a Joyce de mis socios hasta obtener las respuestas.

—¿Qué pasa? —Oí que preguntaba Tak a un Zev pensativo.

Nos estudió detenidamente, llevando su mirada de uno a otro mientras nos levantábamos del suelo arenoso y nos sacudíamos los pantalones.

—Fosas comunes. —Solo esas palabras nos pusieron en guardia.

—¿Allí han llevado el cadáver?

Zev se llevó las dos manos a la cabeza y se retiró el pelo soltando el aire por la nariz.

—Si todo esto tiene que ver contigo, y teniendo en cuenta que Joyce fue la que te localizó, estamos ante algo más grande de lo que pensábamos, Kwan. Es un recinto cerrado con mucha tierra removida, a la vista de todo el que pase por allí. Supongo que es la mejor manera de ocultar algo, dejándolo a la vista de todos...

—Nadie imaginaría que hay cuerpos enterrados —terminó Tak, yo seguía en estado de *shock*.

—Deberíamos hablar con Hache.

Asintieron ante mi propuesta.

—¿Hay alguna información? —preguntó Zev señalando el portátil, que me negaba a soltar, con la barbilla.

Miré el aparato en mis manos.

—No estoy seguro, en cuanto vuelva a Auburn me pondré a ello y dejaré que Josh acceda.

Solo estaba ganando tiempo, prefería pensar eso a admitirme a mí mismo que les estaba ocultando información.

—¿Vas a volver? —inquirió Tak.

—Sí, tengo que hablar con Joyce.

Zev arrugó la frente.

—No creo que sea una buena idea.

—Pienso lo mismo. Deberíamos volver a Atlanta y dejar esto en manos de...

—Volved vosotros, yo trabajaré desde el hotel —corté a Tak—. Si es que todavía conservo la habitación.

Algunas maldiciones en voz baja se dejaron oír, pero yo ya iba camino del coche, que Zev había ocultado de nuevo. Los noté detrás de mí, pisándome los talones.

Me metí en el coche y esperé a que Zev se dignara a darme la llave, así que cuando lo hizo arranqué.

—¿Tienes ubicada la dirección de las fosas comunes? —pregunté para desviar el tema de mi prolongada estancia en California.

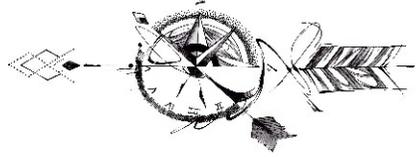
—Tengo las coordenadas, sí —contestó seco.

Intuí que su mente estaba dividida entre volver con su familia o quedarse para protegerme, así que se lo iba a poner fácil.

—No tenéis que pensar tanto. Volved a Atlanta, os mantendré informados. Además, en unas pocas horas podéis estar de vuelta si os necesito.

Ninguno contestó y yo me centré en la carretera y en lo que le diría a Joyce en cuanto la viera. También pensé en lo que me había causado su sola presencia, la primera vez que la vi, el recuerdo de su cuerpo, de su piel...

Capítulo diecisiete



Entré en mi apartamento y me metí en la ducha, me sentía sucia. Como si yo hubiera sido la que había asesinado a Zack. Tuvieron que ofrecerle mucho dinero para que intentara secuestrar a Kwan. El accidente en la carretera no había sido tal, Kwan lo sospechaba, pero ni en mis sueños más surrealistas habría pensado que Zack se habría avenido a eso.

No supe cuánto tiempo estuve bajo el chorro de agua caliente, tampoco me importaba. Mi mente se negaba a pensar en que tenía que llevar a Kwan hasta Paxton para que mi hermana no saliera herida o algo peor.

Miré mis dedos arrugados y levanté el rostro para que el agua se llevara el último rastro de lágrimas, después de haber estado llorando durante un buen rato, ya era hora de que me secara y vistiera. Tenía que pensar en algo, aunque mi cerebro se opusiera a hacerlo.

Me acerqué a la ventana y los vi, debía haberme figurado que me seguirían y estarían pendientes de mis pasos. Tenía poco tiempo para deshacerme de ellos, así que corrí a hacer una pequeña mochila. Me disponía a escapar por la azotea, podía saltar el muro que separaba a mi vecino de mí, cuando llamaron a la puerta.

Solté la mochila detrás del sofá y fui a abrir, estaba casi segura de que era uno de esos hombres comprobando que seguía en casa. Abrí la puerta con ímpetu y a punto de gritarle que se largara, pero era Kwan, que entró como una exhalación por mi lado y fue directamente a poner en marcha el televisor. Subió el volumen de tal forma que mis oídos empezaron a protestar. ¿Pensaba que había micrófonos?

—¿Has hablado con alguien por teléfono? —susurró cerca de mi oreja.

Negué con la cabeza.

—Perfecto, te están vigilando.

—Lo sé. ¿Cómo has conseguido entrar sin que te vean?

Estábamos cerca el uno del otro y no podía evitar percibir su olor... su calor. Me había enamorado de ese hombre perdidamente, aunque me negara a reconocerlo en voz alta.

—Es una larga historia. —Cogió mi mano—. Vámonos de aquí.

Tiró de mí, pero me resistí.

—No puedo irme, te están buscando... y esperan que yo te entregue.

Sus ojos oscuros y llenos de vida se clavaron en mí, primero en mi boca y después buscaron los míos. La decepción que había en ellos me dolió tanto que no pude contener la única lágrima que corría por mi rostro.

—No me sorprende.

¿Que no le sorprendía? ¿Se había vuelto loco? ¿Acaso no sabía a lo que se exponía? Solté mi mano de un tirón.

—Vete, Kwan. Aquí no estás seguro.

—Tú tampoco —susurró de nuevo.

Agarró mi cintura y me besó.

—Vamos, alguien nos está esperando.

Me solté para recoger la mochila que había escondido y volví junto a él.

—¿Pensabas huir? —preguntó arrugando la frente.

—Es una larga historia —contesté imitando sus palabras.

Asintió y me cogió por el codo para llevarme a la puerta.

—Nos verán...

—Confía en mí, Joy.

Accedimos a las escaleras y descendimos, en la entrada del portal había un hombre apoyado y pasamos por detrás de él, sigilosos. El corazón me iba a tanta velocidad que sentía que se podía escuchar fuera de mi cuerpo.

La chica que se llamaba Jasmine, y que había conocido unos días antes, nos esperaba en un pequeño Kia rojo y lo reconocí como el coche de mi vecina del segundo.

—Entra —me pidió Kwan, mientras ella me guiñaba un ojo y me saludaba con la cabeza.

Detrás de mí, él también entró y terminamos los dos en el asiento trasero.

—Tumbaos, voy a salir.

Dios, solo me faltaba tener a este hombre encima. Debido a su estatura, tenía que dejar las rodillas fuera del asiento.

—¿Era necesario robar el coche? —pregunté cerca de la boca de Kwan.

—Estoy segura de que tienen controlados los vehículos del edificio. ¿Sabes de quién es? —preguntó Jasmine.

—De una vecina con la que no tengo mucho trato —admití—. Aun así...

—¿Es rubia o morena?

—Rubia. ¿Por qué lo preguntas?

Jasmine se echó a reír.

—Entonces estamos de suerte.

Jasmine era rubia y pretendía hacerse pasar por ella, tal vez debería decirle que esa chica siempre llevaba gafas graduadas, pero consideré que ya era tarde para eso. Si esos tipos conocían a mi vecina estaríamos perdidos.

—No te preocupes, Jasmine nos sacará de aquí —me tranquilizó Kwan, que parecía saber entrar en mi mente.

—Esto es una locura —murmuré.

—Pues ya nos estamos alejando y esos idiotas siguen vigilando el edificio —se mofó la chica.

Tan absorta estaba en mis temores, que ni siquiera me había dado cuenta de que ya habíamos salido a la calle.

—Podéis incorporaros, parejita —nos advirtió Jasmine.

El semblante de Kwan era serio cuando me miró, antes de levantar su enorme cuerpo y sentarse en cuanto retiré las piernas. Estiró la mano para ayudarme, pero lo hice sola. Había algo que se me escapaba, intuía que solo había querido sacarme de mi casa, nada más.

¿Y si sabía algo? ¿Y si presentía que iba a traicionarlo?

Lo observé, su rostro estaba vuelto hacia la ventanilla y los puños cerrados sobre sus piernas.

—¿Estás bien? —preguntó Jasmine mirándome por el retrovisor.

Iba a una velocidad moderada, supuse que para no llamar la atención.

—Sí, aunque creo que esto no es una gran solución.

—Créeme, sí lo es. No tienes ni idea del alcance de esta mierda —contestó Kwan sin girar siquiera su cara hacia mí.

Sí, claro que lo sabía. Laboratorios clandestinos, obligada a entregarlo a él a cambio de mi hermana y seguir trabajando para ellos. Además, un asesinato, el de Zack. Mi mente se negaba a procesar todo aquello.

—¿Cómo sabías...? —Al momento caí en la cuenta—. ¿Me has seguido?

No contestó, pero sus ojos se encontraron con los de Jasmine a través del retrovisor central.

—¿En serio? —Toqué su brazo para que se centrara en mí—. Me pides que confíe en ti, pero yo no recibo el mismo trato.

Entrecerró los ojos un instante.

—No, después de lo que he visto —soltó.

—Kwan... —advirtió Jasmine.

—No se han marchado —afirmó hacia la chica, ignorándome.

No sabía de qué estaba hablando Kwan.

—¿En serio pensabas que lo harían? —se mofó ella.

—¿Están en el hotel?

—Claro, y nos están esperando.

Yo asistía a esa conversación sin comprender nada.

—Últimamente Takeshi es caro de ver. Desaparece durante días. Pero para joderme la existencia no pone pegas a quedarse pegado a mi culo —se lamentó él.

Vi como Jasmine desviaba la mirada, tal vez sabía más que Kwan. Aunque ahora ya sabía de quiénes hablaban: de sus socios.

—Solo quiere ayudar... —argumentó ella.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Que les pedí que no lo hicieran.

Jasmine sonrió de mala gana.

—¿Dabas por sentado que lo iban a hacer? No seas ingenuo, Kwan. ¿Es por eso que me has buscado? ¿Para que ellos no intervinieran?

¿Qué se le estaba pasando por la cabeza a Kwan? Parecía nervioso y sabía que era un hombre bastante tranquilo.

—Diles que hablaré con ellos más tarde. Joyce y yo tenemos que aclarar algunos asuntos... en mi habitación.

Jasmine asintió.

—Está bien.

Ahora era yo la que fruncía el ceño. No estaba contando con mi consentimiento, lo daba por sentado.

—Hablaré con todos, ya que siguen aquí —decreté.

—Antes lo harás conmigo, Joyce.

—No estoy de acuerdo, si ellos han venido a ayudarte, los pondré al corriente. Tal vez necesites más apoyo del que piensas —contesté brusca.

Jasmine sonrió mientras metía el coche en un ajustado espacio entre dos autobuses. Era buena idea, así quedaba bastante oculto.

Kwan no nos prestó atención cuando subíamos en el ascensor, y empecé a pensar que mi decisión de no ir a solas con él le había molestado profundamente.

—Joyce, ¿me permites un consejo? —preguntó ella alejando mis pensamientos.

Asentí.

—Deberías reunirte con Kwan antes de...

—No intervengas —la cortó él.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

—Está bien, ya sabes dónde estamos —accedió ella.

—Ve con ella, Joy. Enseguida os alcanzo —murmuró Kwan.

Jasmine me miró y esperó. Pero algo en mí me decía que no estaba actuando como debería.

Kwan había sido un amor de hombre, no podía dejarlo a un lado.

—Hablaré con él, si no te importa. —Me mordí el labio buscando una explicación coherente

—. He cambiado de idea.

Kwan pasó por nuestro lado y siguió caminando por el pasillo hacia la derecha.

—A veces es muy reservado, pero intuyo que ya le vas conociendo —susurró Jasmine.

Puse una mano en su brazo y asentí.

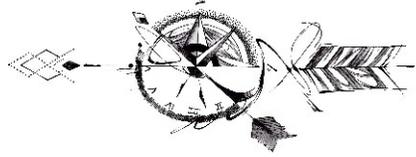
—Lo siento —me disculpé por el cambio de planes.

—No te preocupes, os estaremos esperando.

—Perfecto.

Corrí detrás de Kwan y lo alcancé justo cuando estaba abriendo la habitación.

Capítulo dieciocho



Escuché sus pasos apresurados por encima de la moqueta, tal vez, para alguien como yo era fácil, tenía el sentido auditivo bastante desarrollado y también había escuchado las palabras que había cruzado con Jasmine.

—No sé qué esperas que diga —soltó en cuanto llegó a mi lado.

Entré, la dejé pasar y cerré la puerta, apoyándome después en ella con los brazos cruzados.

—Solo quiero la verdad. ¿Trabajas para esa gente?

Se sentó en el borde de la cama y me miró.

—¿Los has visto? —preguntó desviando el tema.

—No. ¿Por qué te han dejado volver?

—Me prometieron trabajo. ¿Por qué me has seguido?

Le vi apretar los labios.

—Porque habías desaparecido, fui a tu apartamento y te busqué, mis socios decidieron venir conmigo tras de ti. —No pensaba hablarle de Josh y de su facilidad para encontrarla mediante las cámaras de seguridad—. Pensé que podías volver a tener problemas con tu ex.

Su ex... Me jodía el solo hecho de pensar que ese bocazas le hubiera puesto la mano encima.

Su rostro se transformó, la tristeza se reflejaba en sus ojos. Se tapó la cara con las manos y empezó a sollozar.

¿Por él? ¿Lloraba por él?

Maldita sea.

Me senté a su lado y retiré las manos de su rostro cogiendo suavemente sus muñecas para mirarla a los ojos.

—¿Qué pasa, te ha vuelto a molestar? ¿Es eso?

—Está muerto, Kwan. Él está... muerto. —Parecía querer convencerse a sí misma diciéndolo en voz alta.

—¿Qué?

¿Había sido ella? ¿Por eso iba a huir? Limpié sus lágrimas con el pulgar.

—¿Qué ha pasado, Joy? Puedes contármelo. ¿Intentó hacerte daño?

—¿Crees que he sido yo?

Solté aire de los pulmones e intenté cambiar la expresión a una de comprensión. Si ese tío había agredido a Joy ya podía estar bien muerto, porque yo mismo lo buscaría para rematarlo.

—Si ha sido en defensa propia...

—Fueron ellos —me cortó levantándose.

—Lo siento, no pretendía ofenderte —me disculpé.

—Yo no sería capaz de asesinar a sangre fría como han hecho esos tipos, Kwan.

¿Pero en qué clase de mundo vivía Joyce? Pensándolo fríamente, podía haber pasado, que

tuviera que defenderse de un ataque, y eso no sería a sangre fría. Pero lo dejé correr.

—¿Quiénes son? —pregunté al notar su silencio.

—Paxton, el socio de mi jefe, Olof. El que murió en un accidente de tráfico.

Noté cómo mi cuerpo se paralizaba, conocía a ese hombre. Había trabajado junto a Archer, el médico que nos trataba, por llamarlo de alguna manera.

—Un accidente del que sospechas —afirmé obligándome a reaccionar, sin decirle que sabía quién era Paxton.

—Ahora más que nunca —confesó.

Me levanté y la abracé. Seguía siendo esa chica dulce que me volvía loco y quería tener la esperanza de que no me la iba a jugar.

—Cuéntamelo todo.

Asintió contra mi pecho y arrugó mi camiseta con las manos.

—Te vas a cabrear —me advirtió.

Me separé y acaricié su rostro.

—Deja que yo lo decida, ¿de acuerdo?

—Vale.

La obligué a sentarse de nuevo y le di el espacio que necesitaba para empezar a hablar, aunque me senté a su lado.

—Te mentí —confesó apoyándose en el cabecero de madera.

Apreté los dientes porque sabía que así había sido.

—Bueno, no en todo, lo que siento por ti es real, muy real —continuó—. No quiero que pienses que me acosté contigo para conseguir mi propósito. Este quedó apartado cuando te conocí y me di cuenta de lo maravilloso que eres.

Los días grises de mi vida parecían hacer intentos por disiparse, esa pesada losa que tenía sobre mi cabeza, ahora parecía más ligera. Quería creer en sus sentimientos hacia mí.

Quería hacerlo.

—No soy tan maravilloso, algún día lo descubrirás, Joy.

—Lo eres —dijo con una sonrisa triste.

Cogí su mano, pero la apartó y supuse que lo que iba a decir era grave. Algo que nos afectaba a los dos, que tal vez, cambiara el rumbo de nuestra incipiente relación.

Desvió la mirada hacia la ventana pensativa.

—Sabía quién eras antes de conocerte. Supe que habías sido objeto de investigación científica y me dijeron que tenía que buscarte para hacerte unas revisiones. Ahora sé que me engañaron. Me prometieron ser la encargada principal del laboratorio de Sacramento, así que te busqué. Pero fue antes de ver la grabación en el dispositivo.

Podría jurar que mi corazón se acababa de hacer añicos. Habían utilizado a Joy para convencerme... y ella había accedido.

Instintivamente me aparté de ella, que me miró de reojo. Crucé los brazos, de pie delante de la ventana, mirando hacia fuera, y dejé que continuara.

—Hace poco he sabido que ellos solo quieren seguir con esos ensayos o esa tortura a la que te sometieron, no tengo ni idea de con qué fin. Pero fue por eso que fui a verlos. Ya no me interesaba trabajar a cambio de entregarte. Sé que es difícil de creer por la manera en que me he comportado.

No me giré, seguía observando las idas y venidas de la gente de la calle que era ajena a lo poco que me faltaba para estallar.

—Continúa —ordené seco.

—Ellos tenían una lista de nombres...

La lista que yo mismo había encontrado en aquel ordenador.

—Solo les faltabas tú. Pero me dijeron algo de que estabas protegido y que, si no ibas por voluntad propia hasta el laboratorio, no podrían terminar su trabajo. Te juro que pensé en salir corriendo para llamar a la policía y ponerte sobre aviso.

—Pero no lo hiciste. ¿Por qué?

—Porque creo que puedo ayudar a esos hombres y mujeres, sacarlos de allí donde estén.

Mierda.

—¿Y cuál es tu plan? —Mi pregunta sonaba a mofa, dudaba seriamente de que ella fuera capaz de parar todo esto sola.

—Ya no hay plan. Vi lo que le habían hecho a Zack, su cuerpo magullado y roto, toda la sangre que había perdido en aquella nave... Me hicieron saber que lo habían estado torturando.

Entonces era la sangre de él la que habían estado limpiando antes de que Tak y yo entráramos allí.

—Son peligrosos, Kwan. Por eso te pedí que huyeras.

Había algo que...

—¿Por qué te han dejado marchar? —repetí—. No me has traicionado, no has hecho lo que esperaban.

—Porque trabajaré para ellos, ya te lo he dicho.

Mentía y lo estaba haciendo en mi puta cara.

—No sé cómo te proteges de Paxton —continuó Joyce—, pero sigue así, que no puedan alcanzarte jamás. Juro que pensé que todo esto era investigación médica legal, ahora sé que no lo es y que yo he contribuido a hacerte sufrir.

—Ya te dije que si no sabías nada...

—Y no lo sabía —argumentó—, pero ahora tengo la confirmación.

Me giré y vi el dolor en sus ojos.

—Adivino que Zack fue el que me sacó de la carretera e incendió el coche para atraparme. ¿Cómo sé que tú no tuviste nada que ver?

—No tuve nada que ver, Kwan —afirmó—. Paxton lo contrató al ver que yo no te había entregado. Se aprovecharon de sus celos y de que siempre iba debiendo dinero a causa de las timbas. Pero le salió mal y ahora sé que me mostraron el cuerpo moribundo de Zack como advertencia.

—¿Y qué hay de ti?

—También acepté dinero y lo cierto es que ni lo recordaba. Pero me acababa de quedar sin trabajo y por eso...

Joder, esto se estaba poniendo interesante.

—¿Recibiste dinero a cambio de atraparme? —grazné.

Bajó la cabeza.

—Solo tenía que encontrar a un paciente, Kwan. No sabía el alcance...

—Y, ¿qué piensas hacer ahora? —volví a interrumpirla.

Levantó el rostro y me encaró.

—Les diré que me descubriste y te largaste... y que ya no me interesa ese trabajo.

Sonreí ante su ingenuidad.

—¿Y crees que te dejarán marchar? Viste a Zack medio muerto, has visto esa lista de

nombres. Sabes lo que hacen con personas como yo. No, Joy, no te dejarán en paz, podrías denunciarlos y descubrir todo lo que hay dentro de esos laboratorios. De hecho, me extraña que sigas viva. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Estaba siendo duro con ella, pero necesitaba que abriera los ojos a la realidad.

—No te estoy ocultando nada —mintió... otra vez.

—¿Estás segura?

Se levantó de la cama y cogió la mochila que había soltado en el suelo, al lado de la entrada.

—He llegado a quererte, Kwan. Me enamoré de ti el primer día que te vi. Nadie merece pasar por lo que tú has pasado. Hazme caso y vuelve a Atlanta, sé arreglármelas sola.

Abrió la puerta y salió tras ella dispuesto a detenerla. ¿Me quería? ¿Se había enamorado de mí? ¿Y yo? ¿Qué sentía yo por ella? Era algo que me era ajeno. Tal vez, esas ganas de querer estar con ella, de tenerla debajo de mi cuerpo, de desearla... Podría ser amor, sí. Pero tenía un sabor amargo.

Iba a entregarme para conseguir un puesto en ese laboratorio y me estaba costando trabajo digerirlo.

—¡Espera! —gruñí.

Pero los gritos de Jasmine nos detuvieron a los dos de golpe.

—¡Eres un idiota! ¿Qué pensabas que era esto?

Estaba en la puerta de la habitación de Tak arreglándose el vestido. ¿Qué coño había entre esos dos?

—Nena, no seas cabezota. Estás completamente enamorada de mí. —Desde luego, nadie ganaba a Tak en sutileza.

—¡Y una mierda! ¡Solo eres un buen polvo, jodido narcisista!

Vaya, ¿ya habían resuelto esa tensión sexual? Y yo sin enterarme, bueno, ni yo ni Zev. Ahora comprendía sus ausencias, seguro que, si lo comprobaba, eran las mismas que las de Jasmine.

Esos dos estaban liados. Sin embargo, ella se hospedaba en otro hotel. Tal vez, por estas broncas.

—Follo de puta madre. Anda, vuelve. En menos de diez minutos me pedirás que me case contigo. Lo que ha pasado antes ha sido un desliz, no volverá a ocurrir, te lo prometo.

—Que te jodan, Tak.

Cuando se dio la vuelta nos encontró a Joy y a mí observándolos con atención. Y fue entonces, antes de que desviara la mirada, cuando Jasmine pasó llorando por nuestro lado. Tak no había visto esas lágrimas, pero yo sí.

—¿Qué coño has hecho? —incredulo a mi socio.

—Apreciarla demasiado. ¡Qué sé yo! No entiendo a las mujeres, tío —protestó cerrando de golpe.

Sacudí la cabeza.

—Hay que joderse.

—Ese hombre está fatal —murmuró Joy haciendo que me centrara de nuevo en ella.

La cogí de la muñeca y la metí a rastras en la habitación. No estaba dispuesto a discutir la cordura de Tak con ella, había cosas más importantes entre nosotros.

—¡Kwan! —chilló.

—No puedes irte.

—Oh, sí puedo —decretó, volviendo a abrir la puerta.

—Me importas, Joy —confesé plantando la mano en la madera y empujando para cerrarla.

—Pues no debería importarte. Sigue con tu vida.

La acorralé contra la puerta.

—No puedo —murmuré contra sus labios.

—Pero piensas que iba a traicionarte.

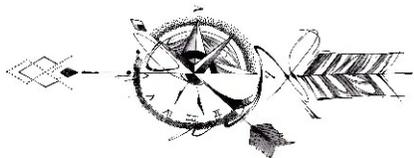
—¿No ibas a hacerlo?

—No. Al menos, ya no.

Ya me dolía que me hubiera mentido, pero había algo más e iba a averiguarlo. También estaba el hecho de que seguía deseándola, intuía que era la mujer que había estado esperando toda mi vida.

Aunque me estaba costando confiar en ella.

Capítulo diecinueve



Kwan me desnudó contra la puerta y no me resistí, tenía tanta necesidad de él que me daba igual haber discutido y haberle mentado en el proceso. En poco tiempo me iría y jamás volvería a verle, esto era una despedida.

Se quitó la camiseta y desabrochó los pantalones para liberar su polla e introducirse de golpe en mí, levantándose para que anclara las piernas alrededor de su cintura.

Un largo gemido salió de mi boca y al mismo tiempo sus dientes se clavaron suavemente en mi cuello. Gruñó y me besó como un salvaje mientras entraba y salía con fuerza, obligando a mi cuerpo a reaccionar y salir en su busca. Atesorando cada momento, yo también lo besé con devoción. Este hombre sabía cómo tratar a una mujer y me sentía afortunada.

Lo abracé queriéndome fundir contra su pecho y me dejé ir gimiendo, al mismo tiempo que él. Apoyó su frente en la mía, los dos estábamos sudando y seguía soportando mi peso, aunque no parecía importarle demasiado.

—Lo arreglaremos —murmuró.

—Lo sé. —No quería decepcionarlo ni explicarle lo de mi hermana; se ofrecería a ayudarme y no iba a dejarle correr ese riesgo.

Era consciente de que no podía irme así como así. Ya había notado que tenía el sueño ligero y el oído muy fino. Tenía que ingeniármelas para salir sin que se enterara de mi ausencia.

Unos golpes en la puerta me hicieron pegar un brinco. Kwan puso los ojos en blanco.

—Estoy ocupado —gruñó.

—Pues desocúpate, os esperamos en la habitación de Zev —anunció Takeshi, puesto que reconocí su voz.

—Enseguida vamos —contestó Kwan con fastidio.

Me dejó en el suelo y me miró.

—Lo siento, prometo dedicarte más tiempo, Joy.

¿Y si le decía que quería ducharme primero? ¿Me dejaría sola o me esperaría...? Lo más probable sería que me esperara.

Me estaba impacientando, tenía que alejarme de él, los tipos que vigilaban mi casa ya debían saber que yo no estaba y estarían buscándome. Mi hermana correría peligro en las siguientes horas. Y Kwan...

Kwan debía olvidarse de mí.

Terminamos los dos en la ducha otra media hora más. Nos era imposible quitarnos las manos de encima.

—Ya era hora —nos soltó Tak a modo de saludo cuando acudimos.

Estaban repartidos por las distintas sillas de la habitación. Jasmine tenía la mirada perdida en un ordenador portátil y podía ver el dolor en sus ojos.

—Hola, Joyce. ¿Cómo estás? —preguntó Zev.

—Bien, supongo que esperáis una explicación, ya que seguís aquí —les recriminé—. Aunque no entiendo qué tiene que ver esto con vosotros, es a Kwan al que andan buscando.

Zev juntó las cejas y miró a Kwan.

—¿No se lo has contado?

—No.

—Jodido idiota reservado. —Tak se levantó y señaló al hombre a mi lado—. Tiene que saberlo, al fin y al cabo, tiene información y no la vamos a dejar marchar.

—¿Qué? ¡No podéis hacer eso! —discutí.

—Oh, sí pueden y lo harán. Así que relájate y cuéntanos todo lo que sepas. —Me extrañó que esa chica, Jasmine, me hablara así.

—Yo me encargaré de ella, ¡dejad de amenazarla! —explotó Kwan.

Todos nos quedamos en silencio, hasta que Kwan cogió mi mano y nos sentamos en un sofá frente a ellos.

—Explícales lo que me has descrito a mí. Te prometo que no queremos retenerte, yo no lo consentiré.

Esas palabras me tranquilizaron, quería apoyarme en él, confiar. Pero la mirada con la que le obsequiaron sus amigos me hacía dudar de que hablara en serio.

Veinte minutos más tarde ya nos habíamos puesto al día y yo estaba realmente asombrada y llena de contradicciones.

—¿Vosotros también pasasteis por todo eso? —pregunté.

—Y cosas que no sabes —declaró Zev.

Los habían secuestrado a los tres y habían abusado de sus mentes y de sus cuerpos. ¿Para qué clase de personas había estado trabajando?

Tak se levantó de golpe y me asusté, me había quedado ensimismada en mis pensamientos.

—Vámonos todos a Atlanta, tenemos que poner toda esta información en conocimiento de... nuestros contactos —propuso Zev—. Nada te retiene aquí, Joyce —dijo después, dirigiéndose a mí.

Oh, sí había algo, pero me negaba a confesarlo.

—No, vamos a por ellos, vi a Paxton en el vídeo de la reunión. —Takeshi se mostraba entusiasmado y en sus ojos había algo así como sed de sangre.

—¿Conocíais a Paxton?

—Sí, Joyce. Tenemos muchas pruebas y todas están en manos del FBI. —Sabía que intentaba asustarme y lo estaba consiguiendo—. Tú asististe, al menos, a una de esas reuniones.

—Se hablaba de trabajo, nada más —me defendí.

—Ya os lo ha explicado, ahora nos vamos.

Kwan no esperó contestación y, cogiéndome el brazo, me llevó con él hacia la puerta.

—¡Espera! No puede irse —contradijo Tak.

Kwan se detuvo en seco y lo señaló a él y luego a Jasmine.

—Arreglad vuestros asuntos y dejad que yo haga lo mismo, ¿estamos?

Antes de salir por la puerta pude ver la cara de sorpresa de Zev y la de reproche de los otros dos. Pero imaginé que Kwan les había dado algo en lo que ocuparse para que no insistieran en mí.

—En serio, Kwan, no voy a ir a Atlanta —le dije por enésima vez desde que habíamos vuelto a su habitación.

—Entonces me quedaré contigo —rebatíó.

—¡No!

Vino hacia a mí y me abrazó por detrás mientras los dos mirábamos por la ventana.

—Nena, no voy a dejarte en manos de esos tíos.

Él y su empeñamiento en protegerme. Eso hacía que lo amara aún más y me ponía las cosas difíciles.

—Y no lo harás, me iré con mi familia.

Me cogió por los hombros y me obligó a encararlo.

—Los vas a poner en peligro.

De acuerdo, en eso tenía razón, necesitaba centrarme y buscar una excusa creíble.

—¿Por qué no quieres venir conmigo? —preguntó preocupado—. Podríamos poner esto en las manos adecuadas y todos terminarán detenidos.

—Nos acabamos de conocer, no voy a ir a Atlanta... Creo que deberíamos darnos un tiempo.

Me empezaron a temblar las manos por lo que acababa de decir. Y las junté en un puño apretado, al mismo tiempo que veía cómo su semblante cambiaba a cámara lenta, sus ojos se volvieron fríos y sus labios formaron una línea recta.

—¿Así que es eso? —inquirió con voz seca y desprovista de emociones.

—Lo siento, acababa de salir de una relación cuando te conocí, no quiero precipitarme. —Mi propia mentira me hacía daño.

Cuando dio dos pasos atrás, me giré para mirarlo; Kwan ya no parecía el mismo, estaba serio y distante. Y, aunque solo nos separaban un par de metros, podía notar el frío que había dejado a mi alrededor. Mi corazón estaba dando gritos dentro de mi pecho y yo lo estaba ignorando deliberadamente.

—¿Tiene algo que ver con lo que te hemos contado?

—No, por favor —dije alargando la mano, pero dejándola caer para no tener otra vez su contacto, me sería más difícil alejarme de él—. No pienses eso, solo fuisteis víctimas en sus manos.

Me señaló la puerta.

—Vete, supongo que aquí se termina todo.

Volví a recoger mi mochila y me encaminé hacia la salida.

—Lo siento —dije antes de cerrar la puerta a mi espalda.

Después de todo, había sido fácil. Tal vez, él no sentía lo mismo por mí y solo había sido una más. Sí, pretendía protegerme, pero después de lo que me habían contado, suponía que eran así con todo el mundo. Esos hombres lo habían pasado tan mal que se sentían en la obligación de ocuparse de personas que, como yo, corríamos peligro.

Jasmine me había hecho muchas preguntas, después de hacerme saber que era periodista, y no dudé en contestar a todas y cada una de ellas, siendo lo más sincera posible.

Pedí un taxi y, en cuanto me senté en el asiento trasero, las lágrimas corrieron otra vez por mis mejillas. Acababa de perder a Kwan, un hombre que, estaba segura, me hubiera dado todo lo que deseaba en una pareja y el destino me lo estaba arrebatando. No me quedaba más que intentar sacar a mi hermana de allí y poner el asunto en conocimiento de las autoridades.

Después me lamería las heridas, no ahora. Así que me sequé las malditas lágrimas y me enderecé en el asiento. El conductor me echó un vistazo.

—Señorita, ¿está usted bien?

—Sí, gracias. —Esperaba que mi tono le diera a entender que no estaba dispuesta a contarle

mi frágil, complicada y recién arruinada vida.

Por suerte, no preguntó nada más. Por primera vez en mi vida, había dado con un taxista poco interesado en los asuntos de sus pasajeros.

Cuando el coche giró por la esquina de mi calle, ya vi a los hombres que me estaban esperando. Uno sacó un teléfono y habló sin perderme de vista mientras pagaba la carrera y me bajaba para ir a su encuentro.

Caminé decidida hacia ellos.

—Tengo que ver a Paxton.

El más cercano me abrió la puerta trasera del sedán negro y me lo señaló con la mano.

—No te preocupes, él también tendrá unas palabras contigo —declaró con una sonrisa falsa.

Los dos se sentaron en los asientos delanteros.

—Has logrado escapar y eso ha cabreado al jefe —gruñó el que iba en el asiento del copiloto—. Y tu aventura nos ha dejado a nosotros en muy mal lugar.

Giró para dedicarme una mirada de odio que se me clavó en el alma.

—Déjala —advirtió el conductor.

—¿Qué la deje? Deberíamos darle una buena lección antes de entregársela a Paxton. Hemos quedado como unos peleles.

Me puse en guardia y un abrumador temor se me instaló en el estómago, sobre todo, porque el conductor parecía estar valorando las palabras de su compañero.

—Será peor para nosotros, dejaremos que él se encargue. Ya vio lo que hicimos con ese novio suyo.

«Están intentando asustarte», me dije a mí misma para tranquilizarme, aunque apenas lo estaba consiguiendo.

—Maldita zorra —me insultó el agraviado.

Quería contestar, decirles lo que pensaba de ellos e incluso atacarlos, a pesar de que saldría perdiendo. Pero algo me decía que debía permanecer quieta y aprovecharme del precario equilibrio que había ahora dentro del habitáculo.

—¿No dices nada? —me provocó el copiloto.

—Que os jodan. —Las palabras salieron de mi boca antes de poder detenerlas.

Para mi sorpresa se echaron a reír y me dejaron desconcertada. Estaba asustada, pero por mi hermana me enfrentaría a Paxton y a esos dos idiotas.

Capítulo veinte



Llamé a Josh con insistencia, el muy cabrón no me cogía la llamada y eso me estaba cabreando.

—Kwan...

—¿Dónde cojones estabas? Llevo media hora intentando dar contigo —le reocriminé en cuanto contestó.

—Lo siento, tenía que atender una filtración.

—¿Filtración?

—Sí, una de nuestras empresas estaba haciendo llamadas muy insistentes y me he colado en sus servidores. He copiado correos electrónicos y el nombre de Paxton aparece varias veces.

—¿Empresas farmacéuticas?

—No, de la oficina del fiscal de Philadelphia.

Joder, eso sí que no lo esperaba.

—¿Has hablado con Zev o Tak?

—Acabo de colgar, Jasmine también está informada.

—Llama a Hache.

—Ya lo he hecho, está sobre el asunto.

Josh era un *crack* de la informática y, además, un tío muy inteligente pese a su juventud.

—Perfecto. Necesito que estés sobre ella. Se ha largado y no quiero perderla.

Lo oí teclear y maldecir.

—Va en dirección a Sacramento. Utiliza la *tablet*, te paso la aplicación y tú mismo podrás hacer el seguimiento.

—De acuerdo, gracias. Mantennos informados sobre el asunto de la fiscalía. Que estén en contacto con Paxton no puede augurar nada bueno. ¿Has comprobado la lista que encontramos?

—Sí, todos están enterrados en cementerios militares con sus cruces, sus flores y sus nombres. Nadie los está buscando.

—Mierda. Hache tenía razón, las familias están enterrando sacos de arena.

—Es por eso que impiden abrir los féretros —argumentó.

—Tenemos que terminar con esto —gruñí entre dientes.

—Lo conseguiremos, Kwan. Ahora ocúpate de tu chica y deja esto para Hache.

Tenía razón, debía ocuparme de Joy, *mi chica*, y ver hasta dónde me conducía, solo esperaba que no la rozaran siquiera. Pero retenerla a la fuerza hubiera conseguido el efecto contrario, hubiera intentado escapar de todas formas. Tenía ese pálpito, ese que me alertaba de que estaba ocultando algo y tenía que averiguarlo.

¿Darnos tiempo? Y una mierda, sus ojos no me habían engañado, incluso su postura me decía que necesitaba hacer, lo que fuera que rondara en su cabeza, sola. Y sospechaba que se iba a

poner en peligro. La iba a controlar como un jodido acosador.

Cuando corté la llamada miré la *tablet* e instalé la aplicación. Ya la tenía en mi radar e iba a salir tras ella, cuando unos golpes me obligaron a atender a quien estuviera al otro lado, con ganas de tocarme los cojones.

—¿Te has vuelto loco? —me lanzó Jasmine.

—No, sé lo que hago —me defendí.

—Tío, deberías hacértelo mirar. Va directa al desastre —masculló Tak—. Paxton está metido en esto, aunque debíamos haberlo imaginado.

—Dejadle hablar —pidió Zev.

—Gracias —ironicé.

Los observé atentamente antes de exponer mi plan.

—La he dejado ir porque es la única manera de saber dónde está Paxton. Josh me envió uno de nuestros juguetitos, el más pequeño, y lo lleva en la mochila.

—¿Y si la pierde? También la perderás a ella —objetó Jasmine.

—Intentaré que eso no ocurra.

—Nunca pensé que la dejarías marchar —murmuró Zev.

—Tampoco podía retenerla contra su voluntad.

—Como si eso fuera un impedimento para nosotros —siseó Tak.

—Con gente desconocida, nunca con personas que nos importan. No somos animales, Tak —despotriqué.

—Eso es cierto —secundó Zev—. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Me quedo con las llaves del coche, ahora es demasiado pronto para seguirla, sé qué camino ha tomado. En cuanto se detenga saldremos tras ella.

Zev mantuvo su mirada en mí más tiempo de lo normal, pero finalmente asintió y se fue murmurando que iba a llamar a Allison. En cuanto todos salieron de la habitación me preparé para largarme. No, ellos no vendrían conmigo, ya había amenazado a Josh sobre informarlos de dónde estaría durante las próximas horas. No había forma de que los pusiera en peligro.

Esperé un tiempo prudencial sin dejar de observar el puntito rojo en la pantalla y salí al pasillo justo a tiempo de ver entrar a Tak en la habitación de Zev y observar cómo se agachaba, esquivando algo que Jasmine le había lanzado a la cabeza.

—Maldita sea, cariño. No puedes romper la parafernalia del hotel, contrólate —gruñó, aún en cuclillas y cubriéndose la cabeza con un brazo.

Aun así, entró. Supuse que dispuesto a que la periodista le dejara los huevos tan hinchados como dos balones de playa. Negué con la cabeza y enfilé las escaleras de servicio en busca del coche.

—Mierda —maldije nada más abrir la puerta de acceso al *parking*.

Zev estaba apoyado en la puerta del coche con los brazos cruzados y una media sonrisa complaciente.

—Tak puede estar entretenido dentro de las bragas de Jasmine y tener su calenturienta mente ocupada, pero a mí no me la pegas, capullo.

Metí la bolsa que llevaba colgada al hombro en el coche, obligándolo a que se apartara, y apoyé una mano encima del techo.

—Solamente voy a asegurarme de que sigue viva, si os tengo que llamar, lo haré.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy, ahora deja de darme el coñazo. Te llamaré. —Me metí en el coche y arranqué el

motor.

—Tráela a Atlanta, esa mujer te importa demasiado —argumentó apoyando las dos manos en cuanto bajé el cristal de la ventanilla.

Solté el aire por la nariz.

—No puedo obligarla.

—Puedes convencerla o... ¿hay algo que quieras contarme?

—En cuanto localicemos ese laboratorio, dejaremos que Hache se ocupe. Solo entonces podré decidir si viene o no —zanjé.

Eché un vistazo a la *tablet* y vi que el punto rojo seguía en movimiento.

—No sé qué pretende hacer, pero intuía que ella volvería a ese lugar. Es por eso que la he dejado marchar, ahora no puedo fallarle, Zev.

Se apartó asintiendo.

—Confío en tu palabra.

—Hazlo. Contactaré. La detendré antes de que llegue a entrar allí.

Puse la primera marcha y salí a la calle dejando a un Zev más que pensativo.

Cogí velocidad en la autopista, cada vez me podía más la ansiedad, la había puesto en peligro por no permitirme retenerla. No entraba en mis planes atarla a la cama, yo no era así, aunque la sola imagen me la pusiera dura. Esperaba llegar hasta ella en cuanto detuviera el coche en ese lugar y salir deprisa de la zona.

Dos horas después estaba bordeando el recinto en donde se encontraba Joy, entré a pie, caminando por detrás de un grupo de altos arbustos, no la había alcanzado a tiempo por culpa de un accidente que había provocado retenciones.

Al llegar a la blanca fachada, vi un ventanuco a ras de suelo y lo forcé, logré meterme por él y caer a un sótano con un desagradable olor que me recordaba a aquellos tiempos difíciles. ¿Había dado con otro de esos horribles lugares?

Esta parecía una habitación de almacenamiento, había toallas y sábanas, un par de lavadoras industriales y cantidades ingentes de botellas de lejía y otros productos químicos. Tal vez debería llamar en este preciso instante a mis socios, pero no había encontrado a Joy todavía.

La poca luz que entraba desde el exterior se filtraba por la ventana por la que me había colado y, de repente, algo la cubrió y me quedé en la más completa oscuridad. Pero tenía ubicada la puerta, así que fui hacia ella sabiendo que había alguien al otro lado, aunque antes tiré el teléfono móvil por una rejilla de ventilación.

Ni siquiera había llegado a tocar la maldita puerta, cuando esta se abrió de golpe y al menos dos hombres me apuntaron con sendos fusiles.

Me habían atrapado.

¿Cómo cojones había sido tan descuidado? ¿Joyce habría alertado de mi presencia, intuyendo que la seguiría de nuevo?

—Registradlo —dijo uno de los que me apuntaban.

Más hombres vestidos con ropas militares negras aparecieron por detrás de los primeros; en total eran cuatro y uno de ellos me cacheaba siguiendo las órdenes recibidas.

—No va armado —informó.

—Hay que ser idiota —se mofó otro.

Sonreí enseñando todos los dientes y me abalancé sobre uno de ellos, provocando así que me dispararan y una bala me alcanzara en el brazo, atravesándolo. Iba a entrar ahí como fuera, aunque me hirieran en el proceso. Mis heridas no durarían mucho tiempo.

Todo iba según lo previsto, hasta que me dispararon un jodido dardo.

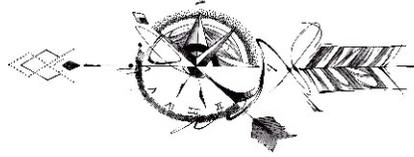
Mis rodillas cedieron justo después de haber roto un brazo y la nariz a mi contrincante, que no tuvo ninguna oportunidad de defenderse: lo había pillado por sorpresa.

Mis recuerdos se dispararon a gran velocidad y, aunque logré arrancar el dardo del hombro, el medicamento ya había entrado en mi sistema. Intenté mantenerme despierto, pero fue imposible.

—Llévdselo a Paxton.

Paxton... ese gran hijo de puta.

Capítulo veintiuno



*En algún lugar de California, Estados Unidos.
Seis años atrás.*

Alguien me zarandé y lentamente abrí los ojos preparado para defenderme, aunque pronto descubrí que estaba atado.

—Vamos, Kwan. Te necesito despierto —masculló el doctor Archer dándome cachetes en las mejillas.

Su cara de sádico era todo lo que podía ver ante mis ojos; era repugnante.

Levanté la cabeza y vi mi pierna izquierda inmovilizada entre unos hierros. Sabía lo que iba a pasar y me revolví gruñendo, maldiciendo y amenazando con matar con mis propias manos a ese tarado. Aunque debido a la mordaza no me entendía ni yo mismo.

El golpe fue seco y mi grito áspero, noté como cada uno de los huesos de la rodilla para abajo se partían en mil pedazos. Hijo de puta.

—¿Lo ves? —escuché entre brumas—. Los huesos se vuelven a soldar a una velocidad increíble. Nuestros avances son buenos, Paxton.

¿Quién coño era Paxton?

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba en esa maldita camilla, horas o, tal vez, días.

—Lástima que no se pueda reconocer su labor, doctor Archer...

La risa engreída de Archer retumbó en toda la sala.

—Algún día...

—Jamás —cortó Paxton.

—Ellos nos protegen.

Fue entonces cuando tuve serias sospechas de quién andaba detrás de los experimentos. Ahí había un buen entramado, pero ¿qué podíamos hacer Tak, Zev y yo desde allí adentro?

Esta vez fue Paxton el que soltó una carcajada. Lo miré sin abrir del todo los ojos y observé a un tipo trajeado, con el pelo engominado y aires de superioridad. Miraba mi pierna herida como si estuviera viendo un diamante, sus ojos proyectaban lo orgulloso que estaba de haber podido presenciar la rápida curación.

—No me fío de los políticos, doctor.

—Nos pagan bien —argumentó Archer.

—No lo suficiente. —Se podía advertir la avaricia que desprendían sus palabras.

Y todo a costa de nosotros, de nuestros cuerpos expuestos y de nuestro sufrimiento.

—¿Quiere ver las instalaciones? —ofreció Archer.

—Por supuesto. ¿Cómo responden los otros individuos?

Se iban alejando dejándome allí, atado y amordazado a merced del dolor. Gruñí y tiré con fuerza de las cadenas que sostenían mis brazos.

—Dadle un calmante y llevadlo de vuelta a su celda —ordenó el doctor antes de cerrar la puerta tras de sí.

Malditos cabrones.

Para cuando me metieron en la celda de cristal y pude levantarme, mi pierna ya soportaba mi peso. Miré a Tak y a Zev, el primero tumbado en el suelo mirando fijamente el techo y el segundo incorporándose después de haber estado sentado en el borde del catre, atornillado al suelo, que cada uno teníamos para dormir.

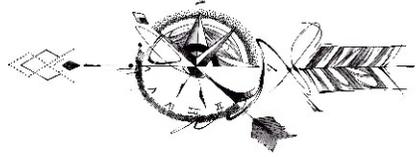
Levanté una ceja y Zev sostuvo tres dedos en el aire. ¿Tres días? ¿Habían experimentado conmigo durante tres días?

—Van a morir —vocalicé, ya que el sonido no atravesaba el cristal.

Zev asintió, Tak ni siquiera me miró. Aunque no hizo falta, sabía cómo se sentía y lo que sería capaz de hacer si lográbamos escapar.

Unos meses después, cuando pudimos huir, quedó confirmado; y él... más tarado de lo que pensábamos.

Capítulo veintidós



*Sacramento, California. Estados Unidos.
Laboratorios centrales de la Farmacéutica Olof.
En la actualidad.*

Llevaba un par de horas encerrado en una habitación cuando la puerta se abrió, entró una enfermera con una bandeja metálica y nos encerraron a los dos. Llevaba mascarilla quirúrgica, pero la reconocí.

—¿Joy?

Sus ojos buscaron los míos y negó, casi imperceptiblemente, con la cabeza.

¿No? No, ¿qué? ¿Debía fingir que no la reconocía? Tal vez eso nos salvaría.

Miré el contenido de la bandeja, iba a extraerme sangre.

—No lo hagas —gruñí susurrando.

Sus ojos parecían ignorar mi petición. Aunque no me mantenía la mirada más de un segundo.

Me incliné intentando captar su atención.

—¿Por qué haces esto? ¿Te están obligando?

Siseó y dio un vistazo a la puerta.

—Está bien, hazlo —permití—. Pero tenemos que salir de aquí.

Volvió a negar con la cabeza mientras me ponía una cinta elástica en el brazo.

—No hablas... —Mis ojos fueron a su escote y entonces lo vi, llevaba un micrófono pegado a su piel.

—¡Eh! ¡Paxton! —grité haciendo que Joy diera un paso atrás—. ¿Por qué no vienes a verme? ¿Prefieres que vaya yo? —Después le quité el micro, lo tenía pegado al sujetador, era muy pequeño. La mirada horrorizada de mi chica, junto a sus vanos intentos por impedírmelo, me dejaron descolocado. Aun así, seguí con lo mío, lo tiré al suelo y lo pisoteé.

Ya la había visto, ahora estaba seguro de que ella estaba bien. Así que esa puerta no significaba mucho para mí.

Me arranqué la aguja y le pedí silencio llevándome un dedo a los labios. Fui hasta la puerta y di un par de golpes. Joy tiró de mi brazo y negó con la cabeza.

—¿No sabes hacer nada más que negarlo todo, Joy? —inquirí cabreado.

Me tuve que recordar a mí mismo que esa chica era única y que me había enamorado de ella, no me importaba una mierda reconocerlo a esas alturas. A pesar de que ella no se mostraba muy complaciente con mi actitud.

Una lágrima resbaló por su piel, escondiéndose bajo la mascarilla. Pero no me dio tiempo a

consolarla. La puerta se abrió y un hombre me apuntó con una pistola. Lo desarmé fácilmente y le metí una bala en la frente, cogí la muñeca de Joy y accedimos a un pasillo lleno de humedad. Disparé a todo lo que se movía y tuve que emplearme a fondo para que Joy siguiera mi ritmo. No parecía querer seguirme y no iba a consentir que se quedara atrás.

—Quítate la bata y la mascarilla, no queremos llamar la atención —ordené buscando una salida.

Me hizo caso y lo hizo sin apenas detenerse. No podía mirarla todo el tiempo, solo asegurarme de que se mantenía cerca de mí. Escuchábamos el sonido de gente correr y sabía que, si no hallábamos una escapatoria, nos matarían a los dos. En realidad, y pensándolo con la mente fría, a ella la matarían, a mí me utilizarían como a una maldita cobaya de laboratorio. No pensaba volver a pasar por eso. Ni consentir que la atraparan. Joy era demasiado importante para mí.

—Vamos, por esa ventana.

La ayudé a salir, estábamos en una oficina, y salté tras ella, la altura no superaba los dos metros.

Volví a tirar de su mano cuando nos llovieron las balas. Pero seguimos corriendo hasta alcanzar un grupo de árboles de tronco ancho, a unos escasos veinte metros. Apoyé la espalda contra uno de ellos y la abracé contra mi pecho. No había gritado, a pesar de que debía estar asustada. Algo en su olor, el que conocía tan bien, había cambiado. Tal vez había ingerido alguna droga.

—Tranquila, lo lograremos —la animé besando sus labios y percatándome de que se le estaban doblando las rodillas—. ¿Joy?

Se había desmayado, la levanté en brazos, a pesar de mi propia herida, y entonces vi la sangre empapando sus pantalones vaqueros, la habían herido en el muslo, aunque parecía superficial. Las voces de los hombres eran cada vez más cercanas.

Tenía un asunto pendiente con Paxton, pero ya encontraría el momento. La prioridad era ella.

Corrí para atravesar el grupo de árboles, rezando para encontrar algún sitio donde escondernos. También debía reconocer que necesitaba ayuda inmediata y no tenía ningún teléfono con el que comunicarme. Pensaba que Tak era el tarado, pero yo había actuado sin pensar en ellos, solo en encontrar el lugar y sacar a Joy.

Un escalofrío serpenteó por todo mi cuerpo, no estaba dispuesto a dejar que nos atraparan. Su peso no significó nada para mí, que terminé deslizándome sin soltarla por unas escarpadas rocas. Mis pantalones sufrieron las consecuencias y parte de la piel de mis muslos también, pero nada me detendría hasta ponernos a salvo. Tenía que dar un buen rodeo para llegar hasta el coche, suponiendo que no lo hubieran descubierto.

Finalmente lo conseguí, metí a Joy con sumo cuidado en el asiento trasero y volví a comprobar su pulso, seguía estable, pero no despertaba.

—Joy...

No podía perder más tiempo, así que rompí una camiseta que había dejado tirada en algún momento dentro del coche y envolví la herida de su pierna con ella.

Arranqué y salí a toda velocidad, buscando la carretera principal. Había dejado las llaves puestas y eso me daba ventaja.

—Joy, nena.

La veía zarandearse con el movimiento del vehículo. Eché una mano hacia atrás, entre los asientos, y busqué la suya. Estaba fría, helada.

—¿Qué te han hecho? —siseé cabreado.

Un cartel me avisó de que había una gasolinera cerca y no lo pensé. Detuve el coche en la mismísima puerta de acceso a la tienda y compré un móvil desechable, sin quitarle el ojo al coche y a la preciosa carga dentro de él.

—Quédese con el cambio —ofrecí antes de salir.

Por suerte, también había dejado mi cartera en el coche antes de adentrarme en ese laboratorio. No quise dar ninguna pista de que no iba solo al vendedor, que me seguía con la mirada mientras repostaba. De nuevo en la carretera, salí de ella en cuanto vi un camino de tierra, unos diez kilómetros más allá.

Abrí la puerta trasera y Joy gimió.

—Joy. —Cogí su cara entre mis manos y abrió los ojos confusa—. Pronto estarás bien, cariño. Voy a curarte la pierna, te han herido.

Frunció el ceño e intentó incorporarse, apartando mis manos de su rostro.

—Espera, te ayudaré a quitarte los pantalones.

Puso sus manos sobre las mías, que ya iban a desabrochar el botón.

—¿Qué pasa? No es como si no te hubiera visto desnuda...

Y ahí fue cuando lo vi; un gesto, su olor al acercarme otra vez, la manera en que me rehuía la mirada.

—No eres Joyce —afirmé apartándome, sorprendido por el gran parecido.

Negó con la cabeza.

—Eres su hermana —continué conjeturando y sintiéndome bastante gilipollas.

Afirmó de nuevo.

—¿Dónde está Joy? ¡Habla! —gruñí cruzándome de brazos.

Sus manos volaron delante de su rostro, creando así el lenguaje de signos utilizado por los sordomudos.

—¿Qué coño?! —grité en medio de la confusión, haciendo que ella detuviera su diatriba y me mirara levantando una ceja.

Me llevé las manos a la cabeza e intenté calmarme.

—Mira, sabía que ella tenía una hermana, pero no me dijo que fuerais gemelas. Ni que fueras sordomuda. ¡Y no entiendo una mierda de lo que te esfuerzas en explicarme! —Solté perdiendo de nuevo los estribos.

Se encogió en el asiento e hizo una mueca de dolor. Me estaba comportando como un maldito macarra y ella no tenía la culpa... ¿o sí? Me había clavado una aguja, joder.

—¿Sabes leer los labios?

Tardó un poco en contestar, pero cabeceó afirmando.

—¿De qué lado estás? ¿Te han utilizado para atrapar a Joyce?

Negó de nuevo y me pidió algo para escribir fingiendo hacerlo en el aire.

De todas las mierdas que nos habían obligado a aprender en aquel puto lugar, nada me había preparado para el lenguaje de signos, no tenía ni idea.

—Maldita sea, espera.

Abrí la guantera y tiré todo lo que había dentro en el asiento del copiloto. Encontré un bolígrafo y una pequeña libreta en la que solo quedaban un par de hojas en blanco.

—Puedes escribir aquí —dije asegurándome de que leía mis labios y esforzándome en la vocalización.

Escribió deprisa y me la tendió.

«Solo me han obligado a sacarte sangre y a llevar el micrófono. No sé dónde está mi hermana,

pero ha venido. Me habló de ti hace unos días, eres Kwan, ¿verdad?».

—Sí, soy Kwan —confirmé.

Eso pareció envalentonarla y me quitó de nuevo la libreta de las manos, en una maniobra rápida, a pesar de la herida.

Escribió y me lo mostró con aire de suficiencia. Supuse que, al haber adivinado quién era yo, sabría que no iba a hacerle ningún daño.

«Pues es un placer conocerte al fin, imbécil».

Levanté las cejas mientras ella volvía a escribir. Joder con la gemela.

«Y como vuelvas a besarme te corto las rastas y las pelotas, da igual el orden, ¿estamos?».

—Estamos. Te confundí con ella... como sea que te llames —mascullé cerca de su cara.

«Puedes llamarme Elsie».

Esta vez le arranqué el bolígrafo de las manos.

—Perfecto, Elsie. Ya no más escritura para ti. Ahora voy a curarte esa herida y buscaremos algún sitio donde puedas explicarme cómo sacar a Joyce de ese lugar. Mientras, te mantendrás calladita —dije con una media sonrisa canalla que no pude evitar.

Levantó el dedo medio y arrugó la nariz. Y ese puto gesto en su rostro me recordó tanto a su hermana que empecé a sentir un dolor muy real en el pecho. Tenía que ir a por ella, pero no podía dejar sola a la gemela cabrona.

Solté el aire.

—Vamos, déjame ver esa herida.

Me hizo un gesto para que me diese la vuelta mientras se desvestía. Esperaba que no aprovechara la ocasión para escapar, se podría decir que yo no estaba para hostias, así que por el rabillo del ojo no me perdí ninguno de sus movimientos.

Me dediqué a curarla con lo que había comprado en la gasolinera y fui consciente de que su cuerpo medio desnudo, aunque se había tapado con mi cazadora a modo de minifalda, no me atraía tanto como el de su hermana. No sentí deseo, tal vez eso, de no haber sabido que no era Joyce, me habría alertado.

—Listo, nos vamos. ¿Quieres pasar al asiento de delante? Así no pareceré un jodido taxista.

Me ofreció una mirada entre condescendiente y divertida y terminó de vestirse mientras yo llamaba a Zev.

—¿Dónde coño estás?

—A una hora del hotel.

—Has tardado demasiado en contactar.

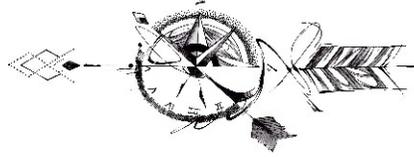
—Lo sé —contesté poniendo los ojos en blanco.

—¿Tienes a Joyce? —preguntó esperanzado.

—No, pero tengo a su gemela tarada.

—¿Qué?

Capítulo veintitrés



*Sacramento, California. Estados Unidos.
Laboratorios centrales de la Farmacéutica Olof.*

Miré a Paxton con la determinación y repugnancia que sentía, rezumando por todos los poros de mi piel. Ese hombre me daba un asco terrible, a pesar de que fuera un tipo atractivo, no me gustaba nada. Es más; lo detestaba.

—Quiero ver a mi hermana —exigí.

—Cada cosa a su tiempo. Teníamos un trato.

Sabía que me la estaba jugando, aun así, no pensaba traicionar a Kwan ni darle información sobre él.

—No he sido capaz de encontrarlo.

Se acercó lentamente manteniéndome la mirada. Levantó la mano y me abofeteó con todas sus fuerzas.

—¡No me mientas!

El dolor atravesó mi cráneo a la velocidad de una bala y sentí cómo me palpitaba la mejilla.

—Si tanto le interesa, búsquelo usted mismo. —Noté sangre en la comisura de los labios y pasé la lengua por ellos.

—No es tan fácil...

Una llamada de teléfono interrumpió lo que iba a decir. Miré hacia la puerta, pero era imposible alcanzarla sin que me detuviera uno de esos gorilas.

—Eso es una noticia estupenda. Voy enseguida.

Mierda.

—Parece que el señor North ha decidido dejarse atrapar —me informó satisfecho.

¿Por qué Kwan había hecho eso? ¿Para ayudarme? ¿Por qué tenía que ser tan protector? Iban a terminar con su vida.

No dije nada, no esperaba eso y mi cerebro era incapaz de enviar órdenes a mi boca.

—Encerradla, más tarde me ocuparé de ella. —Fue lo último que escuché antes de que se largara del despacho.

Grité su nombre, di patadas en cuanto me cogieron entre dos para arrastrarme por otro largo pasillo. Después de meterme en un ascensor más amplio de lo habitual, descendimos, salimos y pasamos por delante de una especie de urna enorme, en su interior había un hombre... desnudo, que clavó sus ojos en los míos. Estaban vacíos, desolados e impotentes, pero, al mismo tiempo, guardaban una gran furia y rabia. Intenté frenar a los dos idiotas, que seguían sosteniéndome, sin dejar de mirar a aquel chico, echando la cabeza hacia atrás para ver por detrás de la espalda de uno de mis captores, el de la izquierda.

—¿Quién es? ¿Qué hace aquí?

Tiraron de mí de nuevo, sin responder.

El hombre dentro de su celda no dejaba de observarme, aunque pude ver cómo apretaba sus puños a ambos lados de su cuerpo. Un cuerpo muy desarrollado, demasiado. Entonces mi mente voló a Kwan, a lo que había visto en aquel *pendrive* y me revolví.

—¡Soltadme!

Era imposible, ellos eran más fuertes que yo y estaba tan concentrada en mi tarea de querer librarme de esos tíos, que cuando levanté de nuevo la mirada vi unas seis urnas más, celdas de cristal, mejor dicho, unidas unas a otras. Hombres y mujeres, algunos solos, otros en pareja. Fruncí el ceño por esos rostros tristes, sabía que no estaban aquí por voluntad propia, pero lo que más me aterrizzaba, era que en sus ojos veía compasión. Se estaban apiadando de mí.

Uno de los hombres corrió hacia delante y golpeó el cristal con los puños, gritaba. Aun así, el sonido de su voz no me llegaba, esas mamparas estaban insonorizadas. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando vi, en la celda de al lado, una mujer de más o menos mi edad; estaba hecha un ovillo en el suelo y lloraba, lo supe por los temblores de su cuerpo. Se dio la vuelta y miró a uno de mis captores con insolencia y secándose las lágrimas de un manotazo, también se acercó a la parte delantera.

«Que te jodan», vocalizó levantando el dedo medio. Lo que hizo que el hombre a mi derecha se echará a reír.

—Debiste romperle el corazón —se mofó el otro.

—Lo que debí es partirla en dos, cuando tuve la oportunidad.

Los dos soltaron sonoras carcajadas. Eso no sonaba bien y acababa de adivinar lo que ese tío le había hecho a esa pobre chica. Me revolví y conseguí darle una patada en la espinilla.

—Maldita zorra —gruñó soltándose.

Me disponía a pelear con el otro, cuando me agarró del pelo y me soltó un puñetazo en el pómulo.

—No hagas que te desnude y les muestre a esos animales lo que soy capaz de hacer contigo.

—Me empujó—. Ya hemos llegado.

Terminé metida en una celda idéntica a las otras, la última, concretamente, y con veinte pares de ojos sobre mí. Golpeé el cristal que me había dejado presa hasta rendirme, también grité, no sabía si habían pasado horas o minutos.

¿Serían esas las personas cuyos nombres figuraban en aquella lista? Y ahora, yo era una más.

Me dejé caer sentada y miré a mi alrededor, solo había una camilla y un inodoro metálico, si tenía que utilizarlo en algún momento, sería a la vista de todos. Todo estaba limpio, muy limpio y desinfectado, a juzgar por el olor.

Un cristal me separaba de la penúltima celda, que estaba ocupada por un hombre de unos treinta años que echó vaho en el cristal y escribió «Te», aunque yo lo leía al revés, podía entenderlo. Cuando aún no se había borrado, repitió el gesto y volvió a usar el dedo «lo». Esperé con la frente arrugada, ¿qué intentaba decirme?

No parecía tener prisa y así, palabra tras palabra, construyó una frase que me dejó clavada en el sitio.

«Te lo mereces, zorra».

Me dio la espalda y dejó resbalar su cuerpo desnudo por el cristal. No tuve opción a réplica ni entendí por qué me merecía estar allí. Enterré la cara en mis manos e intenté tranquilizarme.

Lo que me parecieron horas después, seguía en la misma postura. Lo único que me

diferenciaba de esas personas era que yo iba vestida y esperaba seguir así. Mi mente quería entrar en pánico, pero no lo permití. En algún momento vendría Paxton y lo amenazaría.

«Eres una ingenua», me dije a mí misma antes de derrumbarme y llorar en silencio.

Tuve que explicarle a la hermana de Joy dónde pensaba llevarla y me gané una mirada asesina que casi me hizo descojonarme, si no fuera porque el asunto era serio. Tenía que ponerla a salvo y buscar a mi chica. Aunque para eso iba a perder mucho tiempo.

—Por lo menos no te dará el coñazo durante el trayecto —me dije a mí mismo mientras conducía. Asegurándome de que, si miraba al frente, no podía leerme los labios.

—No queremos despertar a la bestia —me aconsejé a mí mismo.

Cuando nos reunimos con mis socios, todos la miraron extrañados.

—¡La has encontrado! —gritó Jasmine saliendo del baño del hotel.

—No, es su hermana —aclaró Zev.

Jasmine juntó las cejas.

—Acaba de llegar, no sabe nada —explicó Tak señalando a Jasmine con el pulgar por encima de su hombro.

La chica se acercó a Elsie y le ofreció la mano.

—Soy Jasmine, ¿cómo te llamas?

Elsie ni siquiera la miró y, despreciando el gesto, empezó otra vez con el lenguaje de signos. Sus manos se movían a una velocidad increíble.

—Nadie te ha secuestrado, en cualquier caso, Kwan te ha salvado el culo. Y deja de insultar, no estás en esa posición... todavía.

Los tres miramos a Takeshi alucinados.

—¿Conoces el lenguaje? —Zev fue el primero en salir del trance.

—Mi madre era sordomuda —explicó con total naturalidad.

—¿En serio? —pregunté, pensando que lo sabía todo de él.

—¿No os lo dije? —Se levantó del sillón en el que había estado despatarrado y cruzó los brazos sobre su pecho—. Entonces tampoco os debí contar que era puta.

Nos quedamos mirándolo en silencio.

—Lo único que sé de tu madre es una estrafalaria historia sobre que le ponían los japoneses —soltó Jasmine.

Tak no dijo nada, pero sus labios se curvaron en una media sonrisa socarrona. Todos estábamos atando cabos.

De repente, Elsie empezó a mover las manos, esta vez dirigiéndose a Tak.

—Entiendo que no te importe mi vida, pero no estaba hablando contigo —contestó el aludido.

Elsie levantó el dedo medio; ese sí que era un lenguaje universal. El tarado de nuestro amigo la miró levantando una ceja y después la repasó de arriba abajo, lentamente, en la misma postura chulesca.

Ella volvió a expresarse. Y Tak soltó una risotada burlona.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Jasmine.

—Espera, deja que termine —contestó él sin dejar de observar a la chica.

—Dice que soy un arrogante —explicó cuando ella terminó—, un capullo, un prepotente y...

¿qué más, nena?

Eso enfureció a la chica que le contestó a su manera.

—Ah, disculpa, lo había olvidado. También me ha llamado engreído.

Jasmine soltó una carcajada, lo que hizo que Elsie la mirara.

—Está claro que eres una mujer inteligente, a mí me costó un poco verlo. Sin embargo, tú lo has cazado a la primera.

Elsie se mantuvo seria.

—¿Ahora estás de su parte? —interrogó Tak.

—Por supuesto. Nada más llegar ya te ha puesto en tu sitio. Es admirable —contestó Jasmine sonriendo.

Me pincé el puente de la nariz, ya me estaba cansando de la charla.

—Dejadlo ya. Necesito interrogarla, pregúntale si conoce bien el complejo. Estoy seguro de que Joy sigue ahí.

—Pregúntaselo tú, sabe leer los labios perfectamente. Estoy oxidado e iría lento moviendo las manos.

Touché.

Elsie empezó a expresarse de nuevo y Tak estuvo atento.

—¿Por qué iba a estar mi hermana allí? Ella trabajaba en Auburn cuando se quedó sin trabajo. —Era Tak el que nos trasladaba la pregunta de Elsie.

—Es una larga historia. Pero, para resumir, a tu hermana la han secuestrado —solté a bocajarro.

Y solo con pensarlo me estaba erizando, si Paxton se atrevía a hacerle daño, no iba a saber por dónde le lloverían las hostias... antes de partirle el maldito cuello.

—¿Qué? ¿Quién?

—Paxton.

—Es mi jefe.

—También el de Joyce, al parecer.

—No puede ser. —Parecía contrariada.

—¿Por qué llevabas un micro?

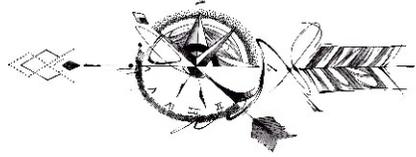
—No lo sé, a mí no me explican nada y no soy la primera enfermera a la que obligan a hacer hablar a un paciente.

—¿Paciente? Ese cabrón sabía que te confundiría con tu hermana y largaría sobre mí. Imaginó que no te conocía.

—Hubiera preferido que hubiera continuado así —reprochó a través de Tak.

Resoplé, la noche iba a ser larga.

Capítulo veinticuatro



Las horas debían pasar muy lentamente o esa era la impresión que tenía. De vez en cuando miraba a esas personas y todas tenían una especie de ritual. Una chica se balanceaba adelante y atrás sentada sobre la camilla, otra se miraba las manos mientras las mantenía apoyadas en sus piernas, sentada en el suelo. Otra mujer no dejaba de acariciarse el vientre, era la que se había dirigido a uno de los hombres que me había dejado allí.

Los hombres parecían estatuas, ninguno se movía. Unos se apoyaban en la pared y otros en el cristal. En la primera celda, el chico que me había mirado al principio, seguía apretando los puños y, aunque estaba más alejado, podía verlo en la misma postura.

Miré los fluorescentes y caí en la cuenta de que allí no había diferencia entre el día y la noche. Me moría por saber cuánto tiempo llevaban ahí encerrados y qué hacían con ellos, aunque esto último me lo podía imaginar y noté cómo se me cerraba el estómago.

Intuí un movimiento a mi lado, era el hombre que me había escrito en el cristal que nos separaba, se disponía a utilizar el inodoro y me giré, dándole la espalda y algo de intimidad. Esperaba no tener que usarlo yo también, no podría teniéndole a él mirándome... A él y a los otros.

También estaba el hecho de que ninguno de ellos parecía avergonzado por estar desnudo, nadie intentaba cubrirse, a pesar de no tener nada para hacerlo. Y eso me daba una idea del tiempo que llevaban allí.

Mi mirada se topó con un desagüe en el suelo, en un rincón. No me había fijado antes en él, pero busqué en el techo, que era inusualmente bajo, y no encontré señales de ninguna ducha.

No miraba directamente a nadie después del recibimiento que había tenido. Pero, por el rabillo del ojo, pude ver movimientos y la tensión invadir el espacio.

Paxton venía caminando por el pasillo con andares pausados y una sonrisa petulante dedicada a mí. Seis tipos iban tras él, vestidos de blanco. Me puse en guardia, dispuesta a enfrentarme a ese loco. Se detuvieron ante una celda ocupada por un hombre y una mujer, y cuatro de los que lo acompañaban, entraron y los ataron con sendas esposas a las camillas, bajo la atenta mirada de Paxton. La chica parecía no luchar, pero su pareja no estaba por la labor de colaborar. Uno de esos tíos le debió soltar una descarga eléctrica, ya que su cuerpo se envaró y su rictus, con los dientes apretados, quedó de cara a los que estábamos a este lado de su celda.

Corrí y golpeé el cristal con todas mis fuerzas.

—¡Paxton! —grité, aun sabiendo que no podía oírme.

Solo veía su espalda, mientras él contemplaba cómo se llevaban las camillas. Ahora entendía las grandes dimensiones del ascensor.

Volví a gritar, a insultarlo y a aporrear, todo por intentar llamar su atención. Pero él seguía ignorando todos mis golpes.

Ya me estaba dando por vencida, pensando que Paxton iba a desaparecer tras esos hombres, cuando se dio la vuelta y caminó hacia mí seguido de los dos idiotas que aún quedaban.

La puerta se abrió deslizándose hacia un lado.

—Espero que estés a gusto en tu nueva morada —ironizó.

Los dos gorilas que lo acompañaban se colocaron un paso por delante de él en previsión de que pudiera atacarle.

—¿Tiene miedo de mí? —pregunté con una arrogancia fingida—. Porque puedo asegurarle que, si logro alcanzarlo en algún momento, terminará llorando como una niña.

Vi las sonrisas taimadas en los hombres.

—¿Me está amenazando?

Sin mediar palabra me abalancé hacia delante y lo empujé con todas mis fuerzas, levanté la pierna y le di una patada, en un principio iba dirigida a su entrepierna, pero erré y le di en el muslo, antes de que uno de los hombres me cogiera por la cintura y me levantara en el aire. No dejé de patear y conseguí darle un codazo en la cara al otro que ya acudía en su ayuda.

—Parece que vamos a tener que bajarte los humos. —Paxton habló sin mirarme, se estaba sacudiendo el pantalón en el lugar donde yo lo había alcanzado.

—¡Que le jodan! ¡Es usted un monstruo!

De refilón vi los movimientos nerviosos de las otras personas que estaban allí. No sabía si la razón era que me vieran enfrentarme a Paxton o que intuían lo que pasaría después.

—Creo que tu valentía nace de la seguridad que te da ir todavía vestida. —Paxton dio un paso adelante mientras intentaba zafarme de mi captor dando patadas al aire.

—¡No te atrevas! —advertí dejando a un lado las formalidades, este tío estaba loco y no merecía ninguna consideración por mi parte.

Sonrió de lado y miró a cada uno de los hombres que habían venido con él.

—Proceded —ordenó.

Al quitarme en primer lugar las botas se llevaron más de una patada ante la sonrisa socarrona de Paxton.

—¡No! —Me revolví, aunque no evité que me arrancaran los vaqueros, el jersey y la ropa interior.

Me soltaron y corrí hacia el fondo de la celda intentando cubrir mi cuerpo con las manos.

—Parece que ahora eres más consciente de tu situación.

—Pagarás por esto —volví a amenazar con rabia contenida.

Chasqueó la lengua y giró sobre sus talones.

—Mañana empezarás a trabajar para mí —contestó ya de espaldas.

La puerta se cerró y habló con sus hombres antes de marcharse, ya no podía escuchar nada. Creí que todo había pasado, cuando uno de ellos tiró de una manguera, que no había visto antes, y abrió la puerta.

—Joder —murmuré antes de recibir el chorro de agua fría, muy fría.

Acababa de descubrir de la peor manera para qué servía el desagüe a mis pies. Grité de nuevo, me estaba congelando y tuve que darme la vuelta para evitar la gran cantidad de agua que iba dirigida a mi rostro. Me tapé los oídos y me agaché, encogiéndome sobre mí misma y esperando que ese tipo se cansara.

Después de lo que me parecieron largos minutos, el agua cesó y la puerta volvió a deslizarse dejándome allí, expuesta a la mirada de todos y temblando, sin poder evitar el castaño de mis dientes.

Solamente miré un momento al hombre a mi lado y el muy cabrón sonreía de oreja a oreja. ¿Por qué se alegraba? ¿Qué le había hecho yo? ¿O es que el hecho de estar aquí, a saber cuánto tiempo llevaría encerrado y maltratado, lo había vuelto un cínico? O peor, un sádico.

Mi mente fue a Kwan, ¿lo traerían aquí también? Ojalá lograra escapar. Ese hombre había pasado por mucho y mi corazón se rompería en mil pedazos si volvían a hacerle daño. Al fin y al cabo, estaba aquí por mí. Yo lo había arrastrado a esto... de nuevo.

Me subí a la camilla buscando un poco de calor y abracé mis rodillas, ocultando en la medida de lo posible mi desnudez. Apoyé la frente en ellas y quise desaparecer. Aunque era consciente de que nos vigilaban desde las cámaras de seguridad ubicadas en el techo del pasillo, una delante de cada celda.

—No entiende lo que está pasando, ni por qué Paxton querría hacer daño a su hermana —explicó Tak sin dejar de observar las manos de Elsie.

—Tenemos que sacarla de allí —decreté.

—Kwan, ella nos puede ayudar. Dale tiempo a que asimile lo que está pasando con Joyce —recomendó Zev.

—¡No tenemos tiempo! —Me dirigí a la gemela—. ¿Conoces bien esas instalaciones? —repetí—. ¿Qué es lo que haces allí?

—Soy enfermera, como ya he dicho, y atiendo a las personas que hay allí, aunque desde hace solo dos semanas, antes estaba en otro laboratorio. —Tak puso voz a sus gestos.

—¿Hay gente ingresada? ¿Es una clínica clandestina? —inquirió Zev—. ¿Qué hacéis con ellos?

Me impacientaba a cada minuto que pasaba y hubiera dado lo que fuera por entender lo que Elsie explicaba con sus movimientos.

—Dice que allí hay gente enferma, terminales. Están probando medicina alternativa para poder curarlos, pero algunos mueren. Paxton invierte mucho dinero para hacer frente a los diferentes tipos de cáncer que padecen.

—Mierda, eso no es cierto, Elsie —mascullé entre dientes.

—¿Crees que somos idiotas? ¿O eres así de ingenua? Esas personas que dices no están enfermas, están experimentando con ellos, joder. —Tak no se cortó en hablarle abiertamente a la cara de lo que pensaba.

Las manos de Elsie volvieron a moverse a gran velocidad delante de su rostro.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Jasmine.

—Me está insultando... otra vez —comentó Tak sin inmutarse—. Dejaremos que termine.

En cualquier otro momento me habría reído, pero no era el caso. Toqué el hombro de la chica, que dio un respingo y me miró cabreada.

—Perfecto, tú también te estás llevando tu parte —se mofó Tak ante los gestos que me dedicaba la gemela.

—¡A la mierda, Elsie! Céntrate, tú también quieres sacar a tu hermana de ahí. Tienes que ayudarnos. Habla con Jasmine, si te sientes más cómoda.

Me observó durante unos segundos y después asintió. Solté el aire de los pulmones e intenté relajarme.

Mientras Elsie, Tak y Jasmine hablaban, me mantuve atento. Zev estaba sumido en sus pensamientos cuando su teléfono empezó a sonar. Miró la pantalla y, por cómo suavizó el rostro, supe que era Allison. Estaban en constante comunicación.

—Salgo fuera —dijo antes de atender la llamada.

Tak elevó su tono dirigiéndose a Elsie.

—No somos tus enemigos, Elsie. Hay cosas que no sabes y, solo para tu información, Paxton te matará en cuanto te ponga las manos encima. Sabes demasiado y ahora estás fuera de su radar. Debe estar tirándose de los pelos pensando que puedas acudir a la policía y utilizará a tu hermana para que vuelvas.

La chica lo miraba con atención, aunque desconfiada.

—No, no estamos mintiendo, podemos mostrarte pruebas, a cambio, permanecerás a nuestro lado. ¿Cuál era tu trabajo allí? Ya sé que enfermera, pero ¿había algo más?

Una hora después todo se había aclarado. Elsie estaba conmocionada por lo que Tak le había contado y se había mostrado decidida a ayudarnos. La información que aportó fue interesante y muy esclarecedora. Jasmine no dejaba de tomar notas, sorprendiéndose por los nombres que la chica iba soltando. Por lo visto no se cortaban en hablar delante de ella sin saber que podía leer los labios, solo uno de los doctores sabía el lenguaje de signos.

—Bien, Elsie solo les daba la medicación en una de las salas, mientras el médico los visitaba. Piensa que esas personas nunca le pidieron ayuda por su discapacidad y que algunos se mostraban agresivos como reacción a algunos de los medicamentos, siempre según el médico, un tal Smith. Nombre falso, sospecho —explicó Zev—. Creo que ahora está atando cabos sueltos, no es que sea una ingenua, simplemente le hicieron pensar que estaba haciendo su trabajo. Tenemos un plano un poco rudimentario, hecho por ella, pero nos servirá.

—Ha hablado de celdas —añadió Jasmine—. Aunque para ella eran unidades de vigilancia, por si algún paciente tenía convulsiones u otros efectos secundarios. Solo las vio una vez.

Mi mente las reproducía en nítidas imágenes, nunca podría olvidarlas.

—No permitiremos que esto siga a delante —declaró Zev que ya había vuelto a entrar hacía un rato—. He llamado a Hache, ya está informado y enviará a algunos hombres a explorar la zona antes de entrar.

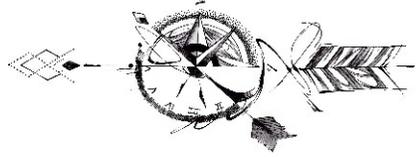
—Dos gobernadores más y varios fiscales están al tanto de los experimentos. Jasmine se ocupará de descubrirlos públicamente, llegado el momento. Nosotros solo tenemos que sacar a esas personas de allí y a Joyce —aportó Tak.

—Hache no lo va a permitir —declaré convencido—. Pero sacaré a Joyce, me da igual si Hache se cabrea.

Tak y Zev se miraron y sonrieron.

—Contábamos con eso —expuso este último.

Capítulo veinticinco



Jasmine entró en la habitación con la frente fruncida.
—He hablado con mi padre y no está contento.

—Ninguno lo estamos —soltó Tak—. Aunque me gustaría saber cuál es su problema. ¿Le has hablado de nosotros, nena?

—¡No hay un nosotros! Y no le hablaría de ti, aunque mi vida dependiera de ello.

Levanté una ceja sin perderme la conversación ni dejar de prepararme para entrar de nuevo en esa maldita clínica de los horrores.

—¿De vosotros? —preguntó Zev.

—Olvidalo, Zev. Cometí el mayor error de mi vida —explicó Jasmine.

—¿Y ese error es Tak? —pregunté sin mirarlos, atándome los cordones de las botas militares.

—Creo que dejé claro...

—Lo dejaste claro. Esta conversación ha terminado. —Jasmine cortó a Tak y le lanzó una mirada de advertencia para zanjar el tema.

—De acuerdo. ¿Qué pasa con tu padre? —inquirió Zev.

—Los nombres que nos ha dado Elsie... dice que vuelva y contraste la información, está preocupado por los cargos que ocupan. Quiere conocer a la hermana de Joyce...

—No hables de ella como si no estuviera aquí —advirtió Tak.

—Disculpa, Elsie. A veces olvido que puedes leer los labios. No pretendía dejarte fuera ni ofenderte. En cuanto a ti... —Jasmine señaló a Tak—. Olvídame, joder.

Elsie movió la mano quitando importancia al hecho de que la periodista no la tuviera presente.

—¿Vendrás conmigo? Debo volver a Atlanta y pienso que es una manera de mantenerte protegida, hasta que te puedas reunir con tu hermana.

Elsie negó con la cabeza a la proposición de Jasmine.

—¿Por qué? Confía en los chicos, ellos traerán a Joyce de vuelta —intentó convencerla—. Además, me ayudarás con la investigación. Tú misma has dicho que no estabas al tanto de esos experimentos, ¿no quieres ayudar a esas personas a escapar de esas torturas diarias?

Me levanté de la silla, después de terminar de atarme las botas, y fui hacia Elsie. Jasmine no estaba logrando su objetivo y yo necesitaba estar seguro de que estaría a salvo. Por Joyce.

—Quiero hablar contigo... a solas —propuse a Elsie.

Ella frunció el ceño e hizo varios gestos que, por supuesto, no entendí.

—Sigue pensando que eres imbécil y que nunca debiste dejar que atraparan a su hermana —aclaró Tak.

Joder.

—Vamos, quiero explicarte algo.

Elsie no se movió del sitio, sentada al lado de Jasmine.

—¿Por favor? —me obligué a suplicar, lo que me estaba poniendo de un humor de perros.

Finalmente se levantó y me siguió hasta mi habitación. Cuando entramos, recordé la última vez que estuve con Joyce. Cómo la había disfrutado contra la puerta y lo que me había hecho sentir... La quería de vuelta, a mi lado, volver a abrazarla y besarla.

Ya ni siquiera importaba que me hubiera mentido.

—Siéntate —le pedí señalando una silla y centrándome de nuevo.

Cogí otra y me senté enfrente. Me incliné hacia adelante apoyando los antebrazos en los muslos y junté las manos en un puño. ¿Por dónde podía empezar?

—Tu hermana contactó conmigo porque vio un vídeo en el que me estaban extrayendo tejido y fluidos —solté a bocajarro.

Alzó las cejas y dejó que continuara.

—Joyce sospechaba que algo raro estaba pasando en los laboratorios. Vine en cuanto supe cómo encontrarla y, si te soy sincero, no me fie de ella, pensé que todo era una trampa para volverme a atrapar.

En el rostro de Elsie pude leer la incertidumbre.

—Supongo que no te dijo nada para no asustarte o preocuparte. Tú estabas en Sacramento, ella debió pensar que las cosas estaban mal en Auburn, no aquí. Intentó protegerte.

Bajó la mirada, pero no perdí detalle de la tristeza que había invadido su cara. Levanté su barbilla con un dedo.

—Mírame, Elsie. Te prometo que haré lo imposible por sacarla de allí. Antes has dicho que ella te habló de mí. —Asintió—. La quiero, Elsie. Nos conocimos y nos enamoramos. La echo de menos y voy a volverme loco porque sé lo que hacen allí. Solo espero que la estén utilizando solo como cebo para atrapar me y no la incluyan en esos malditos ensayos.

Se limpió una lágrima con las yemas de los dedos.

—Y sí, tal vez tengas razón. Al no confiar en ella, dejé que la atraparan. Volví a por Joyce y conseguí a la bruja de su hermana —bromeé, provocando una débil sonrisa en su rostro—. Realmente pensé que eras ella, me habló de ti, pero no de que fuerais gemelas, lo siento.

»Sé lo que hago —continuó—. Quiero que confíes en mí. Volverás a ver a tu hermana.

Desvió la mirada hacia la ventana, un gesto que Joyce también hacía cuando intentaba ordenar sus ideas, y eso evocó en mí un profundo sentimiento de añoranza y culpa.

Esperé a que volviera a mirarme armándome de paciencia, tenía que dejarla asumir los hechos.

—Necesito que, cuando llegues a Atlanta, pidas a tus padres que abandonen su casa durante un tiempo. Paxton puede querer asustar a Joyce con ellos y llevarlo a la práctica, ¿lo comprendes? —expliqué en cuanto sus ojos conectaron conmigo.

Asintió.

—Buena chica, gracias. Estaremos en contacto con Jasmine. —Le tendí la mano para ayudarla a levantarse—. Volvamos con mis amigos.

Se levantó, ignorando el gesto, y pasó por delante de mí hacia la habitación de Zev.

—Chica dura —dije a su espalda, sabiendo que no me oiría.

Lo que me hizo sonreír, a pesar de las circunstancias.

Un momento. Toqué su hombro y se giró.

—¿Conoces bien a Paxton? —pregunté con una idea bullendo en mi cabeza.

Asintió y tuve que retener mis ganas de mostrar los dientes en una amplia sonrisa. Algo hizo *click* en mi mente, una idea que podía cambiar las cosas.

Jasmine y Elsie regresaron a Atlanta en nuestro avión privado. La periodista se encargó de dejarle ropa y de ir bien armada con una libreta y un bolígrafo.

—Sospecho que Paxton hubiera preferido que fuese Elsie la que se encargara de buscarme — declaré dejando de lado el plano que ya tenía más que estudiado, a pesar de que había una parte de las instalaciones a la que Elsie nunca había tenido permiso para acceder.

Sentado, me crucé de brazos, enderezando la espalda, y crucé también las piernas a la altura de los tobillos, estaba cansado de la misma postura. Y no podíamos hacer nada hasta que no oscureciera. Iríamos una hora antes que los hombres de Hache. Así lo habíamos acordado.

—¿Por qué lo dices? —se interesó Zev ante la atenta mirada de Tak.

—Porque hace años que trabaja para él en estrecho contacto, sin embargo, envió a Joyce... con la que no ha tratado tanto. De hecho, estaba por encima de su encargado, un tal Alex. Del que, por cierto, deberíamos buscar información.

—Habla con Josh —aconsejó Tak.

—La sustituyó por su discapacidad —conjeturó Zev pensativo.

—Exacto.

—¿Ese gilipollas pensó que, por ser gemelas, le deberían la misma clase de lealtad? Entiendo que Elsie confiara en él, pero Joyce no tenía por qué hacerlo, si casi no se conocían —resolvió Tak.

—Tú lo has dicho, un gilipollas, aunque me temo que no fue tan fácil. Debió chantajearla con hacer daño a Elsie. Por eso quiso marcharse sola.

—Y tú la dejaste —reprochó Tak.

—No confiaba en ella.

—Y ahora sí lo haces. —No era una pregunta, sino una afirmación por parte de Zev.

—En cuanto encontré la pieza que me faltaba del puzle —expliqué.

Sí, yo era de los que desconfiaba hasta de mi propia sombra. Y ahora Joyce podía estar pagando muy cara mi falta de empatía hacia ella.

Debí creer en su palabra.

—Me largo a mi habitación. —Necesitaba pensar.

Tenía que buscar mi mejor argumento para que Joyce entendiera mi postura. Apenas sabía nada de cómo me habían secuestrado, tal vez así lo comprendería todo. También deseaba que supiera que ella era diferente, una buena chica con la que había intentado, por todos los medios, no involucrarme, pero que me había encandilado. A pesar de mis jodidas reservas.

Y eso era algo para lo que no sabía si estaba preparada.

—En una hora saldremos —advirtió Zev.

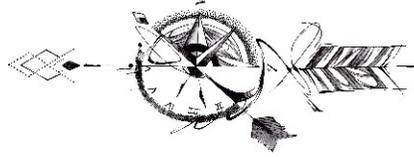
—Aquí estaré —aseguré por encima del hombro antes de cerrar la puerta.

Entré y fui directamente hasta la ventana, el tiempo pasaba demasiado lento. Miré el reloj, aún faltaban cuarenta malditos minutos.

Escuché un ligero tintineo a mi espalda, pero no me dio tiempo a ver nada antes de que me cubrieran con algo pesado, una especie de saco metálico. Luché por quitármelo de encima cuando me golpearon con algo contundente. Devolví el golpe a ciegas, pero no conseguí dar en el blanco. Estaba seguro de que me habían roto un par de costillas.

Hasta que una descarga eléctrica recorrió todo el armazón y lo vi todo iluminado antes de caer al suelo.

Capítulo veintiséis



Habían atrapado a Kwan y yo no era capaz de hacer nada desde aquí adentro. Las horas se habían convertido en una pesada cuenta desigual, ninguno de los que estábamos en esos momentos en esas celdas, éramos conscientes del paso del tiempo, de eso estaba segura.

Podía ser de día o, tal vez, de noche. Había visto cómo se llevaban y después volvían a traer a varios compañeros de celda, unos venían sedados otros... en un estado de excitación que llegó a asustarme. En esos casos, permanecían atados a la camilla hasta que sus fuerzas los abandonaban.

Yo había trabajado duro para obtener el trabajo que tanto anhelaba, pero había sido una ignorante. Ni se me había pasado por la cabeza que los medicamentos que modificaba iban a parar a seres humanos en lugar de a animales; que para ellos estaban ideados. Me hablaron de zoológicos y de reservas naturales, de los ataques que sufrían sus cuidadores. Mis conocimientos estaban volcados en preservar la vida de esos hombres y mujeres que amaban tanto su trabajo, las fórmulas estaban pensadas específicamente para depredadores sin que resultaran dañados.

Mintieron, se rieron en mi cara y ahora estaban utilizando a Elsie y a Kwan para que siguiera trabajando para ellos.

Ningún ser vivo debería sufrir de esta manera.

Un hombre vino a por mí y me entregó una bata blanca, me sentía más segura de mí misma si cubría mi cuerpo, pero no pensaba agradecerse. Así que se la arranqué de las manos y me la puse con rapidez. Sus ojos recorrieron mi cuerpo y no supe si buscaba algo con lo que me hubiera podido armar o era un maldito idiota con ganas de cabrearme.

La tela de esa bata estaba acartonada, como si la hubieran lavado con lejía viva y... así olía.

—Caminarás a mi lado. No intentes nada si no quieres terminar sobre mi hombro.
¿Entendido?

Asentí. Era alto y supuse que triplicaba mi peso. Su cabeza afeitada y su nariz ancha le daban el mismo aspecto que el de un boxeador.

—¿A dónde me llevas?

—Al despacho de Paxton.

Me parecía perfecto, así que comencé a caminar poniéndome a su altura. Paxton tenía que escucharme de una maldita vez.

Ignoré los abucheos y golpes, aunque no los escuchara, los movimientos que vi por el rabillo del ojo me indicaron que iban dirigidos a mí.

Al hombre que iba a mi lado nunca lo había visto, no era ninguno de los otros que habían acompañado a mi jefe el primer día. Aunque tenía aspecto de bruto, no parecía tan animal en su comportamiento. A lo mejor, hasta tenía mejores modales.

Me llamó la atención que una chica rubia, muy bonita y muy joven, nos siguiera con la

mirada, más bien a él. Levanté la vista y entonces lo vi, los ojos marrones de mi carcelero desprendían tanta ternura que me sorprendió, aunque solo duró unos segundos antes de que su semblante volviera a ser el mismo.

Me había observado desnuda y había cámaras por todas partes, tal vez solo era una pose, algo que debía hacer para no desentonar, admirar los cuerpos desnudos de cara a sus superiores. No podía ser que ese pedazo de hombre mostrara una debilidad, pero yo la había visto y era esa chica.

—Date prisa —me azuzó.

Ni siquiera me había dado cuenta de que yo había ralentizado el paso al observar la escena.

No fuimos hacia el ascensor, sino que giramos a la izquierda por un largo pasillo con muchas tuberías pegadas al techo. Olía a humedad y los zapatos del hombre hacían eco al dar los pasos. Yo iba descalza, así que noté el frío en la planta de los pies.

Me fijé en que en esa parte no había cámaras y, de repente, fui consciente de que estábamos en el mismo nivel, no había escaleras que fueran a las plantas superiores. Ni puertas, no había nada.

—Por aquí no se va al despacho de Paxton. —Las palabras salieron de mis labios antes de poder dejarlas en solo un mal pensamiento.

—Cierra la boca.

—Oye...

El hombre se detuvo y puso una mano en mi brazo.

—He dicho que cierres la boca, ni una puta palabra más. Camina y no te detengas —ordenó con voz áspera.

Estaba a punto de gritarle y pedirle más explicaciones cuando el llanto de un bebé me paralizó. Se oía lejano, quizás a través de una puerta, aunque no veía ninguna. No me lo pensé dos veces y eché a correr hacia el sonido. La bata no llevaba botones, tan solo una cinta que cedió y se abrió. No me importó, tenía un mal presentimiento.

—¡Joder! —blasfemó mi captor. Supuse que no esperaba mi reacción y conseguí ganar unos metros antes de que me empezara a perseguir, tal como me indicaron el sonido de las suelas de sus zapatos detrás de mí.

El pequeño seguía llorando y para mí era como el canto de una sirena que me atraía más y más. Al final del pasillo, giré a la derecha y me encontré con unas ventanas interiores y una puerta metálica, similar a las que ejercen de cortafuegos en cualquier edificio.

Intenté abrirla, pero estaba cerrada. Di dos pasos atrás cuando aquel hombre me alcanzó. Me agarró la muñeca y me zarandó, pero yo no podía apartar la vista del bebé, que lloraba en una cuna transparente sin que nadie lo atendiera. La ventana tenía cortinas, aunque ahora estaban apartadas a un lado, y la habitación era totalmente blanca y, aparte de la cuna, solo había un mostrador de mármol, también blanco, y un frigorífico.

—¡Joder! —repitió él sin soltarme, su mirada buscaba a alguien.

Sacó unas llaves del bolsillo y me arrastró hasta la maldita puerta.

—Necesito que guardes silencio.

En mi fuero interno supe que era importante lo que me estaba pidiendo. En cuanto entramos, volvió a cerrarla y estaba segura de que tampoco podrían abrirla desde el otro lado. Olía a bebé toda la estancia y abrí los ojos de manera desmesurada cuando aquel gigante cogió al niño de la cuna.

—No le hagas daño...

—Nunca lo haría, Elsie —me cortó.

¿Elsie? ¿Acababa de confundirme con mi hermana?

Iba a sacarlo de su error, pero verle arrullar al bebé me dejó sin palabras mientras él le susurraba, abrazándolo. Fruncí el ceño, ¿qué hacía esta criatura aquí?

Se dio la vuelta con el bebé entre sus brazos.

—Sé que solo hemos coincidido un par de veces y no tengo la más mínima idea de cómo has acabado en una de las celdas, pero si le hablas a alguien de lo que has visto...

—Me meteré en más problemas —terminé por él.

Mi hermana era sordomuda, pero este tipo parecía no saberlo.

El sonido de unos zapatos corriendo hacia nosotros nos puso en alerta a los dos. El bebé no dejaba de llorar.

—Detrás de la puerta —susurró.

No me moví. Quería saber más, enfrentarme a las personas que tenían a un recién nacido abandonado en una habitación.

—Elsie, ahora. Escóndete —siseó.

Lo hice, me acerqué a la pared y me mantuve pegada a ella al mismo tiempo que cerraba la bata y cubría mi cuerpo. Una llave encajó en la cerradura y alguien entró.

A lo mejor, si escuchaba la conversación, podía averiguar qué estaba pasando.

—Lo... lo siento. Tenía que atender...

Era una voz de mujer.

—Si vuelvo a encontrarlo solo, pagarás las consecuencias. —La voz del hombre sonó fría y distante.

—Ya no hay leche...

—¡Pues ve a buscarla, yo me quedaré con él! —ordenó.

—No sé si puedo... Paxton...

—¡Me importa una mierda Paxton! Coge el sacaleches y dile a la chica que yo te he enviado.

Supe, por los pasos, que se había ido deprisa y salí de mi escondite.

—Eh, chico. No llores. —El cambio de su voz al hablar con el niño fue brutal. Era melodiosa y suave mientras lo mecía.

—Es precioso —dije al acercarme.

Tenía los mofletes hinchados y la carita roja de llorar, su pelo era de un rubio casi blanco y sus deditos estaban estirados por el esfuerzo del llanto, lucía sano. Ojalá pudiera sacarlo de allí, esa habitación aséptica no era lugar para él.

—No hables, tenemos que irnos.

—¿Lo vas a dejar aquí? —No me lo podía creer.

—Sí, lo cuidarán bien —declaró mientras lo devolvía a la cuna, típica de hospital, con sumo cuidado.

Con rapidez me agarró la muñeca y tiró de mí.

—No más tonterías —masculló.

No me pasó por alto la última mirada que echó al pequeñín a través de la ventana, antes de seguir nuestro camino.

—Es tu hijo —solté de golpe.

Apretó los labios sin contestar.

—Y la madre es la chica rubia de la celda, ¿verdad? —conjeturé al mismo tiempo que mi mente trabajaba a toda velocidad.

—Cierra el pico —dijo entre dientes.

—Ayúdame a escapar —supliqué, mientras él caminaba deprisa y yo era casi arrastrada.

—No puedo hacer eso.

Maldita sea.

—No estás aquí por voluntad propia —comenté sin estar segura.

Estábamos de vuelta al pasillo de las tuberías y no me contestaba.

—¿Estás bajo coacción? ¿Tal vez han amenazado a tu hijo? ¿A su madre?

Frenó y yo casi terminé estampada en su espalda.

—Ocúpate de tus problemas, Elsie, y deja que yo me ocupe de los míos...

—Pero...

—¡Basta! Estamos llegando.

Intenté detenerlo.

—¡Espera! Ayúdalo a él.

Sus cejas se juntaron, estaba claro que no sabía de quién le hablaba.

—Kwan —aclaré—. Le van a hacer daño.

Su mano me apretó más de la cuenta y la miré, la manga de la camisa se había subido un poco y allí había marcas en su piel, parecían cicatrices antiguas. Como si hubiera estado atado por un largo periodo de tiempo.

—Tú también...

—No.

—¿Cómo te llamas?

—¿Qué importa eso? —Tiró de mí otra vez—. Te están esperando.

—Te has unido a ellos —acusé.

—No sabes una mierda, camina.

Paxton salió en ese momento por la esquina.

—¿Por qué has tardado tanto, Joe?

Iba con su eterno traje negro y su maldita camisa blanca. La bilis trepó por mi garganta. Aunque me acababa de enterar del nombre del hombre que aún mantenía su mano en mi muñeca.

—Algunos estaban nerviosos —se excusó Joe.

—Ah, eso. ¿Has podido...?

—Ningún problema, todo en orden.

Se hizo a un lado y señaló una puerta.

—Adelante. Bienvenida, señorita Temple.

—¡Qué te jodan! No tienes ningún derecho a retenerme.

Joe retorció mi mano hasta ponerme el brazo en la espalda y grité.

—Hay cosas de las que debo informarte —continuó Paxton.

Entramos los tres y Joe me soltó para ponerse al lado de Paxton. Sus ojos estaban centrados en un punto detrás de mí y sus manos juntas delante de su cuerpo, la pose de un guardaespaldas.

—Tu hermana ya no está aquí —soltó Paxton poniéndome la piel de gallina.

¿Qué significaba eso? Esperaba que no...

—¿Qué has hecho con Elsie?

En ese instante, Joe desvió su mirada hacia mí, dándose cuenta de que me había confundido, e imaginé que estaba aterrado por lo que pudiera salir de mi boca. No lo miré, Paxton se habría dado cuenta y no quise descubrirlo.

—Digamos que no le diste la suficiente información a tu hombre, se llevó a la hermana

equivocada.

—¿Qué? ¿Kwan sacó a Elsie de aquí?

—Eso es, pero no importa, logramos atraparlo de nuevo y ahora os tengo a los dos, así podré finalizar mi trabajo sin más interrupciones.

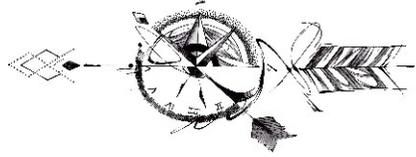
—¿Dejarás a mi familia en paz?

—Elsie no sabía nada de lo que pasa aquí, solo era una enfermera más. No, no voy a molestar a tu familia, pero para eso deberás cooperar.

Ahora sí miré a Joe, solo un momento. Acababa de comprender que estábamos en la misma situación.

—Está bien —concedí, prometiéndome a mí misma que le arrancaría las pelotas a la menor oportunidad.

Capítulo veintisiete



Miré al techo blanco y todos los monstruos que mi mente había enterrado volvieron a mí. Estaba atado a una camilla, como antes. Indefenso, como antes, y jodidamente cabreado, como antes.

Ni siquiera podía insultarlos, ya que una gran bola estaba bloqueada entre mis dientes.

Solo que ahora no me habían roto ningún hueso y no me habían desnudado. Pero tenía cables por todas partes, mierda.

—Paro cardíaco inducido y reanimación —soltó de pronto una voz de mujer.

Quise gritar, gruñir y matar.

Sentí un fuerte dolor en el pecho cuando me soltaron una descarga bestial y perdí el techo, y toda esa maldita habitación, de vista. Cuando volví a abrir los ojos notaba como los latidos de mi corazón aún llevaban demasiada velocidad y me faltaba el aire. Sentía frío y mi mente estaba embotada.

—No hay daños.

Me revolví, esos hijos de puta iban a terminar con la cabeza metida en el culo. Y estaba seguro de que Tak disfrutaría ayudándome.

Sabía que esto no duraría mucho, mis amigos estarían ya sobre la pista, solo me faltaba paciencia y encontrar a Joy. La mujer que me había sacado de mi letargo, ella era otra razón por la que querer volver a confiar. Aunque la había cagado bien y la desconfianza había ganado la partida de nuevo.

—Extraedle sangre y devolvedlo a la celda de seguridad.

Se trataba de una habitación totalmente metálica con cámaras y un catre soldado al suelo.

—Listo.

No podía girar la cabeza y de reojo solo vi una melena rubia. No me permitían verles el rostro y hacían bien, porque los buscaría por todo el jodido planeta.

Pasaron horas o días, no lo sabía a ciencia cierta. Sentado en un rincón, dejaba pasar el tiempo. Recordando mi calvario y recordándola a ella.

Seguía sin saber cómo coño resolver la situación, cuando Paxton me habló desde una rejilla de la puerta.

—Malas noticias —declaró.

—Entra para que puedan dárselas a tu familia —amenacé—. Puedo asegurarte que terminarás en un ataúd cerrado.

Se rio y eso me hizo apretar los dientes hasta casi partírmelos.

—Los resultados de las pruebas no son buenos.

¿A qué coño se estaba refiriendo? Me levanté y di un golpe seco en la puerta con la mano abierta. No podía verlo, pero esperaba haberlo asustado.

—¿En qué jodido mundo paralelo crees que eso puede importarme?

—Aunque no todas, estás perdiendo algunas facultades —continuó sin alterarse.

Eso ya lo sabía, no levantaba el mismo peso cuando iba al gimnasio intentando hacer una vida normal y mi capacidad pulmonar parecía haber vuelto a los valores normales para cualquier persona. Nos estaba pasando a los tres y no, no nos molestaba en absoluto. Queríamos dejar de ser monstruos.

—¿Entonces ya no te sirvo para nada?

—Al contrario, Kwan. Haremos lo posible para que recuperes esas cualidades. Necesitamos que sea algo permanente, tú nos ayudarás a perfeccionar a nuestros soldados.

¿Qué?

—Solo inténtalo —amenacé con estupor.

Escuché su risa al otro lado de la puerta.

—Mientras estés aquí, harás todo lo que se te pida. Creo que le tienes un gran aprecio a la señorita Temple.

Era como si me acabaran de patear la boca del estómago, mi corazón empezó a bombear tan rápido que incluso podía sentir los latidos en la cabeza.

Golpeé de nuevo la puerta.

—No te atrevas a tocarla.

—Ya lo he hecho y ha sido muy satisfactorio.

El gruñido que llegó a mis oídos salía directamente de mi garganta, aunque no fui demasiado consciente de ello cuando le di un puñetazo a la puerta y conseguí dejar la marca. Golpeé una y otra vez.

—¡Te mataré, Paxton! ¡Te arrancaré la cabeza como hice con Archer, esa rata gritó como una jodida niña mientras lo torturaba! ¿Me oyes, hijo de puta? Juro que lo haré.

Pero ya estaba solo, durante horas me mantuve escuchando y nada parecía indicar que quedara alguien a quien seguir bramando y amenazando.

Nadie.

¿Había violado a Joy? ¿La había torturado? Le pedí a cualquier dios que quisiera escucharme que la protegiera. Que ella no sufriera dentro de este maldito lugar.

Me dejé caer al suelo y miré la especie de pijama blanco que llevaba puesto. Me sentía un completo inútil y entendí que valoraba más la vida de Joyce que la mía propia. Paxton iba a tener que aceptar mis condiciones.

La rabia se apoderó de mí y me arranqué la ropa rompiéndola en el proceso. Gritando el nombre de Joy y jurando matar a Paxton.

Estaba tan cansado de romper y zarandear todo lo que podía, que caí rendido al suelo.

El zumbido que emitió la puerta antes de abrirse me despertó. Debí dormir un rato.

Un tío más alto que yo, debía medir dos metros, entró y me apuntó con una táser.

—Tenemos diez minutos. —Cerró la puerta empujándola con el pie.

Joder.

—Diez minutos, ¿para qué? —grazné.

Sus ojos marrones me estaban valorando.

—Para que confíes en mí.

Me levanté y me crucé de brazos a cierta distancia, unos cuatro metros, preparándome por si me atacaba.

—No voy a confiar en nadie que esté aquí adentro. Lárgate.

El tipo bajó el arma, dejando que apuntara al suelo, y se relajó apoyándose en la puerta. Su mirada reparó en cada golpe que había dado y en mi ropa hecha jirones, ni siquiera me la había quitado.

—¿Sabes que si disparas eso saldrás mal parado? —pregunté con sorna.

Joder, estábamos en una habitación metálica, ¿era idiota?

—No he encontrado nada mejor, de todas formas, no la iba a usar. Pero al capullo que hay fuera, vigilando tu puerta, le ha parecido genial. Nadie ha mencionado que sea un tipo inteligente —explicó con una sonrisa ladeada—. No te quieren muerto, al menos, de momento, así que nos prohíben entrar con pistolas.

Empezaba a caerme bien, pero nada más. No me iba a tropezar con una trampa.

—He estado con Joyce.

¿Qué? ¿En qué sentido?

—¿La has tocado? —inquirí cabreado, descruzando los brazos y apretando las manos a ambos lados de mi cuerpo.

Estaba a punto de atacarlo de frente y él lo sabía.

—No de la manera que piensas. Para resumir, me ha pedido que te saque de aquí.

¿Que había hecho, qué? ¿Joyce se había vuelto loca? ¿Por qué había confiado en este tío?

—¿A cambio de qué?

—Digamos que nos estamos cubriendo las espaldas. Ella está bien, por si te lo preguntas.

Apreté los dientes.

—Mientes.

Levantó una ceja.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque hay cámaras.

Las miró una por una.

—Están desconectadas.

—Ya.

—Oye, no me creas si no quieres. Si lo prefieres así, discutimos hasta que se nos acabe el tiempo.

—No veo qué ganas tú con todo esto ni cómo puedes sacarme de aquí.

Levantó la mano.

—Yo solo he hablado de ayudarte, no puedo sacarte sin que haya consecuencias para mí.

Me pasé la mano por la barbilla, llevaba barba de un par de días, calculé.

—Esto se está poniendo interesante —murmuré más para mí que para él.

—Joyce me ha dicho que tienes gente fuera, puedo contactar con ellos.

—No.

Maldita sea, si todo esto era una artimaña para atrapar a Zev y a Tak iba a romperle el cuello a este tipo, con o sin táser.

—Entonces está todo hablado. —Se enderezó y se dio la vuelta para que le abrieran.

No podía dejarlo marchar.

—Dame algo más, necesito poder confiar.

—Joder...

Lo estaba poniendo en un aprieto, visto lo visto. Pero si realmente quería que confiara en él...

—Soy de los tuyos, pasé por lo mismo que tú —hablaba de espaldas a mí y se levantó la camisa. Las cicatrices eran profundas, no sabía qué le habían hecho a este tío, pero algo me

advertía de que sus palabras eran ciertas—, y si con eso no tienes suficiente, también te diré que tengo a alguien aquí dentro.

—Mierda, te has unido a ellos.

—Tengo mis razones —contestó girándose hacia a mí—. Tengo que largarme, tú decides.

No iba a poner en bandeja a mis socios, eran hermanos para mí, no lo iba a hacer.

—¿Memorizas bien? —pregunté.

—Perfectamente.

Le di un número público de TZK Systems y le pedí que hablara con Josh. Él avisaría a Tak y Zev.

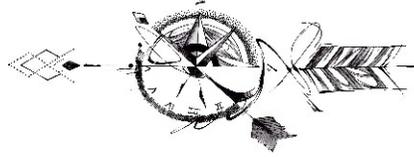
Cuando se fue, un ligero cosquilleo parecido a esperanza anidó en mis tripas. No quería permitírmelo, pero mi mente iba por libre.

Sé que habría salido tarde o temprano. Zev y Tak no estarían cruzados de brazos, pero este tipo podía adelantar los acontecimientos.

Las siguientes horas las pasé trazando planes, tenía que salir de aquí con Joy, sí o sí. Aunque no me duró mucho. El gas que salió del techo volvió a dejarme *K.O.*

Mucho después volví con un brazo roto y una herida abierta en la pierna. El dolor había sido insoportable y nada me estaba haciendo más fuerte que pensar en lo que les haría a esos jodidos cabrones.

Capítulo veintiocho



Miré a Joe dejando de lado lo que estaba haciendo en el laboratorio, llevábamos aquí tres días y ya me habían obligado a hacer mi trabajo, aunque me estaba tomando algunas licencias, como «olvidar» algunos opiáceos en las fórmulas.

Me habían permitido vestirme con mi ropa y una bata blanca sobre ella.

—No me sacaste de mi error —me reprochó antes de que pudiera preguntar lo que me preocupaba.

—¿Sobre mi hermana? —adiviné—. No me pareció importante.

—Buena jugada.

Me daba igual que pensara que había intentado colársela. Me interesaba saber de Kwan.

—¿De verdad lo has hecho? ¿Hablaste con él? —pregunté esperanzada.

Solamente asintió.

—¿Cómo está? Me gustaría verlo.

—No.

Miré los guantes que había estado usando y me resigné. Ya le había pedido demasiado, no podía tensar más la cuerda.

—Está bien.

Dio la vuelta a mi mesa, estrecha y larga, y se plantó delante.

—Quiero pedirte algo —susurró buscando que sus labios quedaran ocultos a las cámaras.

No captaban el sonido, así que yo, que llevaba mascarilla, me sentía protegida al hablar.

—Lo que quieras.

—¿Puedes hacer placebos?

Sonreí y él me lo debió notar.

—Ya lo haces —adivinó—. Diría que te la estás jugando. Cuando el técnico compruebe las fórmulas...

Sí, Paxton no confiaba en mí y hacía bien.

—Llevo dos días echándolo de aquí, mi excusa es que no he terminado.

—Eso no va a durar siempre —objetó.

—Ya lo sé, pero busco alargar el tiempo. ¿Los quieres para la chica rubia?

—Sí, está muy débil y necesito que esté fuerte.

Para los que mirasen en aquel momento, Joe observaba atentamente lo que yo hacía y mi rostro estaba inclinado hacia la mesa.

—Tengo unas cuantas píldoras, son las azules y blancas. Estoy a punto de tener una rabieta y las voy a tirar, ayúdame a recogerlas, ya sabes...

Barrí la mesa con la mano, fingiendo estar frustrada, y todo fue al suelo. Me puse la mano en la frente mientras él se agachaba y recogía unas cuantas dejándolas sobre la mesa. Lo empujé por

un hombro y él aprovechó para guardar otras tantas en uno de los bolsillos de sus pantalones.

—¡Apártate! —grité.

En ese momento la puerta se abrió de golpe y uno de los hombres de Paxton entró, iba armado, aunque no me apuntó.

—¿Qué está pasando aquí? —me increpó.

—Se ha cabreado —contestó Joe, tranquilamente.

Se acercó a mí y me apretó el brazo.

—No jodas nada que no sea tuyo.

—¡Suéltame! —Me estaba haciendo daño y estaba más que segura de que me iba a dejar las marcas en la piel.

—¿Lo has entendido? Ponte a trabajar. Ahora.

Mis ojos buscaron los de Joe en cuanto ese idiota salió del laboratorio. Había seguido con una mirada oscura y llena de rabia al hombre.

—No te preocupes. —Quería aliviar su culpa, porque se sentía así y yo lo sabía.

—Lo siento.

Volví a colocar las cosas más o menos como estaban y me atreví a preguntar lo que me rondaba la cabeza.

—¿La vas a sacar de aquí?

—Aún no. Pero esa es la idea.

—¿Cómo pasó?

Él sabía a lo que me refería, pero no contestó.

—Dímelo, Joe, ¿la violaste?

Vi la tristeza en sus iris, una ráfaga de pesar lo atravesó también. No estaba segura de querer oír lo que iba a decir, si es que se decidía a hacerlo. Pero los minutos iban pasando y me puse con la centrifugadora para fingir que hacía algo.

—Nos obligaron a tener relaciones sexuales después de que a ella le dieran algo para despertar el deseo, estaba desinhibida y muchos dirían que me aproveché, pero no fue así. Ojalá hubiera podido negarme. La cuestión es... que, si no hubiera sido yo, lo habría hecho otro.

Levanté la cabeza de golpe, aunque la volví a bajar.

—Dios..., aunque le hiciste daño, ella te gusta.

—Ella me odia y cree que le hemos quitado a su hijo —replicó, obviando mi comentario.

Ahora sí lo miré de frente, aunque era mucho más alto que yo.

—¿Y no es así? ¿Sabes lo que le pueden hacer a tu hijo? Se tiene que estar volviendo loca.

—Lo sé, yo mismo me paso el día yendo a verlo, si le hacen algo será sobre mi cadáver —declaró con rabia contenida—. He intentado hablar con ella, hacerle alguna señal. Pero ya sabes que en esas celdas todo está bajo vigilancia, es imposible.

El brillo de sus ojos y su mandíbula apretada hablaban de determinación.

—Es tan pequeño...

—Nació hace catorce días. Y lo protegeré, Joyce.

Era todo muy extraño, hablaba como si realmente pudiera hacerlo.

—Tienes a alguien más aquí, ¿verdad? —conjeturé de nuevo.

Dio un paso atrás.

—Ya sabes demasiado, Joyce.

Continué trabajando, pero mi cabeza no dejaba de darle vueltas al asunto.

—¿Cómo pudiste, Joe? —Vi cómo se tensaba—. Me refiero a unirte a ellos con todo lo que

sabes, y creo que sabes más que yo.

—Alguien tenía que hacerlo —contestó misterioso.

—¿Cómo piensas dar el cambiazco de las píldoras? ¿Puedes acceder a ellas? Nos registran cada vez que salimos de aquí.

—Deja eso en mis manos.

Estábamos a punto de salir cuando una gran explosión sacudió todo.

—¡Mierda, al suelo, Joyce!

Me metí debajo de la mesa, asustada, mientras él abría la puerta y se asomaba apuntando con su arma.

—¡Vamos! —gritó al mismo tiempo que una alarma aguda e irritante sonaba estridente.

Corrí detrás de él y terminamos en la habitación donde estaba su hijo. La chica que lo cuidaba estaba de espaldas a nosotros y Joe corrió hacia ella.

—¡¿Qué coño estás haciendo?!

—Son... son órdenes. Paxton... —balbuceó asustada.

El sonido que hizo la pistola del hombre al dispararse me dejó sorda momentáneamente y el pequeño estalló en llanto. Joe había disparado a la chica sin miramientos. La miré, estaba tirada en el suelo con un agujero en la frente y una jeringuilla aún en su mano.

¿Qué iba a hacer?

—¿Lo iba a...? —empecé a preguntar en voz alta.

—Esto nos indica que no ha sido una explosión fortuita, sino un ataque —dedujo—. Paxton nos previno. En el caso de ser descubiertos, debemos deshacernos de las pruebas.

—Y tu hijo es una prueba.

El rostro de Joe era una máscara de furia. Envolvió al pequeño en su manta y me lo entregó. Le arrancó la bata manchada de sangre a la enfermera que, se suponía, cuidaba del pequeño y se la colgó al hombro.

—Vamos, tenemos que movernos, yo iré delante.

—Kwan —dije su nombre en un susurro lleno de anhelo.

Abracé al pequeño que, por alguna extraña razón, había dejado de llorar, sin dejar de correr. No podía dejar de pensar que Joe acababa de matar a alguien; en defensa de su hijo, sí, pero yo nunca había visto una cosa así. Era difícil de digerir y solo era comparable con haber visto a Zack colgando de aquella cadena, aunque en diferentes circunstancias, con él se habían ensañado.

Pensé en si ese niño hubiera sido mi hijo y me convencí de que, si alguien ponía su vida en peligro, reaccionaría igual. Y eso me asustó y me hizo fuerte a partes iguales.

—Primero Clare, el pequeño la va a necesitar.

Imaginé que era la chica rubia, de la que me acababa de enterar que se llamaba Clare.

Se detuvo un momento e introdujo un código en un teclado que abrió una pequeña puerta de registro revelando un hueco en la pared lleno de cables eléctricos, parecía una caja fuerte, solo que si no te parabas a buscarla... ni siquiera llamaba la atención, se mimetizaba con el color de todo lo demás. Cogió varios de esos cables en un puño y tiró de ellos haciendo que saltaran chispas y me tuviera que retirar para proteger al bebé.

—¿Qué haces?

—Las cámaras —contestó como única explicación.

Supuse que las había desactivado o, al menos, inutilizado durante un tiempo.

Corrimos por aquellos pasillos y llegamos a las celdas. Joe efectuó un par de disparos y pidió,

por una de las radios que arrancó de la mano de uno de los dos tipos que acababa de abatir, que se abrieran las celdas.

—No tenemos permiso... —contestó una voz enlatada.

—Ábrelas. ¡Ahora! Hay un incendio —mintió.

Ninguna puerta se abrió. Y Joe corrió hasta la celda de la chica rubia que ya miraba al bebé en mis brazos.

—¡Maldita sea! ¡Joder! —gritó desesperado inclinándose hacia atrás para ver las otras celdas.

La chica hablaba y me señalaba, solo asentí porque me imaginé lo que preguntaba. Se llevó una mano al corazón mientras las lágrimas se deslizaban por su bello rostro. Seguía desnuda, pero solo parecía importarle el niño.

Un *click* y un ligero zumbido hizo que las puertas se abrieran, todas a la vez, y Joe entró en la de Clare y le entregó la bata.

—¡Vístete, tenemos que salir de aquí! —masculló.

La chica frunció el ceño al ver las salpicaduras sangre, pero no dijo nada y se cubrió con ella.

—¿Es... es? —preguntó alargando las manos.

Joe había vuelto al pasillo y apuntaba hacia la entrada.

—Es tu hijo —dije entregándoselo—. ¿Podrás llevarlo?

—Sí.

Cuando lo arropó y besó su frente cariñosamente, se apartó de mí.

—Gracias, Elsie.

Otra que me confundía con mi hermana, empezaba a cansarme. Incluso Kwan no había sabido diferenciarnos.

—No soy...

Una mano me cogió del pelo y me arrastró fuera de la celda ante los ojos muy abiertos de Clare. Me empotró contra la pared y me giró.

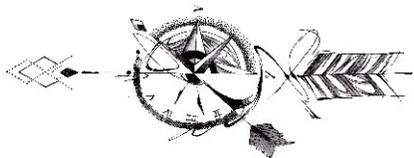
Una boca me enseñaba los dientes y me gruñía a solo un centímetro del rostro y lo reconocí; era mi vecino de celda. Ese que, supuse, también me había confundido.

Intenté apartarlo con las manos cuando se escucharon más disparos.

No íbamos a lograr salir de aquí.

Un puñetazo en el estómago me dejó sin aire y sin poder doblarme sobre mí misma, él me lo impidió.

Capítulo veintinueve



ué coño había sido eso?

¿Q Primero una explosión y después disparos. Intenté que alguien me escuchara, pero debían estar ocupados defendiendo el fuerte y me estaba volviendo loco. Solo esperaba que fuera ataque amigo. El sonido de puertas estrellándose contra la pared era ensordecedor.

Un grito y golpes. Ese era Takeshi, reconocería sus gritos en cualquier parte. La puerta se abrió de golpe y Tak apareció con las manos ensangrentadas y fijando sus ojos claros en mí.

—¡Zev, aquí! —dijo con voz ronca—. Tenías que estar en la última, jodido encanto.

—Yo también me alegro de verte —solté con ironía, aunque era cierto.

—¡Kwan! —Zev entró corriendo y me abrazó, por lo que tuve que quejarme.

Se separó y me miró. Los dos iban vestidos de negro, llevaban sendos chalecos antibalas e iban bien armados.

—Estás herido —adivinó Zev.

Señalé el brazo izquierdo que nadie se había molestado en inmovilizar, lo había hecho yo con la parte de arriba de ese jodido pijama blanco. Estaba tardando en curar.

—¡Mierda! ¡Voy a por Paxton! —Tak no esperó y salió disparado por el maldito pasillo.

—¡No! ¡Tak! —Zev se dispuso a seguirlo, no sin antes entregarme una pistola.

—Maldito tarado, va a terminar muerto —mascullé saliendo detrás de ellos. Solo que a mí me interesaba otra persona. Paxton podía esperar.

Mi guardián estaba tirado a la derecha del pasillo, contra la pared, y no parecía tener la garganta en su sitio. Tak se había ensañado con él y había utilizado sus manos desnudas, no me hacían falta pruebas, conocía al energúmeno de mi amigo.

—¡Joder!

Esperaba que no siguiera con la carnicería. Debería hablarle de las ventajas de los disparos limpios, sin perder el tiempo en torturas. Ya no sabíamos cómo explicarle que nosotros no éramos como ellos.

Seguí el sonido de los disparos y Zev apareció de nuevo.

—No lo he alcanzado.

—No deberías haberlo dejado venir.

Zev levantó una ceja.

—Está bien, no podías dejarlo fuera, supongo —admití.

No hizo falta que contestara. Los dos sabíamos que nuestro chico era una bomba de relojería, solo era cuestión de tiempo que estallara.

—Vamos a buscar a tu chica. El FBI llegará en cualquier momento. No queremos que la interroguen —dijo echando a andar.

Exacto, antes teníamos que arreglar algunas cosas.

—¿Puedes hacerlo? —continuó de espaldas a mí.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Estoy bien, a pesar de todo —repliqué adelantándolo.

Abrí una puerta que daba acceso a unas escaleras, los disparos y gritos venían de abajo, así que no perdí el tiempo y bajé con Zev pegado a mis talones. Preparados para cualquier sorpresa.

Hombres y mujeres corrían desnudos hacia las escaleras. Podía apreciarse que no estaban en su mejor forma, demasiado delgados, demasiado descentrados.

—Arriba, id hacia arriba —guie a los que se cruzaban con nosotros.

Un grito de mujer cortó el aire y me dejó sin aliento. Joe se daba la vuelta en ese momento y apuntaba al tío que estaba atacando a Joyce. Una chica que vestía una bata blanca con un bebé en brazos estaba junto a él y los tres en medio de esta locura.

—¡Kwan! —Joe me vio enseguida.

Disparé al tipo que intentaba estrangular a mi chica, antes de que lo hiciera él.

—¡Kwan! ¡Llévatelos contigo! —volvió a increparme, señalando con la barbilla a la chica con el crío.

Pero Zev ya se había puesto en marcha y la estaba llevando hacia las escaleras.

—¡No! —estalló Joe desconcertado.

—¡Está conmigo! —grité antes de que Joe disparara a mi amigo.

—¡Kwan! ¡No... puedo! —La voz de Joy sonaba ahogada.

El hombre que yo mismo había abatido yacía sobre ella.

En menos de un segundo lo aparté y Joyce, mi Joyce, se lanzó contra mi pecho abrazándome de manera apretada, el dolor en mi brazo recorrió todo mi cuerpo, pero no me importaba, le devolví el abrazo aún sosteniendo la pistola y la besé en la cabeza.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

Solo pude escuchar un sollozo contra mi cuello.

—Nena...

—Estoy bien, quiero salir de aquí.

Atrapé su mano y la conduje hacia las escaleras.

—¡Joe! —La oí gritar.

—¡Salid! Yo los contendré.

Él y otro hombre disparaban a cada guardián que salía del ascensor o de un corredor a la izquierda.

—¡No, Joe! —Joyce no se dejaba llevar y eso me estaba cabreando.

—Sabe defenderse solo. Vamos —mascullé.

¡¿Qué coño le pasaba con ese tío?!

—¡Tenéis que ayudarlo!

Me miraba esperando una contestación.

—Lo haremos en cuanto estés a salvo —intenté convencerla con una infinita paciencia que no sentía—. ¿De acuerdo?

Asintió un par de veces y logré que me siguiera. Estaba acorralado y solo yo sabía que lo iba a tener difícil para escapar. Me había ayudado, pero no podía dividirme entre él y Joy.

Subía la escalera apuntando hacia arriba y poniendo todos mis sentidos alerta por si alguien nos seguía.

—Estás herido —dijo de repente.

—No es nada, me curaré —contesté, quitando importancia al hecho de que mi extremidad no servía para mucho en esos momentos—. Sigue.

—¿Mi hermana?

—A salvo, no te preocupes.

La había recuperado, ahora teníamos que salir de allí, nuestro abogado y nuestro hombre del FBI, Hache, seguirían con las detenciones y acusaciones.

Antes de salir, vi a Zev venir hacia nosotros.

—Corred, métela en el coche. Voy a buscar a Tak.

Estábamos cerca del coche cuando vimos a nuestro socio correr hacia un vehículo que le venía de frente.

—Maldita sea —masculló Zev.

El muy idiota disparó varias veces y finalmente saltó sobre él. Dio puñetazos a la luna delantera hasta romperla, pero un golpe de volante del conductor lo hizo volar por los aires y aterrizar en la cuneta, dando volteretas sobre sí mismo.

Se levantó y, aunque cojeaba, pretendió alcanzarlo.

Joder con Tak.

—¿¡Pretendes correr más que él!? —grité para que me oyera.

Se giró y en su cara, transformada por la furia, pudimos ver el odio y la decepción a partes iguales.

—¡Es Paxton! ¡Se escapa!

—Déjalo, daremos con él —intentó apaciguarlo Zev.

Las sirenas de los vehículos del FBI sonaban cada vez más cercanas. Y, a pesar de la locura transitoria de nuestro socio, vino hacia nosotros.

—¿Qué hay de Joe? —preguntó mi chica encarándome.

—Demasiado tarde. No podemos volver, lo siento. —Sabía que esto me iba a crear un conflicto. Pero, para mi sorpresa, dio un paso atrás y me encaró.

—¡Él nos ayudó, no podemos dejarlo atrás!

—Hablaré con alguien que puede dar con él. Te lo prometo.

Su cara de incredulidad me hirió, aun así, decidí que la conversación sobre el grandullón quedaba cerrada desde ese mismo instante.

—Hijo de puta, lo voy a cazar como a un jodido animal —bramó Tak fuera de sí, al llegar a nuestra altura.

Ninguno contestamos, era mejor dejarlo así. Zev se puso al volante y Joyce, Tak y la chica con el bebé detrás.

—¿Quiénes sois? Por favor, dejad que me quede con mi hijo...

—No te vamos a hacer daño, Clare. Ni a ti ni al pequeño —la consoló Joy.

Zev miró por el retrovisor central.

—¿Quién es? —preguntó.

—Joe y ella tuvieron al bebé, pero los separaron —explicó Joyce.

—Me lo quitó —contradijo la tal Clare.

—No, Clare. Lo protegió, no dejó que nadie le pusiera las manos encima. Y, aunque no te lo creas, lo que pasó entre vosotros... —Joy parecía buscar las palabras adecuadas—. Joe intentó evitar que otro hiciera... lo que finalmente hizo él. Me lo contó y vi la verdad en sus ojos.

—Le odio.

—Lo sé... y él también lo sabe. Pero debo decirte que quiere a este niño.

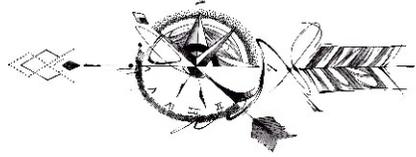
—No quiero que se acerque a nosotros —decretó seca.

Miró al pequeño, que ahora dormía ajeno a lo que nos rodeaba, y después a través de la

ventanilla mientras lloraba silenciosa. Entre las palabras de Joy pude diferenciar que esta chica había sido forzada, tal vez Joe había sido uno de los violadores y el pequeño había sido el resultado de la atrocidad. Lo que no encajaba era que Joy intentara defender al tipo.

El resto del camino hasta el aeropuerto nos mantuvimos en silencio e intentamos mirar hacia otro lado cuando Clare amamantó a su bebé.

Capítulo treinta



—No sé por qué estoy defendiendo a Joe —contesté taciturna a la pregunta de Kwan.

Ni yo misma lo entendía. Él también había sido obligado a hacerlo y eso ¿no contaba?

—Vi cómo miraba a esa criatura y a ella, en sus ojos había remordimiento —intenté explicarme—. Aunque entiendo que estuvo mal y que Clare quiera denunciar la violación.

Acababa de explicarles a Kwan y a sus amigos lo que Joe había hecho por él y les informé de que era una víctima más, pero ninguno de ellos quería entender lo que había hecho en aquel lugar y yo intentaba ponerme en su piel. ¿Tenía que dejarse matar para no hacer daño a una mujer? Quizás sí. Paxton utilizaba a las personas a su antojo, estuviesen de su parte o no.

Clare estaba al fondo del avión privado, dentro de la habitación, tumbada con su bebé, y los dos descansaban. Kawn me había explicado que mis padres estaban en algún lugar secreto haciendo caso de las indicaciones de Elsie y mi hermana estaba en Atlanta junto a Jasmine.

Kwan me recriminó que no le hubiera hablado de ella y tuve que reconocer que no le había dado esa información por desconfianza. No quería que se acercara a Elsie, a pesar de que había terminado ocurriendo.

Lo sentía alejarse de mí emocionalmente, como si estuviera pensando en desaparecer en cuanto todo terminara, y eso me apenaba. No había dejado que me acercara a él más allá del abrazo que nos habíamos permitido al volver a encontrarnos y en el que mi alma se había ilusionado al sentir que solo con él estaba a salvo.

Lo habían torturado y el resultado era que estaba cabreado y bastante susceptible.

Me había marcado una prioridad y esa era hablar largo y tendido con Elsie, todos parecían odiarla en Sacramento y tenía que saber hasta qué punto se había involucrado en el terror que habían vivido esas personas.

—¿Qué va a pasar con ellos? —dije en voz alta.

—Si te refieres a las personas secuestradas, irán a un hospital, los agentes se ocuparán de eso —contestó Zev, aunque yo esperaba que lo hiciera Kwan.

—Más hospitales —me lamenté.

—Sí, más hospitales. Pero es necesario.

Lo miré, era un hombre muy guapo, con unos ojos grises preciosos y agradable. Me armé de valor para preguntar.

—¿Con vosotros hicieron lo mismo?

—No, nos sumimos en las sombras, trabajando desde la clandestinidad para poder investigar. No hubiéramos tenido esa oportunidad si nos hubieran tratado...

—... Y fichado en un puto hospital. La idea era, y sigue siendo, reventarles los huevos y después entregarlos —terminó Takeshi, cortando a Zev.

Junté las cejas, perpleja.

—¿No existís para la sociedad?

—No, al menos, no con nuestras verdaderas identidades.

—¿No tenéis familia?

Observaron a Kwan como si esperaran que él les diera permiso para hablar.

—No, captan a personas que estén solas o que nadie las busque si desaparecen —explicó Zev después de recibir el visto bueno de Kwan.

—O soldados que «supuestamente» han sido abatidos en combate. Los recomponen y torturan. Mientras, sus familias los entierran sin saber que en ese ataúd no hay ni una mísera esencia de sus seres queridos.

No me lo podía creer, esa gente estaba enferma. Me llevé la mano a la boca, se me estaba revolviendo el estómago.

—Por... ¿Por qué nadie hace nada?

—¿Has oído hablar de corrupción, prevaricación, abuso de autoridad, vulneración de los derechos humanos, apropiación indebida? Podría seguir, Joyce, pero me aburre. —Zev parecía asqueado.

—Y los años pasan y los gobiernos se emponzoñan, aquí y en cualquier parte del mundo —murmuró Kwan sin mirarnos.

—El senador Wilson estaba involucrado...

—Hay más y deberíamos llegar a las altas esferas —afirmó Zev.

—Me gustaría ayudar —propuse.

Capté la atención de Kwan.

—En cuanto lleguemos a casa, tenemos que aclarar algunos asuntos.

¿A casa? Era su casa, no la mía.

—Mierda, esas palabras acojonan, eh —se mofó Takeshi.

Lo cierto era que sí. No sabía cómo lidiar con Kwan, no le había contado toda la verdad y me había metido allí para sacar a mi hermana por mi cuenta, después él había arriesgado su vida para ayudarme y había pagado las consecuencias. Lo más probable era que me apartara de su lado para siempre.

En cuanto aterrizamos, nos recogieron en un coche de grandes dimensiones y nos trasladaron a TZK Systems. Allí estaba mi hermana, al cuidado de un tal Josh, que después supe que trabajaba para los tres amigos.

Elsie me abrazó nada más verme, por suerte nos habíamos cambiado de ropa en el avión; yo llevaba unas mallas y una camiseta roja de Jasmine que había dejado olvidadas en un compartimento.

El lugar de trabajo de los tres socios era enorme y moderno. Disponían de las más avanzadas tecnologías y tenían que ser millonarios. Algo a lo que ellos no parecían darle importancia.

Zev fue el primero en irse a ver a su familia, ahora ya sabía que tenía un hijo y una chica que era la madre de la criatura. Su historia, contada por Tak en el avión, me había dejado pasmada y también me había emocionado. Tak se fue poco después y Kwan nos condujo en su Porsche Panamera, gris oscuro, hasta su casa.

El trayecto fue corto, pero se me hizo todo un mundo que él no dijera nada.

Era una casa de ladrillo visto, de dos plantas, sin demasiada opulencia, pero grande. Situada a las afueras y a unos pocos kilómetros de las de sus socios, según explicó cuando íbamos llegando.

Fue lo único que dijo durante el trayecto de casi media hora.

—No ha usado la cocina en su vida —dijo mi hermana con gestos.

Sonreí ante la cara de Kwan. El pobre no la entendía, ya me hubiera gustado verlos cuando la sacó del laboratorio, también llamado «clínica de los horrores».

—Eso parece —contesté del mismo modo.

—Elsie, te mostraré la habitación de invitados —nos cortó él.

Había pocos muebles en el salón y la mayoría tenían su propio cometido, soportar la televisión de muchas pulgadas, entre ellos. El sofá negro de piel sintética parecía cómodo para un hombre como Kwan. Las paredes eran completamente blancas y daban luminosidad a la estancia. El piso de arriba era parecido, pocos muebles y ninguna alfombra.

—Es aquí. Jasmine os traerá ropa mañana. Mi habitación está justo al lado, por si necesitáis algo.

¿Yo me quedaba con mi hermana? ¿O tendría otra habitación para mí? Era con él con quien realmente quería estar, pero no quería forzar la situación.

—Os dejaré a solas mientras me ducho —anunció dándose la vuelta.

Miré durante largo tiempo la puerta, después de haberla cerrado. Mi hermana se puso delante de mí.

—¿Está cabreado? —preguntó con las manos.

—No lo sé.

—Pues lo parece.

—Le hablé de ti, pero no sabía que éramos gemelas.

Se rio.

—¿Solo por eso? No es para tanto.

Había más, aunque no iba a contárselo ahora.

—Ya... Voy a usar la ducha. Imagino que me quedaré a dormir contigo.

Ella frunció el ceño.

—Creí que estabais juntos.

—Y yo, pero todo se ha torcido.

No tenía ropa para cambiarme, pero me dio igual. Salí del baño y me enrollé una toalla en el cuerpo y otra sobre el pelo. Mi hermana hizo lo mismo y cuando nos sentamos las dos en la cama con las piernas cruzadas, frente a frente, me recordó a nuestra infancia. Siempre hablábamos así.

—Quiero que me expliques en qué consistía tu trabajo exactamente. —Esta vez dejé que leyera mis labios.

—Hacía lo que me ordenaban, tratar a los pacientes en la consulta privada.

—¿Estaban desnudos?

—¿Qué? Joyce, ¿qué clase de pregunta es esa?

—Solamente di sí o no, Elsie.

—¡No! Nunca los asistí desnudos. Siempre venían con sus pijamas de hospital.

—¿Nunca viste señales que te hicieran sospechar que habían sido maltratados?

—En hombres, sí. Pero me explicó Paxton que se peleaban a menudo.

Me apoyé en el cabezal y cerré los ojos, aliviada de que ella no supiera que había formado parte de aquello.

Su mano me tocó la rodilla y la miré.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Quiero que me atiendas —advertí poniendo la espalda derecha. Esta vez utilizaría los

gestos para que no se perdiera nada.

Salí de la ducha y me puse unos pantalones de chándal negros que saqué de una de las estanterías del armario. Me metí en mi despacho y entré directamente en la intranet de la empresa.

Quería dejar espacio a Joy para que estuviera con su hermana.

Josh había introducido mucha información encriptada y, no es que me apeteciese, pero me picaba la curiosidad. Navegué hasta los correos personales de fiscales y gobernadores en la más absoluta incredulidad. En un mensaje, Josh me advertía de que utilizaban la *darknet* para comunicarse y también que había mucha actividad política oculta.

De la lista encontrada en aquellas oficinas, todos, incluido yo mismo, figurábamos como personas en paradero desconocido o muertas. No lograba entender el significado de aquello, Zev y Tak no aparecían en ella, por lo que me alegraba, pero algo no encajaba.

Le envié un correo electrónico a Josh, dando el visto bueno para que Jasmine se hiciera con la información; con toda, menos con la que concernía a mi persona. La iba a necesitar.

Unos golpes en la puerta me distrajeron. Joyce entró envuelta en una toalla, con el cabello húmedo cubriendo sus hombros.

—¡Oh! Disculpa, es la última habitación en la que he buscado y ya daba por hecho que habías salido.

No podía dejar de mirar a la chica que me había robado el corazón. Su rostro era dulce y femenino, lo que me llevaba a pensar en cómo cojones la había confundido con su hermana, que era más seca de carácter y con las facciones más duras. Aunque con los mismos ojos azules.

Quería arrojar esa toalla que la envolvía bien lejos, tumbarla sobre mi mesa y devorarla completamente. Quería volver a sentir su sabor en mi lengua, entrar en ella...

—¿Kwan? ¿Pasa algo? ¿Puedo pasar?

No me había dado cuenta de que no le había dado permiso para acceder a mi despacho personal, aunque ella no lo necesitara.

Carraspeé.

—Pasa, Joyce —terminé invitando.

—No quería molestarte..., pero no tenemos nada que ponernos hasta que Jasmine venga mañana y...

—Os tendréis que apañar con mi ropa —la interrumpí.

—No hay problema.

Me levanté dispuesto a vestirla a ella y a su gemela, pero Joy no se apartó.

—Espera, quería comentarte algo.

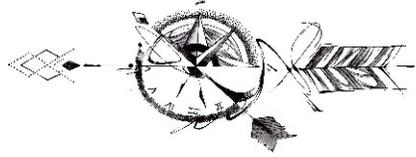
Mis ojos buscaron los suyos y nos miramos durante unos segundos.

—He hablado con Elsie y no sabe nada de lo que pasaba allí dentro. No sabía tampoco de la existencia del bebé o de esas violaciones. Conocía a Joe solo de vista y nunca vio a Paxton hacer nada fuera de lo común.

—¿La crees? —inquirí con voz seca.

—Sí, nunca ha sabido ocultarme nada —dijo con una pequeña sonrisa que tuvo repercusión directa en mi entrepierna.

Capítulo treinta y uno



Kwan no estaba bien, eso podía verlo, aunque no lo hubiera tenido delante en este momento. A pesar de que me hablaba con educación, mantenía cierta distancia entre nosotros. Me daba igual ir solo con una maldita toalla, no iba a dejarlo escapar ahora que lo había encontrado, después de buscarlo por toda la casa.

—Dejaré que seas tú la que decida si miente o no —contestó.

—No lo hace, confía en mí.

Levantó una ceja y me rodeó. De repente su cálido aliento estaba en mi nuca y provocó en mí un delicioso escalofrío.

—¿De la misma manera que tú confiaste en mí, Joy? —Su voz era ronca ahora—. ¿Por qué no me dijiste que te amenazaron con hacer daño a tu hermana si no acudías? Todo hubiera sido más fácil.

No me giré, no quería encontrar el reproche en sus ojos.

—Ya te habías involucrado demasiado —expliqué—. Me hubieras querido ayudar y... ya... ya habían intentado matarte con lo del accidente de la autopista —murmuré tragándome el nudo que tenía en la garganta.

—Sí, ese loco de tu ex, siguiendo órdenes de Paxton. Aunque debo recordarte que me querían vivo —suspiró detrás de mí—. En cuanto a querer ayudarte o no, era decisión mía.

—No.

Sentí que se movía y volvió a ponerse frente a mí.

—¿No? Maldita sea, Joy. Te podía haber perdido, ese tarado jugó conmigo, me dijo que te había violado o, por lo menos, lo insinuó. Me volví loco en aquella celda. Nada me dolía más que pensar por lo que habías pasado.

Abrí los ojos sorprendida por esa declaración.

—¿Qué?! ¡No! ¡No me tocó! ¿Por qué te diría algo así?

Kwan no me lo estaba diciendo con palabras, pero en sus ojos podía ver la compasión. Se estaba compadeciendo de mi inocencia y lo más duro para mí era que tenía razón.

—Juego psicológico —dije apesadumbrada.

—El problema es que le creí, creí sus palabras porque se trataba de ti. En ese sentido, jugó con los dos.

—Lo siento, de verdad que lo siento. —Me atreví a poner una mano en su pecho—. ¿Por qué no me lo has preguntado durante el vuelo, si tenías la duda?

—Porque Joe me aseguró que eso no había pasado. Que te había estado vigilando. Aun así, mi mente iba por libre.

Imaginé que a través de las cámaras, ya que no lo vi pasar por delante de mi celda en ninguna ocasión.

—Me gustaría que pudieras confiar en mí, Kwan. Que me hables cuando tengas preguntas...

—Me mentiste.

—No volverá a ocurrir —aseguré acercándome.

Me puse de puntillas y besé sus labios, pero no reaccionaba.

—Kwan...

Dio un paso atrás aportándose de mí y una pesada pérdida se estrelló contra mi pecho.

—Me atraparon porque una mujer me mintió —declaró con tanta tristeza que quise desaparecer.

—¿Qué? Yo no pretendía... —balbuceé.

Negó con la cabeza.

—Hablo de la chica con la que estaba aquella noche en la que me secuestraron, no la conocía y solo la había llevado a casa para pasar la noche, fui demasiado confiado. Ella me vendió por unos cuantos billetes y mi vida cambió para siempre.

—Dios...

¿Así había ocurrido? Eso explicaba el hecho de que Kwan siempre guardase las distancias conmigo.

—Nunca, a raíz de aquello, me di la oportunidad de confiar en nadie más que en Zev y en Tak. Jasmine, Josh y Allison se lo han ido ganando poco a poco. Y entonces apareciste tú, te convertiste en alguien especial, en la persona con la que quería ilusionarme. Habías sido tan sincera al principio...

Di un paso hacia él deseando que no volviera a apartarse.

—Pasaste por mucho, cariño. Pero me gustaría que vieres la diferencia: yo no te he vendido; aunque pude hacerlo, no lo hice. Tampoco permití que me siguieras, tenía tanto miedo de perderte que, sabiendo que no me lo perdonarías, me arriesgué a irme sin ti.

No dijo nada, tan solo me observaba.

—¿Lo entiendes ahora? —proseguí—. Me enamoré de ti como una idiota y te quiero tanto que me duele que me compares con esa mujer, a la que me gustaría encontrar y decirle lo zorra que ha sido y hacerle daño, mucho daño.

No pude seguir, las lágrimas y la certeza de que todo se estaba terminando, me impedían continuar. Cerré los ojos y me di la vuelta para salir de allí. Pero el envolvió mi mano con la suya.

—No te vayas —dijo con la voz tomada por la emoción, o tal vez a punto de reírse por imaginarme tirando de los pelos a esa chica—. Lo siento, nena.

Tiró de mí y me abrazó.

—Vamos a tener que trabajar más lo de abrirnos el uno al otro —murmuró con la barbilla apoyada en mi cabeza.

—Podemos empezar de nuevo —añadí.

Fue entonces cuando buscó mis labios, levantándose la barbilla con la punta de los dedos. No me besó enseguida, su lengua recorrió mi labio inferior, provocándome una agradable sensación en el bajo vientre. Lo necesitaba, necesitaba que él volviera a mí.

—Eres tan bonita...

Me levantó y la toalla aterrizó en el suelo de madera a nuestros pies, envolví las piernas en sus caderas y esta vez fui yo la que lo besó profundamente. Me pegué a él como si temiera que pudiera escapar.

Me llevó hasta la mesa y apartó las cosas barriéndolas con las manos, me dejó sobre ella de

manera delicada y me observó.

—Eh, esto es injusto, aún estás vestido —bromeé.

Sonrió de esa manera tan suya.

—No por mucho tiempo. Abre las piernas, preciosa —pidió con un tono muy sensual mientras la camiseta salía por su cabeza y la lanzaba a un lado.

Rodeó mis tobillos con las manos y puso mis pies sobre la mesa, por lo que tuve que doblar las rodillas, quedando totalmente expuesta a él. Sus labios aterrizaron en mi sexo con suavidad, esos labios carnosos que me volvían loca y me transportaban al mundo que juntos habíamos creado.

—Dios...

Su boca hacía que me estremeciera y pidiera más, sus dedos trabajaron dentro de mí con maestría y me llevaron a un orgasmo demoledor. Me retorcí y grité su nombre sobre aquella mesa sin ocultar todo lo que él me hacía sentir. Cuando se deshizo de los pantalones y me llenó hasta el fondo supe que él era, sin duda, el hombre de mi vida. Lo había necesitado y deseado tanto que me dolía.

Besó y lamió mis pechos sin dejar de moverse y lo abracé, tiré de sus rastas suavemente y me retorcí mientras los dos alcanzábamos el orgasmo juntos. Sí, había sido rápido, aunque demoledor. Con Kwan había experimentado el sexo de diferentes maneras y todas me gustaban.

—Nena...

Nuestras respiraciones se fueron calmando, yo seguía tumbada y él apoyaba la cabeza justo debajo de mi barbilla. Pasados unos minutos se vistió, recogió la toalla del suelo y, cubriéndome con ella, me cogió en brazos, rodeó su cuello con los míos.

—¿A dónde me llevas? —pregunté sonriente.

—A la cama, a la mía. Aún no hemos terminado —dijo con esa sonrisilla de chico malo—. No quiero que tu gemela nos pille en plena faena. ¿Sabes que amenazó con cortarme los huevos?

—¿En serio?

—Y las rastas. Lo escribió, así que esa información quedó documentada y me acojonó un poco.

Solté una carcajada, conocía a mi hermana y era capaz de llevarlo a término.

La habitación de Kwan era sencilla, aunque con una cama central más grande de lo normal. Me dejó sobre ella y volvió a desnudarse. La noche se me antojó corta, pero intensa.

Al día siguiente ya no estaba, este hombre tenía la fea costumbre de desaparecer por las mañanas. Me duché y busqué ropa por los cajones, todo me quedaría grande, pero me daba igual. Me decidí por un pantalón de yoga blanco y una camiseta gris, cogí algo más para mi hermana y salí en busca de los dos.

Escuché ruido de platos y cubiertos en la cocina y bajé por la escalera sonriente, ¿estaría preparando el desayuno? Lo cierto era que tanta actividad nocturna me había abierto el apetito.

Al llegar, solo vi a mi hermana, de espaldas, trasteando en la encimera negra. Toqué su espalda y se volvió.

—¿Has dormido bien? —pregunté mirándola, iba envuelta en la sábana de la cama.

Su sonrisa se ensanchó mientras sacaba unos huevos y los dejaba al lado de una sartén.

—Más que tú. Las vibraciones de la cama contra la pared... —dijo en cuanto soltó los huevos para mover las manos.

Noté el calor en mi rostro y la diversión en el suyo. Seguro que posó la mano en esa maldita pared solo para notar las «vibraciones» y así poder echármelo en cara o reírse a mi costa.

—Eres una cotilla —contesté avergonzada.

Me guiñó el ojo.

—Entonces, ¿está todo bien?

—Sí, estuvimos hablando y aclaramos algunas cosas. ¿Y tú, qué tal has estado en esta ciudad? Ayer no te pregunté.

Sirvió cafés, tostadas y se sentó a mi lado en la barra, ladeó su cuerpo olvidando los huevos que se suponía iba a freír.

—Jasmine me llevó a la redacción del Atlanta Daily. Conocí a su padre, parece un buen tío. Está a punto de jubilarse y discutieron sobre algo que ella quiere hacer, pero no me enteré de mucho.

—Serían asuntos de trabajo.

—Sí. Me cae bien —confesó cogiendo la ropa que yo misma había dejado sobre un taburete—. Voy a cambiarme.

—Espera —pedí levantando la mano.

Me observó atentamente.

—No vuelvas a amenazar a Kwan con cortar nada de su cuerpo, es mi chico, deberíais llevaros bien. Hazlo por mí, Elsie.

Juntó las cejas.

—Maldito chivato —se lamentó fingiéndose agraviada—. No hay problema, solo tiene que recordar que no puede besarme ni llamarme «la gemela tarada» o como sea que me llame.

¿Qué?

—¿Te besó?

—Me confundió contigo, el muy idiota.

Sus manos volaban ante mí y se me escapó una carcajada.

—No te rías, fue asqueroso.

Mi hermana era lesbiana, algo que ni ella ni yo íbamos pregonando, así que entendía su reacción.

—No será para tanto, Elsie.

—Oh, sí lo fue y no tenía nada para desinfectarme.

Qué exagerada era.

—Mira que eres burra. Anda, ve a vestirte.

Le di una palmada en el culo y sonreí. Me alegraba tanto tenerla conmigo y que Paxton no pudiera atraparla.

Aunque me invadió la preocupación cuando escuché a Takeshi, el rubio guapo, decir que ese hombre había huido y todavía andaba suelto. Maldito cabrón, debería estar entre rejas.

—¿Papá y mamá están bien? —interrogué a mi hermana en cuanto volvió tan disfrazada como yo.

—Sí, están en Florida, en casa de tía Livy. Pensé que sería lo mejor; se acaba de mudar y me pareció que sería más difícil de localizar.

—Estoy de acuerdo contigo.

—No los llares si no es a través de una línea segura, eso me advirtió Josh. De todas formas, saben que estamos bien.

Ya hablaría con ellos en otro momento, me reconfortaba saber que estaban bien acompañados y seguros.

—¿Has visto a Kwan esta mañana? —indagué.

—Me he cruzado con él, pero solo ha levantado una ceja cuando me ha visto y se ha largado. Iba muy elegante, vestido con traje, algo que me ha sorprendido.

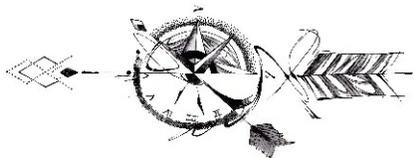
—No me he enterado de cuándo se ha levantado.

—No me extraña, debes estar exhausta —contestó con sorna.

—Déjame en paz, envidiosa.

Terminamos riendo y me ofrecí a freír los huevos y el bacón. Las dos teníamos hambre.

Capítulo treinta y dos



Dejé el maletín sobre la mesa y levanté la tapa de mi portátil cuando alguien llamó a la puerta. Tak asomó medio cuerpo. Venía de correr y llevaba la camiseta sudada y pegada al torso.

—¿No deberías haber pasado por casa antes de venir? —pregunté en tono mordaz.

—Solo quería avisarte de que ya estoy aquí, no me ha dado tiempo a volver a casa. Tengo ropa en mi despacho y utilizaré las duchas de los vestuarios.

Cerró sin darme opción a réplica. Cuando utilizaba las duchas del sótano se liaba gorda, ya que las chicas que trabajaban para Josh se distraían de sus quehaceres y a Tak parecía divertirle la situación.

Miré la hora, las ocho en punto. Me levanté y me encaminé a la sala de juntas, a ver si éramos capaces de utilizarla de una jodida vez. Teníamos la mala costumbre de reunirnos en nuestros despachos y terminábamos sentados de cualquier manera.

Saludé a Marla, nuestra secretaria, que desde que Zev estaba con Allison gastaba un humor de perros. Sonreí ante la idea de que ella estuviese loca por mi socio. Zev nunca la había mirado ni dado a entender que ella le gustara, y todos habíamos visto los cuchillos imaginarios que le lanzaba a la pobre Allison cuando se acercaba a TZK Systems.

Tal vez deberíamos contratar a un par de secretarías más, la carga de trabajo de esa chica empezaba a ser importante.

Me senté solo ante una mesa larga y ancha de cristal y esperé con paciencia a que fueran apareciendo todos. Zev llegó un minuto después, seguido de Jasmine y Dylan Novak, nuestro asesor jurídico e investigador privado, que colaboraba estrechamente con Jasmine y su periódico, y Hache, nuestro hombre del FBI.

—¿Se sabe algo de Tak? —inquirió Zev.

—Estará a punto de llegar.

Se sirvieron café y en ese momento entraron Tak y Josh, el experto informático y *hacker* ético, como se justificaba a sí mismo.

—Comencemos —dije mirando a Hache.

—Menos Paxton y dos de sus hombres, todos han sido arrestados.

—¿Qué pasa con Joe? —inquirí.

—Trabajaba para ellos, pero en su declaración ha dejado claro que su intención era terminar con la trama. Nos ha dado toda la información que había recopilado, aunque me temo que no va a librarse de una condena de al menos cinco años, a pesar de todo.

Mierda.

—Ya sabes cómo funciona, Kwan —terminó al ver mi cara.

—Lo sé —admití.

—¿Cómo están Clare y el bebé? —preguntó Jasmine.

Zev los había llevado a su casa, a petición de Allison. Quería ayudar a la chica y todos lo entendíamos.

—Bien, se han adaptado rápido. Allison la ayudará a buscar un empleo, no tiene familia y la ha convencido de que se asiente aquí, en Atlanta.

—Eso está bien —contestó la periodista.

—Joe la llamó, utilizó la única llamada que podía hacer para hablar con ella. Aunque le di un teléfono móvil nuevo, ella lo tiró a la basura en cuanto terminó de hablar con él —explicó Zev.

—Esos dos van a tener que ponerse de acuerdo por el bebé —murmuró Jasmine.

—Ese bebé no tiene nombre porque él quiere que ella lo decida. Sabe que va a tener que luchar cuando todo termine para poder relacionarse con su hijo.

Y Zev sabía de lo que estaba hablando, él también había tenido que luchar por el suyo, Jake era su debilidad y no se separaba de él ni de Allison, si no era por trabajo.

—Vayamos al grano —exigió Hache—. Tengo todos los nombres de los involucrados, y son unos cuantos.

—Bien, avanzamos —aplaudió Jasmine.

Hache asintió ante el entusiasmo de la chica y sacó unos papeles de una carpeta marrón. Había hecho copias y nos pasó una a cada uno.

Miré los nombres, la mayoría eran gobernadores de los estados del oeste del país, todos pertenecientes al mismo partido que gobernaba en este momento y todos iban a salir a la luz de la mano de Jasmine; aunque le pasaría la información a la CNN, como había hecho con el senador Wilson. Le habíamos pedido muchas veces que no involucrara al Atlanta Daily, podía haber consecuencias graves y ella lo había aceptado a regañadientes.

—Joder, voy a disfrutar viendo sus caras —soltó Tak.

—¿Qué hay de Paxton? —pregunté.

—He localizado su residencia, no fue complicado, pero estaba vacía —declaró Josh—. Elsie había leído en sus labios el nombre de su mujer y de sus hijos y los recordaba.

—Vaya, tienes una cuñada muy eficiente —se cachondeó Tak.

Le lancé una mirada asesina.

—Su casa está vigilada y los teléfonos pinchados —añadió Hache—. Paxton no aparece por ninguna parte, pero al final meterá la pata y lo pillaremos.

—Hay algo que no os he explicado y que te concierne, Kwan.

Miré a Hache, no tenía ni idea de a qué se refería.

—Joe me contó que Paxton recibió la orden de buscarte porque una chica te descubrió. La detuvieron por tenencia de armas y estupefacientes, habló de un chico negro al que habían secuestrado años atrás y se sentía culpable. Se había convertido en una de las putas de lujo de estos depravados hasta hace poco. La habían amenazado infinidad de veces y sintió que su vida corría peligro, sospecho que ella misma llamó a la policía para que la detuvieran, así estaría protegida en prisión. Aunque todos sabemos que no siempre es así.

»Esa denuncia cayó en las manos equivocadas y fue la razón por la que te incluyeron en la lista. Sabían que, si la policía hacía caso a esa mujer y daban contigo, empezaría una investigación. Se adelantaron y quisieron utilizar a Joyce.

Nancy, la chica que me había tendido la trampa. Supuse que tenía cargo de conciencia, después de todo. Aunque se había tomado su tiempo para abrir la boca.

Perfecto.

—Está en prisión, a la espera de juicio y realmente asustada —informó Hache, mirándome.

—Me alegre.

—¿Es ella? —Solo les había contado la historia a mis socios y los dos esperaban mi respuesta. Afirmé con la cabeza sin querer decir nada más.

—Los que estaban en las celdas, ¿dónde están ahora? ¿Siguen ingresados? —preguntó Tak, percatándose de que no iba a profundizar en el asunto.

—Protegidos, todos formaban parte de la famosa lista. Algunos eran soldados y quieren volver con sus familias, lo tienen complicado, ya que han rehecho sus vidas.

Lo imaginaba, algunas de las viudas que habían enterrado a sus maridos caídos en combate, se habían vuelto a casar. ¿Cómo coño se podía explicar a esas mujeres que, en realidad, sus esposos seguían vivos? Era difícil, sí. Hache tenía razón y yo me alegraba de no estar en sus pellejos.

Tak se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro.

—Todos jodidos, nuestras vidas destrozadas. Sigo queriendo sangre —gruñó.

Estaba poniendo voz a los pensamientos de Zev y a los míos.

—Te aseguro que me gustaría verlos destrozados tanto como a ti —declaró Zev—. Pero tienes que entender que, si vamos a por ellos, seremos nosotros los que terminaremos con nuestros huesos en la cárcel. Queremos venganza y seguir con nuestras vidas. Ya nos robaron parte de nuestros años. Aun así, debemos ser cautos.

El portazo de Tak al salir fue toda la respuesta que obtuvimos.

—Iré con él —se ofreció Jasmine levantándose.

—Llama si la cosa va a más —advertí.

Seguíamos sobre nuestro amigo, le dábamos cancha y lo frenábamos cuando convenía. Pero Tak estallaría y lo sabíamos.

—Lo haré —confirmó saliendo.

—Clare necesitará de un psicólogo igual que los otros —comentó Josh.

Hache negó con la cabeza y miró a Zev.

—Puedes explicarlo —lo invitó mi socio.

—Zev me ha pedido que no hable de ella, podrían separarla de su hijo. De momento, para la sociedad no existen ni ella ni el crío. En cuanto a los otros compañeros de celda, les podemos hacer creer que murió durante la extracción, al fin y al cabo, tres de ellos cayeron —explicó Hache.

Solté el aire por la nariz, no habían salido todos vivos. Después de haber sido secuestrados y utilizados, sus vidas se habían terminado de la peor manera.

—Me ocuparé de que tenga su tratamiento —aclaró Zev.

Estaba de acuerdo, aquel bebé necesitaba a su madre y era muy probable que se lo quitaran durante un tiempo o lo introdujeran en la base de datos para familias de acogida, algo que destrozaría a esa chica.

Hache nos explicó que en Auburn ya habían sido informados de la aparición del cadáver de Zack y se había hecho público lo de las fosas comunes. Al supuesto accidente de Olof se unía también la muerte de Alex, el encargado de Joyce. Lo habían encontrado ahorcado en una cabaña del bosque y se estaba investigando.

La mañana pasó deprisa y me sorprendí deseando volver a casa. Jasmine ya me había llamado e informado de que había visto a Joyce y a Elsie, cuando dejó a Tak, y les había llevado la ropa que yo le había pedido que comprara para ellas.

Me aseguró que mi socio estaba bien, cabreado, pero bien.

Abandoné el despacho a las tres de la tarde para ir directo a casa, en el *parking* me crucé con Josh, que iba con prisa a ver a su chica, una que yo ni sabía que tenía. El coche de Zev ya no estaba, pero el de Tak, sí. No lo había visto desde que había salido furioso de la reunión y di por sentado que lo más probable era que estuviera desfogándose con alguna chica.

Había llegado a la conclusión de que Jasmine ya no era una opción para él.

—¿Me buscabas? —preguntó saliendo del ascensor y pillándome con la mirada fija en su coche.

—Creí que te habías marchado con Jasmine.

—No, no la quiero cerca cuando estoy cabreado, me acojona cagarla. Hemos hablado y solucionado algunas cosas, nada más.

Maldito tarado. ¿Estaban juntos otra vez?

—¿Estáis...? —pregunté en voz alta.

—¿Con Jasmine? No —zanjó.

—Pero os habéis liado.

Se rascó la cabeza revolviéndose el pelo, luego lo echó hacia atrás con las dos manos.

—La aprecio demasiado, nos liamos, pero no volverá a ocurrir.

—Porque ella lo ha decidido —declaré, recordando las palabras de la chica.

—Porque nunca debió pasar —rebatí.

No, no debería haberlo hecho.

—¿Está cabreada? —indagué.

—No, ya no. Hemos puesto las cartas sobre la mesa. Ni yo quiero una relación ni ella me soporta fuera de la cama —explicó con una sonrisa canalla.

Solté el aire y me di la vuelta para volver a mi coche.

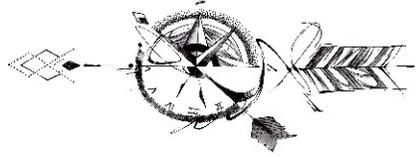
—Asúmelo, eres insoportable —bromeé, hablando por encima del hombro.

Soltó una carcajada seca y escuché el mecanismo de apertura de las puertas de su vehículo.

—Mi chica podría soportarme —murmuró antes de entrar, tal vez para sí mismo, pero mi oído era fino... todavía.

Alcé las cejas preguntándome a quién se estaría refiriendo, ¿o solo era una manera de hablar?

Capítulo treinta y tres



Las detenciones se llevaron a cabo en el más absoluto secretismo. El presidente de la nación pedía discreción y estaba siendo investigado, aunque ya sospechábamos que solo era un títere en manos de esos degenerados.

Jasmine se veía relegada a un lado, ya que no podía soltar la información que tan importante era para nosotros, así que nos conformamos con retrasar hacerla pública si, a cambio, recuperaban a las personas que habían sido secuestradas en otros puntos del país y fuera de él y daban con algunos flecos sueltos. Como el resto de ubicaciones de los laboratorios Olof, los que la farmacéutica tenía diseminados bajo tierra. Incluido el que Hache había descubierto y la razón por la que, en un principio, yo debía volar a Los Ángeles.

Elsie, gracias a los contactos del padre de Jasmine, estaba trabajando en un hospital como enfermera auxiliar y había alquilado un apartamento en el centro de Atlanta, algo que yo agradecía; tenía más horas a solas con Joyce. Nuestra relación estaba funcionando y nunca me había sentido más feliz ni apreciado.

Hablamos y hablamos, ella supo todo sobre mi vida anterior y yo envidié la suya. Sus padres eran personas cabales que derrochaban amor y amaban a sus hijas.

También le expliqué el significado de mi tatuaje y comprendió que los tres nos hiciéramos el mismo.

A finales de octubre, estábamos sentados en la terraza del segundo piso de mi casa, que ya consideraba nuestra, cuando Joyce se sentó sobre mis rodillas y me rodeó el cuello con los brazos.

—Hola, cariño —dijo con su dulce voz.

—Hola, nena —contesté sonriendo, ya que llevábamos más de dos horas juntos y solo se había separado de mí para ir a buscar bebidas a la cocina.

No dijo nada más en un buen rato, incluso llegué a pensar que se había dormido. Nuestros silencios eran cómodos, nos abrazábamos después de una buena sesión de sexo y podíamos tirarnos horas mirando el horizonte sin tener la necesidad de hablar, solo de acariciarnos y de sentir nuestros cuerpos unidos.

—Hoy he conocido a la novia de mi hermana —explicó rompiendo el silencio.

—¿Tiene pareja? No lo sabía. ¿Es de aquí?

Ella se enderezó y jugó con una de las rastas que me caía por encima de la sien.

—Es de Sacramento, una buena chica. Solo estaban tonteando, pero Elsie me ha contado que cuando le dijo que se había instalado aquí, habló con ella y han decidido darse una oportunidad. Se llama Kristi y es escritora, así que puede continuar su trabajo, a pesar de cambiar de residencia.

—Eso es bueno.

No estaba relajada, había algo más.

—Eh —la llamé, cogiendo su barbilla entre mis dedos—, ¿qué es lo que te preocupa?

Sus ojos encontraron los míos y sonrió quedamente.

—¿Es por tu hermana? —insistí—. Ahora que no vive aquí, me cae mejor —bromeé.

Se rio, pero seguía metida en sus pensamientos.

—Joy...

Estaba empezando a alarmarme.

—Ya sé que hace poco que estamos juntos y que, a lo mejor, no es un buen momento...

—¿Me vas a pedir que me case contigo? —me tapé la boca con una mano y abrí los ojos de manera desmesurada.

Ella agarró mi mano y la apartó, ahora más divertida.

—No te hagas ilusiones, aún no he decidido si eres mi tipo —soltó riéndose.

Esta vez me llevé la mano al corazón.

—Eso duele, nena. Aunque juraría que tus gritos y repetir mi nombre mil veces durante esos orgasmos que te regalo, debería proporcionarte una pista fiable.

Los ojos de Joy se abrieron con sorpresa.

—Serás... —Golpeó mi pecho sin mucha fuerza.

No reímos los dos a carcajadas.

—Entre nosotros siempre será un buen momento, sea lo que sea —declaré poniéndome serio.

—Está bien.

Se enderezó y puso las manos sobre sus muslos, su mirada puesta en sus uñas.

—Ayer descubrí que estoy embarazada —murmuró sin mirarme.

Mi mente se quedó en blanco por una fracción de segundo. ¿Iba a ser padre? ¿Yo? ¡Joder! Hacía mucho que solo me preocupaba mi propio bienestar y el de mis compañeros. Y hacía poco tiempo que tenía a Joyce en mi vida, por la que me dejaría matar sin dudar. Sin embargo, ¿sabría proteger a un hijo? Eso tenía que ser el punto débil de cualquier padre, una baza para tenerme cogido por los huevos.

—Kwan, lo siento, no pensé...

Cogí su rostro entre mis manos y, por primera vez en mi vida adulta, lloré delante de otro ser humano. Iba a ser padre y mi mente me lo repetía, una enorme nube llena de alegría estaba expandiéndose en mi corazón. Tenía que ser capaz de proteger a mi familia y lo haría.

—No lo sientas, acabas de hacerme el hombre más feliz sobre la Tierra, cariño.

Me besó, se bebió las lágrimas de alegría y me abrazó, nos fundimos el uno en el otro y la sentí emocionarse. Parecíamos dos tontos con los ojos anegados y algo asustados.

—Te quiero —dijo mi chica contra mi cuello.

—Te quiero, nena.

Era la primera vez que lo decía en voz alta. A pesar de haberle contestado siempre con los ojos, ya era hora de que utilizara las palabras para hacérselo saber. La amaba y a nuestro hijo no nato también.

Aquel mismo fin de semana nos reunimos todos en mi casa y lo celebramos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Allison a mi chica.

—Bien, aún no noto nada, solo sueño.

Me reí, porque yo daba buena cuenta de ello. Llevaba dos días llamándome a la oficina a media mañana para decirme, avergonzada, que se acababa de despertar, lo que solo conseguía ponerme una sonrisa en los labios.

—¿El niño será blanco o negro? —preguntó el hijo de Zev en su inocencia.

No echamos a reír.

—¡Jake! —lo reprendió su madre.

—¿Qué? ¿Qué he dicho? —El pobre no entendía nada.

Tak se estaba descojonando mientras le revolvió el pelo.

—No te preocupes, yo me hago la misma pregunta. Pero creo que los genes de tío Kwan son fuertes.

Capullo.

—¿Genes? —interrogó el crío.

A Tak se le congeló el rostro y miró a Zev implorando ayuda, pero este sonrió de lado.

—Tú solo te has metido en ese jardín, solúcionalo, tío Tak —aconsejó divertido.

Bromeamos durante la cena, incluso Jasmine y Takeshi parecían relajados. Se lanzaban pullas, pero las mismas que habían existido desde que se conocían. A ratos, desconectaba de ellos y hablaba con Zev y Josh.

La velada fue tranquila y los asuntos de trabajo o de los últimos acontecimientos quedaron relegados por una noche.

—Me largo —soltó Tak mientras dejaba algunos envases vacíos de cerveza en la encimera de la cocina.

—¿Ya? —inquirí.

—He quedado.

No era cierto, lo conocía demasiado bien.

—Quédate un rato más, Tak —ofrecí pasando un brazo sobre sus hombros.

—No te pongas todo moñas conmigo, capullo. Desde que sabes que vas a ser padre estás insoportable.

Se sacudió mi brazo y yo me carcajeé.

—Alégrate por nosotros, *tito* Tak —lo pinché.

—Me alegro, solo espero que se parezca a su madre, tú eres demasiado feo, joder.

Touché. Yo también lo esperaba.

—Estoy seguro de que la naturaleza hará un buen trabajo. Al fin y al cabo, soy guapo de cojones —contesté, intentando alargar el tiempo entre risas.

—¿Qué hacéis? —Zev entró en ese momento—. Parecéis dos *nenazas* en pleno cotilleo. Voy a fingir que no os conozco.

Se cruzó de brazos y apoyó la cadera en la encimera con cara de estar a punto de partirse el culo.

—Tak se larga, y yo estaba intentando que sucumbiera a mis encantos —expliqué.

—¿Tus encantos? —interrogó Tak—. Tú nunca has tenido de eso.

Se encaminó hacia la puerta.

—Está bien. Tal vez, debería utilizar los míos —ofreció Zev divertido.

—Que os jodan.

Lo dejamos ir y no hizo falta que dijéramos nada más. Tanto Zev como yo sabíamos que se sentía fuera de lugar. Era el único que no tenía ninguna relación ni la quería. Ninguno de nosotros nos lo habíamos planteado nunca, pero las cosas pasaban y, en mi caso, me sentía como nuevo, como si Joyce fuera la pieza que me faltaba encajar en mi maldita existencia.

Zev también era un cabrón feliz ahora, así que entendía a Tak.

Miré la puerta por la que acababa de salir mi amigo por última vez, y los dos salimos para

reunirnos con los demás.

Una semana después, Joyce quiso que conociera a sus padres y viajamos a Florida. Elsie y su novia vinieron con nosotros y yo estaba tan acojonado como si estuviera sosteniendo una bomba entre las manos y no supiera cómo desactivarla.

Una de sus hijas les iba a presentar a su novia y la otra a un tío negro que, además, era el padre de su futuro hijo. No pintaba bien, nada bien. No me atrevía a preguntar a Joy por la amplitud de miras de sus progenitores, no quería ofenderla de ninguna manera.

—No te preocupes, mis padres son adorables —soltó Elsie con sorna.

Su novia, Kristi, estaba aprendiendo el lenguaje de signos y puso en su boca el comentario de Elsie. Tonillo de cachondeo incluido.

Y eso no me ayudó, viniendo de la gemela tarada.

—¡Elsie! —la increpó Joyce.

Yo conducía el coche que acababa de alquilar en el aeropuerto y Joy, que iba sentada a mi lado, puso una mano sobre mi muslo que enseguida cubrí con la mía.

—No te preocupes, les caerás bien.

Sonreí para tranquilizarla, haciéndome el duro, cuando tenía más ganas de volver a Atlanta cagando leches que de pasar por esto.

Nunca había conocido a los padres de ninguna chica y, a los treinta y siete años, eso no decía mucho a mi favor. Aunque me escudaba detrás de que había perdido unos cuantos encerrado como un animal y eso me cortó la vida; y las ganas de vivirla después.

En cuanto llegamos a la casa, supe que me había equivocado.

Los padres, una mujer menuda y morena con una gran sonrisa y un hombre más serio pero de facciones agradables, nos recibieron entre besos y abrazos. Tía Livy, una mujer de más de ochenta años, me besó en la mejilla y me apretó el culo sin remordimiento alguno, dejándome pasmado ante las carcajadas de todos.

Durante todo el fin de semana estuve más a gusto de lo que pensaba. Me cayeron bien y el señor Temple me pidió, amablemente, que cuidase de su hija.

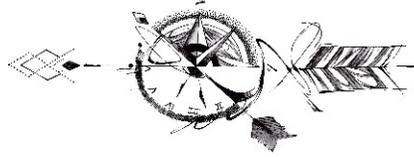
Elsie se empeñó en enseñarme algunos signos e incluso completé una frase. Después supe que había aprendido a decir «soy un capullo». Lo que le valió una de mis miradas asesinas y tuve que reprimir las ganas de tirarla por la borda mientras dábamos un paseo con su familia por el lago cercano a la casa.

Maldita zorra.

Dos días después todas las televisiones nacionales y locales daban la noticia de la detención de ciertos gobernadores y algunas familias pudientes, involucradas en los ensayos clínicos realizados a personas sin hogar, no nombraron soldados ni secuestros. Tampoco especificaron los lugares donde se habían realizado dichos ensayos ni en qué consistían. Pero mis socios y yo nos dimos por satisfechos si con ello terminaban todos con los huesos en una prisión federal.

Me extrañó que Jasmine adelantara la filtración, pero supe que Hache estaría de acuerdo.

Capítulo treinta y cuatro



La canción de Ed Sheeran, *Bad habits*, sonaba de fondo en la habitación.

—Qué gusto —dije mordiéndome el labio.

Estaba sobre Kwan y su polla se deslizaba en mi interior de una manera muy lenta.

—Joder, nena. Me estás matando.

Sonreí, me gustaba ver su cara de sufrimiento.

—Mala mujer —murmuró.

Me reí y me dejé caer sintiéndolo profundamente. Sus manos apretaron mis muslos y sabía que estaba poniendo todo de su parte para no llevar la iniciativa.

—Te voy a mostrar lo mala que puedo llegar a ser —dije sin moverme.

Me ganó un gruñido y que levantara las caderas para obligarme a sentirlo más todavía. De repente, nos dio la vuelta y terminé debajo de su cuerpo.

—Tramposo —susurré cerca de su boca.

—Se llama «recurso controlado» —contestó antes de besarme y moverse en mi interior.

—Te... te lo acabas de inventar —gemí provocando que su boca se riera contra la mía.

Una ducha con más sexo y treinta minutos más tarde, nos vestimos y bajamos a desayunar. Tenía cita con la doctora y Kwan quería acompañarme a mi primera ecografía.

Mientras él preparaba el desayuno encendí la televisión, la pantalla mostró la imagen de un incendio en los bajos de un edificio en el que aún podía leerse en las letras doradas, ahora ennegrecidas, Atlanta Daily.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamé horrorizada.

—¿Qué pasa? —Kwan siguió mi mirada.

Subí el volumen rápidamente y escuchamos atentos al presentador de las noticias matinales.

Una explosión, seguida de un incendio, había sacudido la redacción, atrapando a varios de los trabajadores dentro. Los bomberos se afanaban en apagar el fuego y las llamas ya alcanzaban los pisos superiores. La policía estaba apartando a los transeúntes curiosos y poniendo cinta de un árbol a otro en la acera de enfrente, delimitando la zona.

—Zev —escuché la voz de Kwan a mi espalda.

Estaba tan ensimismada pensando en Jasmine, que no sabía si había llamado él a Zev o había sonado el móvil de Kwan.

—¿La habéis localizado? Joder, voy enseguida.

Cuando colgó, dejé caer el teléfono en el bolsillo de sus pantalones negros.

—Zev no consigue dar con Jasmine y Tak ha salido disparado hacia la redacción.

—Espero que pudiera salir —murmuré con el corazón encogido.

Se acercó y me acarició el pelo.

—Tengo que irme, nena. Lo siento. Pero es Jasmine...

—Ve, no te preocupes. Llámame en cuanto sepas algo.

Me besó.

—Lo haré. Pon la alarma perimetral —aconsejó cogiendo las llaves del coche y saliendo de prisa de la cocina.

Desde el coche intenté llamar a Jasmine y tampoco recibí respuesta. Me temía lo peor, así que acudí a su casa. Tampoco estaba y el portero me informó de que había salido a primera hora de la mañana. El hombre estaba viendo las noticias en la pantalla de su teléfono móvil y lucía preocupado.

—Espero que la encuentre, señor Jordan.

Sí, ese era el apellido que había elegido después de haber escapado de aquella locura y por el que se me conocía en la actualidad. No podía ser otro, a mi ídolo de juventud de la NBA no le importaría.

—Yo también —dije antes de volver al coche y dirigirme a la calle Lindbergh, donde estaba ubicada la redacción del periódico.

Atlanta era una ciudad segura y tranquila, no pasaban estas cosas. Lo único significativo que había acontecido fue durante las olimpiadas que se celebraron aquí en el año 1996 y tres bombas más al año siguiente. El culpable: un capullo que quería que se cancelaran, aunque no lo consiguió. Desde entonces nada había sido tan aterrador. Aunque nosotros habíamos aterrizado en la ciudad tan solo nueve años atrás, conocíamos su historia.

El padre de Jasmine había sido testigo directo de esos atentados y había dado la noticia en su periódico, nos lo contaba orgulloso cada vez que lo veíamos.

Ya no me quedaba la menor duda de que ella había acudido al trabajo y de que, quizás, estuviera herida.

Cuando pude aparcar, a tres manzanas de allí, fui corriendo y esquivando a los medios de comunicación y curiosos que invadían la calle. Vi a Tak discutiendo con uno de los policías y me acerqué.

—¡Es mi novia! —gritaba.

Supuse que era una manera de convencer al agente para conseguir información.

—Es demasiado pronto, aún no han sacado a nadie, señor.

Mierda.

Toqué el hombro de mi amigo, que se giró con la rabia y la impotencia reflejadas en sus iris.

—No sabemos nada de Jasmine ni de su padre —dijo impotente.

—Lo sé, acabo de ir a su casa, parece ser que ha venido a trabajar.

—¡Joder!

—Cálmate, Tak. Han podido correr a refugiarse a la azotea.

El policía me miró y negó con la cabeza a espaldas de Takeshi. Un helicóptero rondaba el cielo por encima de nuestras cabezas, debían saber que allí no había nadie.

—¿Han comprobado el aparcamiento subterráneo? —preguntó mi socio.

—Me temo que la explosión ha sido ahí.

—Mierda... Jasmine —susurró Tak.

Me mantuve a su lado, intentando dar una apariencia tranquila, Tak no necesitaba mucho para

saltar y pretendía transmitirle algo de sentido común. Aunque para mí estaba siendo igual de difícil.

Los minutos pasaron de manera lenta mientras los bomberos se protegían y se disponían a entrar. Pronto sabríamos algo.

Zev se unió a nosotros y le explicamos lo que sabíamos. Tak estaba cada vez peor y no pudimos detenerlo cuando empezaron a salir camillas en dirección a las ambulancias, levantó la cinta y corrió a pesar de los gritos de los policías. Muchas de esas camillas tenían los famosos sacos para cadáveres y él intentaba abrirlos, ningún bombero o agente lograba detenerlo y Zev y yo terminamos yendo tras él.

Por una parte, queríamos saber si Jasmine iba a ser trasladada al hospital más cercano y, por la otra, debíamos terminar con la locura de Takeshi.

Diez minutos después Tak estaba arrodillado junto a una camilla dentro de una ambulancia y el cadáver de Jasmine cubierto. Más tarde supimos, por los paramédicos que habían entrado junto a los bomberos, que no habían podido hacer nada por ella ni por su padre. Diez personas más habían perecido en el incendio y otras veintitrés estaban heridas de diversa consideración.

—¡Joder! —Tak se tiraba del pelo.

Zev y yo estábamos paralizados junto a la ambulancia, Jasmine, nuestra amiga, la misma que nos ayudó a salir adelante, acababa de morir. No, la habían asesinado.

—Esto no ha sido fortuito, ¿me oís? ¡No lo ha sido!

Tak ponía en palabras lo que nosotros pensábamos, pero no podíamos animarlo a cabrearse más ni a conjeturar. Todos estábamos en estado de *shock*.

—Señor, debe salir de la ambulancia, siento mucho su pérdida...

—¡Maldita sea! —Tak bajó de un salto y, después de levantar la cinta, se perdió entre la muchedumbre.

—Deberíamos...

Zev me agarró por el brazo.

—Déjalo, después lo buscaremos. Necesita estar solo.

Tal vez tenía razón, pero me aterraba pensar que pudiera hacer alguna locura.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —pregunté cabreado.

—Tendremos que averiguarlo, Kwan.

—Es Jasmine...

—Lo sé.

Supuse que nuestras caras fueron suficientemente significativas para que todos los que nos miraran sintieran compasión. Pero la tristeza y la indignación no eran fáciles de ocultar.

Zev aguantó el tipo tanto como yo y cuando, casi una hora después, volvimos a mi coche, se derrumbó. Golpeó el salpicadero con el puño cerrado y maldijo a pleno pulmón. No pude hacer nada, me sentía tan mal que no sabía cómo reaccionar ante la magnitud de lo sucedido, estaba bloqueado.

Cuando mi teléfono empezó a sonar y vi que era Hache, me recompuse y contesté en un tono neutro.

—Hache. Estoy con Zev voy a poner el manos libres.

—La han descubierto, alguien supo que la noticia la había filtrado ella. Han encontrado un sobre en el departamento de policía de Brookhaven.

Golpeé el volante con la mano.

—Maldita sea, ¿cómo han logrado saber que fue su periódico?

—La policía ha abierto una investigación. Están llamando a diferentes medios, alguien tuvo que dar esa información, un periodista, un redactor...

—¿Qué había en el sobre?

Hache se había jubilado, pero el muy cabrón tenía a hombres que se ganaban un sueldo extra trabajando para él y pasándole información de primera mano.

—Una explicación detallada de la razón por la que iban a volar la redacción. Han acusado al periódico de difundir información falsa. Las cámaras de seguridad han captado a un hombre alto, moreno con el pelo engominado...

—¡Paxton! —dijimos Zev y yo al mismo tiempo.

—Exacto —murmuró Hache.

—¿Cuándo ha dejado el sobre? —interrogué.

—Cinco minutos antes de la explosión. Supongo que no está solo. La distancia entre el departamento de policía y la ubicación del periódico es de más de media hora en coche. Ha sido simultáneo.

Hijo de puta. No teníamos muy claro cómo habían relacionado a Jasmine con nosotros, pero nos pondríamos a ello en cuanto llegáramos a TZK Systems.

Colgué fuera de mí, quería destrozar a Paxton con mis propias manos.

—Deberíamos volver a la oficina y poner a Josh a trabajar en esto. Tenemos que localizarlo. Zev asintió.

—¿Es buena idea llamar a Tak? —preguntó con la tristeza tiñendo su voz.

—Debemos hacerlo, es parte de esto. Ya está bastante cabreado. Si lo dejamos fuera, se va a volver ingobernable.

—Estoy de acuerdo. Voy a por mi coche, nos vemos allí.

Lo vi caminar como si llevara un gran peso sobre sus hombros, estaba tan abatido como yo.

¿Cómo habían llegado hasta Jasmine? Mi cabeza no dejaba de repetir la pregunta, tal vez para no ser tan consciente de que no la volveríamos a ver. No creía que nadie que trabajase en una redacción, la hubiera puesto en el punto de mira.

Arranqué el coche y salí marcha atrás por la misma calle donde estaba la sede del Atlanta Daily. Había demasiados coches de la policía, bomberos y ambulancias cerrando el paso frente a mí.

Me disponía a enfilarse la avenida Peachtree, para llegar lo antes posible a TZK Systems, cuando recibí una llamada de Joyce. Mierda, había olvidado llamarla. ¿Debía explicarle lo ocurrido en su estado? Decidí en solo un segundo que no, ya se lo contaría al llegar a casa, ahora estaba sola y sin nadie que la apoyara. Había hecho una buena amistad con Jasmine y le afectaría.

—Joyce...

—Kwan. —Algo en su voz no me gustó.

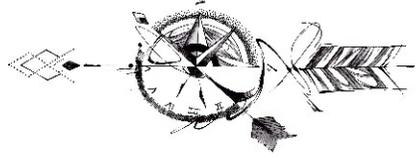
—¿Estás bien?

—Paxton está aquí.

El corazón empezó a bombearme demasiado rápido y un sudor frío me estaba empapando la espalda. Si ponía las manos encima de Paxton, no iban a quedar de él ni los huesos.

Eso basándome en la hipótesis de que no le hubiera hecho nada a Joy. Porque si solo respiraba en su dirección, iba a sufrir y a gritar como un jodido cerdo.

Capítulo treinta y cinco



—No era tan difícil encontraros —se mofó Paxton.

Me estaba apuntando con una pistola mientras me hallaba sentada en el sofá.

—¿Has tenido algo que ver con la explosión del periódico? —pregunté confusa.

Los dos hombres que lo acompañaban se habían acomodado en los taburetes de la cocina como si estuvieran en su casa. Paxton me había obligado a llamar a Kwan y sabía que llegaría en cualquier momento. A mi pobre chico no hacía más que meterlo en problemas.

—Digamos que ha sido una distracción planificada.

—¿Cómo has entrado? Hay un sistema de seguridad...

—Que mis hombres no han dudado en reventar —me cortó.

Se alejó de mí sin dejar de apuntarme. Tenía que proteger a mi hijo, así que no hice ningún movimiento brusco y me mantuve centrada, aunque me agarré las manos porque no dejaban de temblar. Había adquirido el hábito de apoyarlas en mi vientre, como si así pudiera proteger a mi hijo de todos los males del mundo, pero me concentré en no hacerlo, no iba a darle pistas para que las utilizara contra Kwan.

—Vigíla —ordenó a uno de los hombres.

El muy idiota se dispuso a hacer café y buscó por todos los armarios hasta dar con algo para acompañarlo.

—¿Qué es lo que quieres, Paxton?

—A tu hombre —contestó sin dudar.

—Ya no te queda nada con lo que trabajar, tarde o temprano te detendrán —advertí, no sin miedo.

—¿Que no me queda nada? No sabes de lo que hablas.

Me temía que la trama de estos mafiosos llegaba más lejos.

—No, no tengo ni idea. Cuéntamelo, no creo que vayas a dejarme con vida —me arriesgué a pedir.

Se echó a reír.

—En eso tienes razón. Estoy cansado de testigos.

Me obligué a detener el temblor que se extendió de mis manos al resto de mi cuerpo.

—Habéis hecho daño a mucha gente —reproché.

—Todo ha sido por una buena causa —explicó arrogante mientras se sentaba enfrente de mí, en el otro sofá.

Siempre se escudaba en la misma excusa.

—No es una buena causa, si se tortura.

—Vaya, Kwan debe estar muy resentido —se carcajeó.

La furia que sentía estaba alcanzando niveles estratosféricos.

—Desearía que pasaras por lo mismo, maldito enfermo.

Su rostro se volvió pétreo, su mirada ya no ocultaba la maldad que anidaba en ella.

—Cuidado, las cosas te pueden ir muy mal si sigues por ese camino.

Las ventanas estaban abiertas y se escuchó un coche acercarse a toda velocidad y derrapar en la entrada. Kwan había llegado.

Paxton chasqueó los dedos y los hombres se apostaron uno a cada lado de la puerta. Kwan entró con la rabia saliendo por todos los poros de su piel.

—Bienvenido, señor North, lo estábamos esperando.

Kwan me observó.

—¿Estás bien?

Asentí, porque no podía permitir que notara el miedo en mi voz.

—Deja que Joyce se vaya —dijo con voz glacial.

—En cuanto lleguemos a un acuerdo.

Kwan se acercó a él y los hombres le apuntaron. Pero eso no pareció importarle cuando se quedó a solo un par de metros del idiota sentado enfrente de mí.

—El acuerdo es este: ella se va y yo me quedo.

Paxton se echó a reír mientras se levantaba.

—Los dos vais a acompañarme.

Lo sabía, la palabra de ese tío no valía nada.

—Nena —alargó la mano y yo la cogí levantándome.

Me abrazó ante la cara de estúpido de ese animal.

—Detrás del sofá —dijo en tono muy bajo.

Me rodeaba con fuerza, como si así pudiera protegerme.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó en voz alta.

—Sí, lo estoy.

Caminé de nuevo y me quedé de pie al lado del mueble.

—¿Tienes problemas de memoria? —La pregunta me pilló desprevenida. Kwan se la había hecho a Paxton.

—Gozo de buena salud —contestó condescendiente.

—Entonces no te extrañará lo que está a punto de pasar. —Solo tuvo que mirarme un momento para que yo me lanzara detrás del sofá.

El jodido sofá no era suficiente protección para Joy, pero no tenía otra opción. En cuanto la miré entendió mi mensaje, y volví a centrarme en Paxton que no entendía una mierda.

No lo pensé demasiado y me lancé a por uno de los tipos que atinó a dispararme en la pierna.

—¡No! ¡No disparéis! Maldita sea —gritó Paxton como un poseso.

La segunda bala me dio en el costado y una tercera en el brazo, a pesar de las advertencias de su jefe, antes de que pudiera arrebatarme el arma y pegarle un tiro en la frente. Inmediatamente apunté al otro, pero no pude esquivar la bala que me dio de lleno en el vientre. Aun así, disparé a su cráneo, acertando.

Tak, Zev y Hache entraron en aquel preciso instante, mientras a mí me fallaban las fuerzas y

caía de espaldas sobre el suelo de madera con un sonido seco. El grito de Joy fue lo último que oí antes de que todo se volviera borroso.

Tak estaba dando buena cuenta de Paxton, este gritaba como un animal herido. Zev intentaba detener la carnicería y Hache terminó la escaramuza disparando su arma.

No había perdido el conocimiento, era consciente de lo que pasaba a mi alrededor, pero el dolor era demasiado fuerte. Iba a colapsar, el mareo me lo estaba anunciando a gritos.

—¡Kwan! ¡Mírame! —Joy estaba arrodillada a mi lado con algo presionando en la herida del vientre.

Lo hice, pero ella temblaba ante mis ojos y no tenía muy claro si eran temblores reales o me lo hacía ver así el estado en que me encontraba.

—¡Está perdiendo mucha sangre! —le gritó a alguien.

—La ambulancia está en camino —esa era la voz de Hache.

Los había avisado de camino a casa, a pesar de las amenazas de Paxton de que no podía llamar a la policía o Joy pagaría las consecuencias, apreté el botón del pánico en mi móvil. Zev había modificado el aparato para que no tuviésemos que llamar en caso de emergencia, nos reímos en aquel momento, pero hoy había cumplido su cometido.

Josh, a pesar de haber encontrado la residencia de Paxton, no había sido capaz de dar con su familia para tener algo a lo que agarrarnos, el muy cabrón los había ocultado sin dejar rastro.

Todos me hablaban e intentaban taponar mis heridas. Vi el rostro desencajado de Tak.

—Kwan, no... no nos dejes.

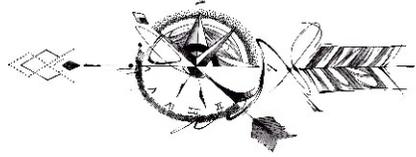
No podía contestar y me sentía culpable por verlos así, por intentar ser el héroe de esta mierda. Solo me importaba que Joyce estuviera a salvo y eso lo había conseguido. Tak y Zev tendrían que aprender a superarlo.

La miré y vi las lágrimas en sus ojos, busqué su mano y la apreté. Aunque fui incapaz de articular ni una sola palabra mientras el dolor aumentaba tanto que me hacía apretar los dientes.

Me dejé llevar por la oscuridad, estaba cansado, muy cansado.

—¡Kwan, no! —Escuché los sollozos de Joy ya muy lejanos.

Capítulo treinta y seis



Allison estaba sentada a mi lado con un brazo sobre mis hombros, intentaba animarme con palabras suaves y bien escogidas. Se lo agradecía, la chica desprendía tanta serenidad que la envidiaba, pero nada lograba calmarme. Kwan estaba siendo operado de urgencia en el hospital y el médico ya nos había advertido de que algunas heridas eran graves y había perdido mucha sangre.

Me costó soltar la mano de Kwan cuando se lo llevaron al quirófano, me parecía que era una despedida. Lloré hasta quedarme sin lágrimas y ahora solo podía pensar en el padre de mi hijo y en la vida que teníamos que planear juntos.

La muerte de Jasmine había sido un verdadero palo para todos, en especial para Zev, Tak y Kwan. Y ahora era uno de ellos el que estaba luchando por su vida.

Zev estaba muy callado, con la mirada puesta en las puertas batientes por las que se había ido el médico. Pero el que me preocupaba era Tak, parecía ido. Sus ojos estaban vacíos, ninguna emoción se reflejaba en ellos. Y no dejaba de darle vueltas a un anillo que llevaba en un dedo de la mano derecha, era negro con algún grabado en plata, no me había fijado antes en ese detalle.

Estaba segura de que la mente de los chicos estaba dividida entre su amigo y la chica que yacía en el depósito de cadáveres, en el sótano de ese mismo hospital, a la espera de la autopsia.

El tiempo parecía haberse detenido y yo deseaba que empezara a correr de nuevo, quería despertar de esta pesadilla y tener a Kwan a mi lado en la cama, volver a dormirme sobre su pecho, dejarme llevar por el ritmo pausado de su corazón. Pedía, mentalmente, que volviese a mí, porque no quería sentirme así de perdida... Tal vez estaba siendo egoísta.

Tak había atacado cruelmente a Paxton, lo había dejado malherido y estaba grave. Podría afirmar, sin temor a equivocarme, que ese no era el deseo del socio de TZK Systems, una sola mirada me bastó para ver la muerte en sus pupilas; lo quería muerto. Aunque Hache no se lo permitió y Zev lo convenció de que una cadena perpetua sería una muerte lenta que dejaría su mente hecha papilla. Yo solo había echado un vistazo al cuerpo de Paxton y me había aterrado la visión. ¿Cómo podía un hombre hacer semejante carnicería solo con las manos? Imaginé que Tak puso todo su empeño en matarlo de la peor manera posible.

La puerta se abrió y todos nos pusimos en pie, esperando las mejores noticias. Me deshice del brazo de Allison y me abracé la cintura.

—¿Cómo está? —pregunté adelantándome a los demás.

—Hemos podido detener la hemorragia interna y el resto de heridas parecían más graves a primera vista. Pero deberá estar en la unidad de vigilancia durante veinticuatro horas, no está estabilizado.

—¿Saldrá de esta? —interrogó Zev.

—Es pronto para saberlo. Pero es un hombre joven y fuerte, eso puede ayudar.

Di un paso atrás cuando se volvió a ir y mi hermana entró en ese momento, me abrazó y me obligó a sentarme. Tuve que explicarle todo lo que había pasado y tocó mi vientre aún plano.

—Estamos bien, aunque me he saltado la cita que tenía para la ecografía.

—Ve —se ofreció Allison—, si hubiera novedades te avisaríamos. Tu hermana puede ir contigo.

—No, no voy a moverme de aquí —intenté sonar amable, aunque no lo conseguí.

Allison no pareció tenérmelo en cuenta y me sonrió.

Kwan y yo veríamos la primera ecografía de nuestro hijo juntos. Así lo habíamos planeado y eso no iba a cambiar.

—Iré a buscar algo para que comas —dijo acercándose.

—No te molestes, Allison. No tengo hambre.

Pero ella señaló mi vientre.

—Debes cuidarlo, cielo.

Tenía razón, debía pensar en el bebé que estaba en camino.

—Sí, lo siento. No estoy muy centrada —me disculpé.

Ella me abrazó.

—Estás pasando por un mal momento, no te disculpes.

La tristeza por todo lo que le estaba tocando vivir se reflejaba en su rostro, pero se mantenía entera y nos consolaba a todos, a pesar de que Jasmine se había convertido en una gran amiga de la chica y debía estar rota por dentro.

Allison era admirable.

Ella, Zev y Elsie salieron de la sala y yo me ofrecí a quedarme con Tak. Me senté a su lado, pero ni siquiera fue consciente de que lo había hecho. Era cierto que lo había visto bromear y soltar cosas sin mucho sentido, pero el estado en el que se encontraba me estaba asustando un poco.

—Takeshi.

Parpadeó y me miró como si fuera la primera vez que me veía en su vida.

—Kwan se pondrá bien —continué.

Me miró los labios, aunque parecía ajeno a todo lo que lo rodeaba.

—Es fuerte y ha pasado por cosas peores —declaré intentando convencernos a los dos.

—¿Te lo ha contado? —preguntó.

—No todo, pero vi el vídeo.

—Nos torturaron, Joyce, nos trataron como si nuestras vidas no valieran nada. Nos rompían huesos, nos utilizaban como dianas humanas, disparándonos y dejando que nuestras heridas se infectaran. La fiebre era tan alta que delirábamos en nuestras celdas. Hasta que nos inyectaban algo y nos curaban para volver a empezar.

»Nos hicieron tan fuertes, que incluso éramos capaces de expulsar las balas de nuestro cuerpo y cicatrizar en unas horas, a lo sumo en un día. Nuestros huesos se recomponían con facilidad, aunque eso no nos eximía de sentir un dolor terrible.

Dios mío.

—Lo siento. Yo no sabía todo eso cuando trabajaba allí.

Me enderecé, preparada para recibir sus reproches y acusaciones.

—Lo sé. Kwan no se habría enamorado de ti, si hubiera sospechado que estabas metida en el ajo.

Me sorprendió su actitud.

—Te lo estoy contando porque nos hemos dado cuenta de que ya no somos aquellos hombres fuertes —continuó—. Ya no curamos tan rápido y necesitamos analgésicos o antibióticos como cualquier mortal. Por lo que ha dicho el doctor, Kwan no ha acusado los disparos en las extremidades, pero ha necesitado ser operado. Eso me da que pensar. Empezamos a ser vulnerables y me gustaría terminar con toda esta locura antes de que alguno de nosotros muera por no haber podido superar alguna herida. Otro hombre habría muerto en el acto, si se hubiese encontrado en las mismas circunstancias que Kwan. ¿Lo entiendes?

Escucharlo hablar así era como un bálsamo para mis sentidos. No estaba tan tarado como Kwan aseguraba, el problema de Tak parecía ser su ira, no lograba controlarla, o eso me temía.

—En resumen, me jode tener que agradecer a esos tiranos que nos prepararan para no morir tan rápido. Kwan lo superará, lo sé. No puedo perderlo, ni a él ni a Zev. Son mi única familia.

Sin saberlo, me estaba animando y dando valor para afrontar lo que fuera que vendría.

Sentí su mano sobre la mía, que descansaba en mi muslo, y la apretó cuidadosamente. Me miró y me guiñó un ojo.

—Por lo que dijo Paxton en casa de Kwan, esto no ha terminado —declaré con lágrimas en los ojos.

Asintió varias veces con la cabeza.

—Lo sabemos, pero hemos dado un paso de gigante. No estamos pendientes de las noticias ahora. Pero estoy seguro de que hay una revolución ahí afuera, rodarán cabezas, si es que aún queda algo de ética en este país.

—Quiero pensar que sí —murmuré, retirando las lágrimas con la mano libre.

La puerta batiente se volvió a abrir y una enfermera nos informó de que podíamos pasar a ver a mi chico, solo una persona.

—Ve tú, Tak. Necesitas verlo.

—No, él querrá verte a ti —rebatí.

—¿Es usted su pareja? —preguntó la mujer dirigiéndose a mí.

—Sí.

—¿Puede acompañarme?, el médico hablará con usted.

—Sí —repetí.

Aquello acababa de aclarar nuestros caminos. Tak podría ver a Kwan, mientras yo acudía al despacho del doctor.

Tak besó mi mejilla, agradecido, antes de entrar a visitar a su amigo y media hora después, era yo la que entraba en una habitación blanca. Kwan estaba despierto y me dedicó una media sonrisa.

Tenía agujas clavadas y varias bolsas colgaban de unos ganchos por encima de su cabeza.

—Joy... —me llamó con la voz tomada.

—Cariño, ¿cómo te encuentras?

—Como si me hubieran disparado —bromeó.

—Ya. Aunque creo que ha sido real. —Mi intento de seguirle el juego fracasó, no pude contener las lágrimas, parecía que aún podía fabricar más.

Sus ojos también se anegaron, demostrando así que él también estaba emocionado.

—Nena...

Me incliné con cuidado sobre él y me abrazó con un único brazo.

—No llores, ya ha pasado todo. ¿Estás bien? Quiero decir...

Lo besé suavemente.

—Estamos bien —aseguré sabiendo que incluía al bebé en su preocupación por mí.

—¿Estás segura?

—Sí, solo que las horas de desconcierto, sin saber cómo saldrías de esta horrible situación, ha hecho mella en todos.

—Lo siento.

—No es culpa tuya.

El médico me explicó que Kwan había estado a punto de sufrir una lesión severa en la columna vertebral, ya que la bala había atravesado su vientre y salido a solo un centímetro de esta. Pero, aunque extrañado por la rápida recuperación que estaba experimentando, me aseguré que mi chico saldría pronto del hospital.

Los tres días siguientes fueron una tortura. Kwan no hacía más que pedir a Allison o a mi hermana, que me sacaran de allí. Decía que no era un lugar para mí ni para nuestro pequeño. Maldito hombre tozudo. No obstante, pude demostrarle que yo no me amilanaba y, aunque lo consiguió la primera vez, el resto del tiempo me mantuve a su lado aguantando su mal humor y solo salía para comer algo o caminar por el pasillo.

Después de salir de la unidad de vigilancia, lo habían trasladado a una planta y hoy ya le daban el alta hospitalaria.

Allison y Zev nos llevaron a casa de Kwan, que él insistía en declarar que era de los dos. Jake iba detrás con nosotros, había insistido en ir con sus padres a recoger a su tío Kwan.

—¿Entonces, estás bien? ¿Ya no tienes fiebre? —preguntó el pequeño, inocentemente.

Imaginé que sus padres le habían dicho que estaba enfermo y por eso tenía que estar ingresado.

—Sí, ya estoy bien, campeón.

—Pues no lo entiendo.

Lo miramos esperando que se explicara, incluso Zev arrugó la frente a través del retrovisor.

—¿Qué es lo que no entiendes? —le preguntó mientras conducía.

—Los mayores sois unos flojos.

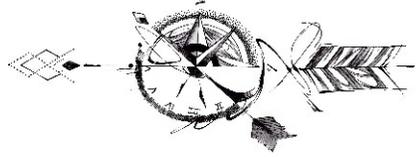
Tuve que aguantar la risa que quería escapar de mis labios. Aunque no era la única, dentro del coche, que estaba haciendo un verdadero esfuerzo.

—Yo también he tenido fiebre a veces. Y mamá me da unas pastillas, así no tengo que estar en el hospital. ¡Mamá, diles cuáles son para que no le pase otra vez! —gritó negando con la cabeza, como si pensara que éramos todos unos inútiles.

Terminamos riéndonos a carcajadas y el pequeño feliz de ser el centro de atención.

—Lo haré, cariño —ofreció Allison entre risas.

Capítulo treinta y siete



El funeral fue triste, muy triste. Zev, Tak y yo nos mantuvimos en la primera fila, mientras los ataúdes de Jasmine y de su padre eran bajados a sus respectivos lugares en la tierra.

Había mucha gente, tanto ella como su padre eran muy conocidos en la ciudad y yo no hacía más que girarme para asegurarme de que Joyce seguía detrás de mí. Zev no soltaba la mano de su hijo, que estaba a su lado, y observaba la escena con cierta furia en sus ojos.

Tak examinaba los rostros compungidos de los asistentes, desconfiando de cada uno de ellos. Lo entendía, nosotros nunca bajábamos la guardia. Pero, incluso a mí, me estaba costando apartar la vista del féretro de la chica. Nuestra Jasmine había sido objeto de un atentado por querer ayudarnos.

Me sentía como un completo idiota por no haberla protegido mejor. Paxton nos había estado vigilando y así había llegado hasta ella. No le debió costar ningún esfuerzo saber que Jasmine, siendo periodista, era la que había filtrado la noticia.

Y eso nos estaba corroyendo por dentro. La impotencia era una serpiente venenosa que anidaba en nuestros pensamientos y nos estaba destrozando.

No presté atención a las palabras del sacerdote, para nosotros estaban vacías y no nos reconfortaban. Podía escuchar los sollozos de personas que no había visto en mi vida, me hubiera gustado saber la relación que tenían con ella. Siempre me había impresionado la facilidad que tenían algunos para fingir algo que en realidad no sentían. Nosotros valorábamos la amistad y la cuidábamos, ¿lo hacían ellos?

Zev ocupó el lugar del sacerdote para decir unas palabras.

—Hoy nos despedimos de dos grandes personas. Nunca las olvidaremos, pues su amistad fue muy apreciada para algunos de nosotros y su disponibilidad, para todo el que necesitaba de su ayuda, de enorme valor. Ellos, junto a otros redactores y periodistas del Atlanta Daily, se han ido demasiado pronto, en muchos casos, demasiado jóvenes.

»A sus amigos nos cuesta entender esta atrocidad y esperamos que jamás se vuelva a repetir. Esperamos que los culpables reciban el castigo que merecen. Hasta siempre, amigos —musitó tristemente, mirando las cajas.

Dio la vuelta al atril y lanzó un par de rosas sobre cada uno de los ataúdes.

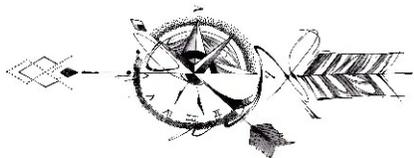
—Descansad en paz.

El resto de la gente siguió su ejemplo y, en una improvisada cola, uno por uno, dejaron flores. Cuando llegó nuestro turno no dije una sola palabra. Tan solo pensé en que Jasmine era hija única y su padre había enviudado hacía ya años. Una familia entera había desaparecido de la manera más injusta.

Terminamos en casa de Zev, Allison había solicitado un *catering* y nos repartimos por el jardín charlando e intentando aparentar que la vida continuaba... sin Jasmine a nuestro lado.

Tak seguía metido en su mundo y sus contestaciones se reducían a monosílabos apenas audibles. Ahora, más que nunca, debíamos estar pendientes de él, de sus reacciones. Aunque dejándolo a su aire, no éramos capaces de cortar sus alas teniéndolo bajo vigilancia continua. Pero las llamadas «casuales» se sucedían a menudo y en más de la mitad de ellas nos mandaba a la mierda, no era ningún ingenuo.

Epílogo



*Atlanta, Georgia. Estados Unidos.
Seis meses después.*

Joy pasó por delante de mí llevando una bandeja con un par de sándwiches, la dejó sobre la mesa de enfrente del televisor y se acomodó a mi lado. Cerré el ordenador portátil y la abracé. Nuestra empresa tenía cada vez más clientes y muchos días me llevaba el trabajo a casa para estar cerca de ella. Su barriga ya era visible y nuestra hija daba patadas por doquier.

—Te había prometido preparar la cena, nena.

—Ya, pero tenemos hambre.

Me eché a reír y acaricié el abultado vientre. Estaba preciosa, su rostro brillaba de felicidad y hacía dos meses que había aceptado un puesto en un laboratorio de compuestos químicos para agricultura. Le gustaba su trabajo y se mantenía activa.

Lo que mi chica no sabía era que Josh lo había encontrado y movido los hilos para que contactaran con ella. Al fin y al cabo, Joy había superado la entrevista y Josh no había entrado en eso, únicamente en que la llamaran como a los otros aspirantes.

Un par de días antes había empezado el juicio, el estado contra los acusados, eso sonaba genial si no fuera porque ya habíamos dado con más corruptos y no teníamos pruebas suficientes contra ellos. Hache evitó que fuéramos a declarar, seguíamos ocultos a la sociedad y, ahora que nuestra hija estaba en camino, me parecía lo correcto.

—¿No comes nada? —Joy me sacó de mis pensamientos.

—Sí, tiene una pinta estupenda.

Dirty Dancing ocupaba la pantalla que yo había estado ignorando mientras trabajaba. Joy iba y venía y la iba viendo a trozos, hasta que trajo la cena para poder ver el final entre suspiros. La canción *Time of my life*, sonaba en ese momento.

La habían repetido muchas veces en todos los canales, aunque yo nunca la había visto completa; me parecía una película pasada de moda. Pero me guardé la opinión y dejé que mi chica disfrutara de Patrick Swayze y del movimiento de sus caderas sin que los celos me azotaran, al menos, no demasiado.

—Me encanta el desenlace —declaró emocionada.

—Nena, ¿no me has dicho antes que la has visto varias veces?

Asintió.

—¿Y sigues emocionándote?

—Tú no lo entiendes y mis hormonas revolucionadas no ayudan —se quejó—. Ella estaba completamente enamorada de él y su padre no aceptaba la relación.

—Yo tampoco lo haría, ese tío es un poco macarra —la pinché sonriendo.

Ahora fue ella la que me brindó una carcajada y se arrodilló entre mis piernas. Buscó mi polla y la engulló completamente. Me saboreó y me miró con otra deslumbrante sonrisa. Me estaba matando.

—¿Qué? ¿De qué te ríes? —La levanté a pulso y la dejé a horcajadas sobre mis piernas—. Ven aquí.

—No quieras saber lo que opina mi hermana sobre mi chico.

Levanté las cejas.

—Yo no soy ningún macarra —aseguré convencido.

—No, ya le dije que eras adorable. —Apretaba los labios para no reírse.

—¿Adorable? —inquirí acercando mi rostro al suyo.

—Eso es, cariño.

Al final estallé.

—¿Adorable? ¿En serio? ¿Por quién me has tomado? —refunfuñé ante sus renovadas carcajadas—. Soy un tipo normal y corriente.

—Ah, no. De eso nada —contradijo entre risas—. Eres un osito de peluche.

Maldita sea.

—¿Ah, sí? Pues tu jodido osito de peluche tiene pensado follarte hasta que no puedas hablar.

Entre gruñidos fingidos subí su vestido y la giré, dejando su espalda delante de mi pecho, aparté las braguitas a un lado y acerqué mi polla que ya estaba dispuesta a darse el festín. Entré en ella levantándola lo suficiente para poseerla y solté un gruñido.

—Osito de peluche —mascullé—. Ni se te ocurra decirle eso a Tak sobre mí.

—Nooo —contestó en medio de un gemido y otra carcajada.

Nos corrimos y, poniendo las manos sobre la piel de su barriga, la atraje contra mi pecho. En mi vida había sentido esto, la cercanía de la mujer a la que amaba. Si volvía a pensar en mis raíces, todo habían sido gritos y drogas dentro de una familia desestructurada.

A mi hija, a la que habíamos decidido llamar Jasmine en recuerdo de nuestra amiga, no iba a faltarle el amor de sus padres y, si Joy estaba de acuerdo, le daríamos hermanos, muchos.

—Gracias —agradecí besando su estrecha espalda.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por acceder a ponerle el nombre de Jasmine a nuestra pequeña, a pesar de no haberte relacionado mucho con ella.

Se levantó y se limpió con una servilleta de papel, después se sentó de nuevo en mi regazo y cogió mi rostro entre sus manos.

—Es importante para ti y lo respeto. Jasmine es un nombre precioso, tanto como lo era ella.

¿Podría alguna vez quererla más de lo que ya la amaba?

Nos besamos con fuerza, dándonos todo el amor que nos profesábamos, hasta que el sonido de una llamada entrante en mi teléfono móvil nos obligó a separarnos.

—¿Zev?

—Josh acaba de llamarme, Tak ha decidido largarse un mes de vacaciones.

—¿De vacaciones? —Estaba empezando a cabrearme.

—Eso mismo he pensado yo, nunca las ha querido. Solo espero que quiera ordenar sus ideas y no dé un paso en falso sin nuestro conocimiento.

Solté el aire y vi la preocupación en el rostro de Joy.

—Deberíamos darle un voto de confianza —concedí a regañadientes.

No iba a ponerme nervioso delante de mi chica. Pero que Tak se hubiera largado, sin venir a

cuento, no me hacía ni puta gracia.

—Está bien, hagámoslo —aceptó mi socio, aunque también fui capaz de notar la inquietud en su voz.

Cuando colgué me sentí mal. Le había prohibido a Josh pasarle información a Takeshi sobre nuestros últimos descubrimientos. También hablé con Hache, que junto a Zev, estuvo de acuerdo. Ahora teníamos familia y no podíamos estar pendientes de si le daba por lanzarse a cortar cabezas en solitario. Tal vez sonaba egoísta por nuestra parte, pero era la única manera que teníamos de protegerlo, incluso de sí mismo. Así que, en parte, me convencí de que no haría otra cosa que ir detrás de las mujeres que se cruzaran en su camino.

Maldita sea.

Tak necesitaba estabilizarse de una vez y todos deseábamos que toda esta mierda terminase pronto.

Sabiendo que aún teníamos que cruzar algunos puentes.

FIN

Agradecimientos

Esta parte es la más complicada de escribir. Un temor real a olvidarme de alguien, me deja paralizada la mayoría de las veces.

A todas las lectoras y lectores que encontráis un momento para escribir una reseña, gracias por vuestro apoyo, no os podéis imaginar lo que significa eso para mí.

A mi familia, la que siempre está pendiente de mis logros y se enorgullece cada vez que salto de alegría por haber leído una buena opinión. No sé qué haría sin vosotros, os quiero.

Sayo y Ana, gracias por ser mis pilares y mis *nenas*, gracias por esos saludos y confianzas, por mantenerme siempre animada y con ganas de viajar solo para poder achucharos otra vez. Sois geniales y os quiero muchísimo, *cioletes*. No cambiéis nunca.

Vanessa, mi *peque*, da igual lo lejos que estés, te siento cerca siempre. Algún día lograremos abrazarnos, te lo prometo. Te quiero mucho.

Carmen (Luce), mil gracias por ser una gran amiga, nuestros mensajes siempre terminan con un «te quiero» y eso me alegra muchísimo el corazón, nos debemos un encuentro, cariño.

Laura, te quiero por ser tan borde como yo, tenía que decirlo, ja, ja, ja. Por las risas que nos echamos y lo mucho que nos ayudamos. Eres preciosa por dentro y por fuera, nena.

Kaera, no sé cómo me las apañaría sin ti, gracias por dar forma a mis manuscritos, por ver más allá y por tu apoyo. Te haces querer, florecilla.

A las chicas, a todas las que componéis el grupo *Locas por los chicos de Slade*, sin vosotras, esto no valdría la pena. Una autora siempre necesita a sus lectoras cerca y vosotras siempre estáis ahí para liarla parda, cabronas, ja, ja, ja. Me hacéis soltar cada carcajada que creo que ya me escucha todo el vecindario. Gracias por esos mensajes y canciones de dudosa calidad, os encanta hacerme rabiar, lo sé, ja, ja, ja.

Marisa, que sepas que ya he eliminado algunas palabras de mi vocabulario, porque no molan, ja, ja, ja. Te quiero, reina.

A las Critis, a las Xoxos y al Aquelarre, gracias por esos mensajes matinales, por los de todo el día, vamos, ja, ja, ja.

A Analí por esas conversaciones que duran todo un día, siempre me animas y estás ahí. Mil gracias, corazón.

A Marta, por ser como eres. Tu alegría es contagiosa, aunque te dediques a pegarme la bronca por no sacar los libros más a menudo, capulla. Te quiero, cactus mío.

Emma y Begoña, sois uno de mis mejores apoyos. *Us estimo moltíssim*.

Esto se me está yendo de las manos, ja, ja, ja.

A los blogs que, sin pedir nada a cambio, leen mis libros y los reseñan. Gracias por vuestro apoyo, sois geniales.

A los grupos de lectura de Facebook que nos permiten hacer publicidad de nuestras novedades y poder llegar a más lector@s. Vuestro apoyo es fundamental. Gracias.

A mis lectoras *beta*, vuestros consejos siempre son bienvenidos y me hacen crecer profesional y personalmente. Mil gracias, chicas.

A todas las que participáis activamente en las publicaciones del grupo:

Conchi, Lorena, Kuki, Carina, Raquel, Marta, Emma, Pily, Sayo, Mireia, Vanessa, Inma,

Mireia, Mariluz, Paqui, Belén H, Pepita, Nieves, Loli P, M Eugenia, MJ Vidal, Loli Z, Pilar, Ángela, Cynthia, Chelo, Mar, Almudena, María Teresa, Rosa, Isabel, Oana, Patricia, María Victoria, Victoria Eugenia, Victoria A, Mireia TC, Begoña, Cari, Garbiñe, Flor, Laura D, Leticia, Glenda, Elisa, Anabel, Jenny Hugo, Olga, Raquel S, Marimar, Rocío, María, Dory, M Isabel, Ana Belén, Arancha, Laura A, Noemí, Noelia, Esmeralda, Natalia Z, Lidia P, M Jesús, Rosario, Inma V, Susana, Leyre, Solamente Ana, Vanessa L, Karla, Marisa, Alba, Indara, Inés C, Eva, Clara... Sois una de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Os aprecio, chicas.

Por último, aunque no menos importante, a mis compañeras autoras, esas que siempre comparten y me apoyan en cuanto publico un libro, espero teneros siempre a mi lado y brindaros también mi apoyo y admiración.

Un besazo, guapísimas.

Sobre la autora

N.Q.Palm es una escritora española nacida en Cataluña, donde reside actualmente junto a su familia, que incluye a los gatitos Kyle y Shiro. Cerca del mar y de la montaña, siempre encuentra algún enclave que le sirve de inspiración.

Desde que tuvo uso de razón, recuerda haber tenido siempre un libro entre las manos. A los catorce años escribió su primer relato y tiene un cajón lleno de ellos. Un día recibió un gran empujón anímico, por parte de su familia y amigos, y se decidió a publicar. Allá por el año 2016 lanzó al mercado su primer libro y, desde entonces, no ha dejado de escribir diariamente.

Títulos publicados hasta la fecha:

Saga Security Ward (completa):

[La determinación de Slade](#)

[El anhelo de Killian](#)

[La promesa de Wyatt](#)

[Eva y Brad](#)

[La venganza de Pam](#)

[La decisión de Jacob](#)

[El infierno de Ian](#)

[El honor de Elijah](#)

[El destino de Michael](#)

[La redención de Adrian](#)

Trilogía Alaska:

[Navidad en Alaska](#)

[San Valentín en Alaska](#)

[France](#)

Volumen independiente:

[Te buscaré, siempre](#)

Relato navideño:

[¿Otra Navidad sin ti?](#)

Trilogía TZK Systems:

[Zev. En la sombra](#)